23313

MARTÍ

1908

PQ7389
M2
H6
v.6

MARTÍ

HOMBRES

VOL. VI

HABANA
—
IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA
OBISPO NUMEROS 33 Y 35
1908

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

8046

PQ7389
.M12
H6

1020101012

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

Dos años han transcurrido desde que se publicó el quinto volumen de las obras del Maestro: dos años de luto!

En este corto tiempo,—para mengua y vergüenza del cubano,—hemos olvidado su propaganda de conciliación, sus consejos de fraternidad, su doctrina de sacrificio de sí mismo —de la cual fué ejemplo viviente—y la sublime enseñanza de su muerte.

El desamor, las pasiones, la discordia, el encono, la intransigencia, la imprevisión. . . han echado abajo su admirable labor de cordialidad y decoro.

"Tu pueblo, oh patria!"—exclamó en los días difíciles de preparación,—"no necesita más que amor!" Y á los quince años de darnos esa salvadora consigna, sólo brota entre nosotros, cunde é impera el odio implacable y sin tregua! Hemos demolido para no edificar. En los escombros de la que prometía ser una nacionalidad digna y respetada, yace sepultada la patria, caída la doliente enseña y eclipsada, quién sabe si para siempre, en el firmamento de los pueblos libres, la solitaria estrella!

¿Brillará de nuevo? De nosotros y sólo de nuestra unión depende. Mas si hemos de contar para ello, para la ardua tarea de la reconstrucción política, de la tranquilidad de los espíritus, del acercamiento de los corazones, con la opinión pública de los Estados Unidos,—escéptica y á menudo hostil después de nuestro reciente fracaso en la República y nuestras luchas de aldea—si esperamos el apoyo de los amigos de la independencia, la libertad y la justicia entre los pro-

hombres políticos de este país,—casi todos vacilantes, en vista de nuestros errores y nuestras debilidades;—si hemos de conseguir que estén á nuestro lado los poderosos intereses que fomentan nuestra riqueza material,—preocupados más por la seguridad futura de sus capitales y por las mayores ganancias que les aporten sus inversiones que por la bandera que ondee en Cuba—escuchemos, en esta hora crítica de nuestra historia, lo que desde su tumba, inquieto y amonestador, nos repite Martí:

"No hay más modo seguro y digno de obtener "la amistad del pueblo norte-americano, que so- "bresalir ante sus ojos en sus propias capacida- "des y virtudes. Los hombres que tienen fe en "sí, desdeñan á los que no se tienen fe; y el des- "dén de un pueblo poderoso es mal vecino para "un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el "mérito, hay que hacer desaparecer la desigual- "dad en el tamaño. Adular al fuerte y empe- "queñecérsele es el modo certero de merecer la "punta de su pie más que la palma de su mano. "La amistad, indispensable, de Cuba y los Esta- "dos Unidos, requiere la demostración continua "por los cubanos de su capacidad de crear, de "organizar, de combinarse, de entender la liber- "tad y defenderla, de entrar en la lengua y há- "bitos del Norte con más facilidad y rapidez "que los del Norte en las civilizaciones ajenas. "Los cubanos viriles y constructores son los úni- "cos que verdaderamente sirven á la amistad "durable y deseable de los Estados Unidos y "de Cuba".

Por eso escojo con mano reverente—de los papeles que guardo como precioso legado—estas páginas palpitantes de noble virtud y las ofrezco á mi tierra, triste, pero jamás olvidada. Les he puesto por título "Hombres". Con la pure-

za de móviles y la abnegación que revelan estos levantados y hermosos ejemplos, triunfemos sobre nosotros mismos!

¡Únicamente así volveremos á tener patria!

Gonzalo de Quesada.

Washington, Junio de 1908

HOMBRES

JOSÉ MARTÍ

Por Justo Sierra

JOSÉ MARTÍ

No ocultará por siempre á nuestra vista
tu cuerpo sacro el arenal nativo,
¡ay! sin que mi lamento fugitivo
diga el dolor que al corazón contrista.
De una Patria empeñado en la conquista,
por tu heroico ideal moriste altivo. . . .
¡Quién pudiera volvernos redivivo
al gran poeta, al soberano artista!
En la lira de América pondremos
tu cadáver, así lo llevaremos
en nuestros propios hombros á la Historia;
En la paz de tu noche funeraria,
acaso, como lámpara de gloria,
brille un día tu estrella solitaria.

JUSTO SIERRA.

JOSÉ MARTÍ

POETA SIMBOLISTA

Por Francisco Garcia Cisneros

JOSÉ MARTÍ

POETA SIMBOLISTA

Hace más de dos lustros que en Francia comenzó la desmembración de escuelas literarias, y Jean Moreas, junto con Luis le Cardonnel, Henry de Regnier, Francois Viélé-Griffin, Maurice du Plessys, Boyer d'Argon, Paul Souchon, fundaron la secta de los poetas simbólicos, cuyo fin tiende á encerrar la idea suprema candente, altiva, tras una enmarañada fraseología, nebulosa, alambicada; pero de un colorismo fuerte, al igual de los rojos que usaba Ticiano y los ocres de Rembrandt, ganando prosélitos ilustres como Paul Bourget, el cual conoció en el Símbolo, el *Inri* del Arte, presintiendo el triunfo de la Idea: el fondo mórbido, aunque la frase sea raquítica.

En tanto la América vagaba en una poesía dulzona, sosa, y á trechos cursi, cantando inocentemente al pajarillo y al arroyo, residuos de la época romántica, de la epidemia Zorrillesca y Becqueriana, hasta que José Martí, poeta cubano, adivinó que faltaba algo en la rima española fuera de la vulgaridad, y erigió en todos los países indo-americanos un culto por el verso simbólico, cofre de acero bruñido donde vive la perla negra de la idea, culto que encontró en breve adoradores, elevando como maestro al artista extraño, cuyo símbolo era de un rojo de sol, de incendio y de sangre.

Su verso tuvo entonces la canda de fuego, el

intrincamiento del período, la niebla de lo misterioso, el ardor de la fiebre, y á través de la frase, dura como espada de cruzado, rugía la idea, que hacía vacilar tronos y temblar tiranos á medias noches; ó corría fácil, galante, caballeroso como vino rubio, para arrojar la capa á los piés de la bailarina andaluza y elevar el poema de cariño para el chiquitín glorioso cuyos *dos pies caben en solo un beso.*

Héroe de una idea. Mártir de una esperanza. Bebió en el pueblo el acíbar de la opresión y le dió al pueblo el néctar del consuelo. Cuba opresa fué su martirio y la idea de redención ocupó su ánimo, formó su cerebro, se aunó á sus inspiraciones y fué el alma de sus versos: la estrella que él veía en su mente de precursor cuando la noche nieblaba para los demás el cielo de los destinos.

Y cayó. La espàda en la mano y la frase en la boca, fué apolines como un dios, bello como el poeta de Byzancio, camino de la gloria, desde donde vela sonriente por los que luchan hoy, por los que imprimen el acero en los cuerpos de los verdugos.

Al igual del ateniense Moreas, en Francia, MARTÍ en América implantó la escuela donde el período tiene que ser de la dureza de un diamante para que se transparente en el fondo el pensamiento, y por eso los críticos tildaron sus versos de incorrectos, de pedregosos y algunos de ininteligibles, cuando en esa misma intelección estaba el gran mérito del poeta, porque, como dice bien el analizador francés, "los versos deben ser escritos para los sublimes", y para el pueblo tenía MARTÍ sus discursos centelleantes, sus arengas incendiarias y sus enseñanzas fáciles y sencillas, que educaban y preparaban al hombre, lo mismo para el campo donde la sangre

forma libertades que para el salón donde se discuten principios.

Ismaelillo fué—según creo—su primer volumen, versos dedicados á su hijo único, versos pasionales, donde se agota un diccionario de adjetivos originales, amorosos, cándidos y simpáticos, donde impera triunfador el asonante en un metro de cinco y siete sílabas, metro menor usado poco por los artistas á causa de su falta de ritmo, pomposidad y color; pero que en manos de MARTÍ adquiría un tono suave, como una lejana melodía que se oyera débilmente, haciendo soñar con países distantes, con cortes suntuosas, con cabalgatas y festines de donde era rey y señor su musa, el *diablillo con alas de angel y rubias guedejas.*

En otra faz, en otra vida nueva, en la agitación de la política, en el prólogo de la tragedia donde él fué el héroe, dió como un reto literario sus *Versos sencillos,* que fueron además versos nuevos, llenos de una originalidad bizarra, donde la expresión se transformó en sentencia y cada palabra en un sólido pensamiento, y fué la rima una cátedra, un púlpito desde donde predicó sus profecías y un santuario donde la diosa Belleza tuvo siempre su corona de flores escarlatas, donde el dios Símbolo irguió su torso viril en la estrofa, palpitante de amor puro y sincero, ó estalló furioso en odio, cuando la escena de guerra desarrollaba sus tintes de muerte.

Fué en todo un simbolista; tomó el sentimiento de su patria, lo analizó en su cerebro de soñador, y resplandeciente como un César, en su carro de victoria, escaló la tribuna, y fué el hombre que vió lejos, más allá de lo oscuro, con aquella mirada única en otro hombre vivo hace siglos: el Rabino de Judea.

Gran *causeur,* daba el matiz atrayente á sus relatos, casi siempre de viajes, y fué un frasista tan célebre que hacía amistades ó vencía enemi-

gos con una sonrisa y una frase. Leyó mucho, estudió más, conocía todas las literaturas, de todas sacó provecho, hasta crear en este nuevo mundo un género nuevo, casi exótico, haciendo revivir junto con todo el grupo de modernistas, á la Poesía, que, desfalleciente y anémica, moría en brazos de falsos imitadores y de cantores sensibleros.

Hoy duerme en el rincón agreste de un viejo cementerio, en aquella región "donde no hay un camino que no sea un *via-crucis*, una colina que no sea un Calvario, y no hay palma que no haya recibido la visita del rayo", solo en su eterno lecho, donde va la luna á narrarle de cómo son valientes las legiones de cubanos, plateando el muro carcomido y yerboso, y el viento, al silbar entre los pinos, canta un *scherzo* de agonía donde se mezclan los ayes de los moribundos, las cornetas de los campamentos y el grito de libertad que él soñó en su cerebro de iluminado. cuando, como nuevo Jesús, corría de aldea en aldea, de campo en campo, predicando la religión heroica y llevando la luz de la patria á los que yacían en el letargo del indiferentismo.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

Nueva York, 1896.

JOSÉ MARTÍ

ARTICULO DE FONDO DEL "SUN," DE NEW YORK

POR CHARLES ANDERSON DANA

JOSÉ MARTÍ

Hemos sabido con punzante dolor la muerte en el campo de batalla de José Martí, el jefe de los revolucionarios cubanos. Lo conocimos mucho y desde hace largo tiempo, y lo estimábamos intensamente. Por un largo período, que comenzó hace veinte años, fué colaborador de *The Sun*, escribiendo sobre temas de bellas artes, en las que tenía sólidos y extensos conocimientos, y sus ideas y conclusiones eran originales y brillantes. Era un hombre de genio, de imaginación, de esperanzas, de valor; uno de esos descendientes de la raza española que, á su nacimiento en América y á sus naturales instintos, han agregado el espíritu revolucionario que los españoles del presente llevan en sí. Su corazón era tan apasionado como lleno de fuego, sus opiniones eran ardientes y llenas de aspiraciones, y murió como hombres de su temple pudieran desear morir: batallando por la libertad y la independencia. . . De tales héroes no hay muchos en el mundo, y su sepultura de guerrero prueba plenamente que, en época como ésta, material y positivista, hay espíritus que lo saben sacrificar todo por sus principios, sin recibir nada por ellos.

¡Honor á la memoria de José Martí y paz á su alma viril y generosa!

EL MAESTRO

(FRAGMENTOS)

POR M. J. GONZALEZ

EL MAESTRO

Más tarde tuve ocasión de conocerlo más de cerca, de tratarlo personalmente, de tener con él intimidad respetuosa, de poseer su confianza, que sólo con la muerte pudo haber concluído. Esto fué desde Abril del 89, por cuya época tratábamos unos cubanos humildes de fundar una sociedad de amor y concordia para todos los cubanos, cuyo resultado fué "La Liga".

Sólo bastó una leve indicación para que estuviera con nosotros en la brega continua é incansable. Él nos alentaba, sorteaba las dificultades, buscaba socios, amigos, visitantes, maestros; él fué su inspector, cargo honorífico, porque en realidad fué alma.

Constituída "La Liga", noche de luz y de amor, y normalizados sus trabajos, dióse principio á las clases con los socios profesores buscados por él.

Verdaderamente ensanchaba el corazón el espectáculo conmovedor que allí se observaba.

"La Liga" tenía dos amplios salones: uno para las clases—que es al que nos referiremos—divididos por una puerta corrediza, y los dos para sus lunes de fiestas.

En el de clases, unas cuentas docenas de sillas, dispuestas en un semicírculo, servían para acomodar á los discípulos. En el centro una mesa, mesa que tendremos presente cuanto dure nuestra existencia, y frente á ella una silla donde se sentaba el profesor. A la derecha una estufa, que se usaba en las heladas noches de invierno,

á la izquierda un piano, hacia el fondo una librería, y en las paredes varios cuadros, destacándose en frente de la puerta el del retrato del Maestro.

Dos días á la semana daba clases de inglés Gonzalito, como cariñosamente le llaman todos los que lo conocen. Uno de gramática viva, sin libro, en que, con su manera especial como tenía él, nos la metía por los oídos y los ojos á la vez, el bueno y honrado, que nos trataba con cariño de padre, Manuel Barranco. Los jueves era el gran día: había dos clases, la de Historia Universal, á cargo del inteligente y activo Trujillo, y la enciclopédica, del Maestro.

Él llegaba de nueve y media á diez, después de haber acabado su clase nocturna, con la que ganaba el sustento. A su llegada iluminábanse los rostros y ensanchábanse los corazones. A pesar suyo se le quitaban los periódicos, revistas, libros y el sombrero que llevaba en las manos, y se las estrechaban sus discípulos humildes, de una manera efusiva, cordial. Sentábase en su silla, delante de la mesa, y principiaba á revisar y poner en orden los papeles que sobre ésta estaban, escritos de antemano, sin firmas. ¿De qué trataban? Eran de ignorantes ansiosos de saber. Por eso en cierta ocasión que hizo Trujillo una relación de las clases de "La Liga", llamó á ésta enciclopédica.

Principiaba el Maestro por leer el papel tal como estaba; después alababa el estilo, la forma, si era de alabarse, sobre todo, si estaba en estilo sencillo, con palabras sencillas, sin frases rebuscadas, sin sacrificar la idea á la forma, pues decía que de este modo se pueden expresar los pensamientos más sublimes; pasaba después á corregir las faltas que hubiera, pero de tal manera, de modo tan suave y delicado, que daban intenciones, á veces, de cometerlas, para tener la

oportunidad de oírselas corregir; y, por último, disertaba sobre lo escrito, que era corto ó extenso, según lo permitiera la hora ó mereciera lo escrito.

Erraría el que se figurase que iba él, con frases aduladoras, á halagarnos, para por este medio ganarse nuestro afecto. De hombre á hombre hablaba, y para él solamente lo era el que no se doblega al oro—¡cuán pocos son los que no queman incienso ante tan poderoso señor!—ó á la lisonja, los halagos, la soberbia, la envidia, etc. Con manos de madre, pero firmes, nos curaba las heridas que pudieran habernos hecho los que en realidad no son hombres.

"Darse, nos decía, no esperar á que se nos den. Hacer el bien por la alegría que sentimos en haberlo hecho, y no por el que nos pudiera venir de él. Algunos no ven del sol nada más que las manchas y no la luz. La lucha del bien y del mal no es más que la lucha de lo que se arrastra contra lo que vuela. El hombre es como el mundo, con sus nubes, montes, ríos, montañas, volcanes, etc. En el hombre residen todos los animales de la creación: cuando predomina el cerdo, es dado á lo pornográfico; cuando la paloma, dado á lo ideal. De pedestal se sirve á la patria".

Él era "alfombra de su pueblo". Vimos, por medio de su palabra angélica, cómo aparecían los pueblos, crecían, menguaban y desaparecían, esto es, ir de menos á más é ir de más á menos, siempre por una misma causa: ir á más por un principio justo, é ir á menos por lo injusto. Y aquí nos decía en otra forma, pero en el fondo la misma idea, como todo lo que va dicho de él: "Pueblo en que todos sus hijos se sientan hombres, encontrará una muralla de pechos el invasor. Pueblo en que una parte de él esté oprimido, es pueblo preparado para sufrir tiranía".

¡Y cómo se le iluminaba el rostro, rostro sincero, por cuya frente como que se veían pasar las ideas en tropel, al hablar de nuestra América y en particular de las dos islas tristes!

"Para gobernar un país hay que conocer todos sus factores, hay que fundirse en él. Si se desconoce uno, ó se pone de lado, por ahí se cae. Mal se gobiernan nuestros países con una frase de Sieyes ó con un decreto de Hamilton. A aprender han ido muchos de nuestros gobernantes al poder. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador".

Delante de nosotros pasaron todos los grandes hombres de nuestra América con su trabajo creador: Washington, Bolívar, San Martín, Hidalgo, O'Higgins, Sucre, Páez, Morazán, Toussaint. Y de nuestra Cuba y de nuestro Puerto Rico, ¿qué servidor de la patria dejó de ser evocado? Paréceme que aún le veo, inquieto en su silla, como dominando los diques de la elocuencia que querían desbordarse; paréceme como que lo oigo en la relación sencilla, con palabras sencillas, sobre cada uno de los papeles escritos por sus discípulos humildes.

De literatura, ciencia, artes, política, religión, etcétera, de todo se trató allí, de todo sabía él y de todo nos hablaba. Ah! el Maestro era un gran genio!

Si al leer sus artículos dijera Benjamín Vicuña Mackenna: "¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de concebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con su lápiz"; si Eduardo de la Barra dice que es "el más eminente y brillante prosador americano de cuantos conoce"; si Bartolomé Mitre lo califica de "escritor original y pensador americano"; si Miguel E. Pardo califica su prosa como de "una regeneración"; si J. M. Vargas Vila, al compararlo con Vergniaud, dice: "Su

misma juventud, su mismo aspecto pensador y triste, su misma frase pulida como armadura de antiguo caballero en día de justa, el mismo culto á la pureza de sentimiento y á la castidad de la frase, el amor desbordado por el pueblo, el mismo corazón sereno y tierno, la misma estoica resignación al martirio. . . todo lo mismo, pero más fuerza, más realidad, más lucha en Martí", ¿qué mucho que nosotros los humildes, los ignorantes, lo consideremos como un grande hombre, como un hombre sobrenatural, un genio; como lo más grande que ha tenido Cuba, la virgen de sus amores? Podrán otros, en cada una de sus cualidades en particular, ser tanto ó más grande que él, pero todas éstas reunidas como él, ¿quién?

M. J. González.

JOSÉ MARTÍ

(ESBOZO)

Por Diego Vicente Tejera

Patria, Noviembre 16 de 1895.

JOSÉ MARTÍ

ESBOZO

Al llegar esta vez á Nueva York, hace pocos días, experimenté la sensación de que me faltaba algo, y ese algo era la presencia de Martí. ¡Tanto me había acompañado otras veces y guiado á través de la imperial ciudad, que nunca después había podido yo evocar la imagen de ésta sin que al punto surgiese, como para iluminarla, el recuerdo del inquieto desterrado!

Su ausencia ahora renueva en mi corazón el dolor de esa su muerte, no por gloriosa menos lamentable, y con mano torpe aventúrome á trazar alguno que otro rasgo de su fisonomía, porque creo que los que lo conocimos de cerca debemos apresurarnos á dar los elementos con que ha de componerse la imagen definitiva de ese hombre que será, ó es ya, la primera ó una de las primeras figuras de la historia patria.

El simple aspecto de Martí producía impresión extraordinaria. Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua, que, á primera vista, se asemejaba á la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquélla sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesante de una cosa á otra, aquel ir y venir perpetuos y siempre de carrera, producían, al fin de cada jornada, un resultado de asombrosa

regularidad y gran provecho: los asuntos de su consulado, la dirección y redacción del periódico propio, que casi nunca le faltaba, sus correspondencias para diarios y revistas de todos los países, su vasta correspondencia privada, las traducciones que las casas editoriales le pedían. . . todo quedaba escrupulosamente despachado. Y había además tenido tiempo para hacer visitas, para acompañar y guiar por la ciudad á amigos que de todas partes le llegaban y para servir á todo el mundo, pues Martí era para compatriotas y extraños todo complacencia y abnegación. Sin contar con que todavía—parece increíble—había encontrado modo de leer lo importante de toda la prensa americana y extranjera y de no dejar pasar libro nuevo sobre cualquier materia sin estudiarlo y anotarlo. Y fuera, por último, —ya esto es pasmoso—de que jamás dejó de tener entre manos la composición de algún discurso, de una poesía, de un concienzudo examen crítico, de un drama. . . ¿Háse visto mayor capacidad para el trabajo?

Y cuando, al cabo de tal tarea cotidiana, se rodeaba por la noche, para descanso y distracción, de familiares y de amigos, maravillaba el ver con qué frescura y buen humor, con qué viveza y abundancia, con qué verdadera inspiración abría y sostenía, durante largas horas, una conversación que era en realidad incomparable. El que no oyó á Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana. Ningún cubano, ninguno, ha tenido la conversación de Martí. ¡Qué variedad, qué gracia, qué elevación, qué fuego, qué nitidez y qué elegancia! ¿Había afectación en su manera de decir? Algunos lo creían; yo no; el atildamiento, el horror á la llaneza, eran naturales en su temperamento soberanamente artístico. ¡Qué conversación! El oído percibía en aquel

raudal inagotable modulaciones exquisitas; los ojos veían pasar, llenas de movimiento y luz, imágenes extraordinarias; el pensamiento quedaba absorto ante perspectivas extrañas que se le abrían, y el corazón se ensanchaba al son franco de expresiones henchidas de nobleza y generosidad. ¡Cómo irradiaba y sonreía aquel rostro, de suyo pálido y severo! ¡Cómo relampagueaban aquellos ojillos debajo de la enorme frente, de aquella frente serena y blanca, la más hermosa que haya dado albergue á una privilegiada inteligencia!

La inteligencia de Martí era genial. Martí, como Víctor Hugo, á quien se parecía por lo abierto del ángulo de la visión, sorprendía aspecpectos nuevos de las cosas, relaciones recónditas, sentidos ocultos; penetraba, abarcaba, desentrañaba; miraba claramente armonizarse todo en el concepto que tenía del mundo y de la vida. Veía tanto, que al querer expresar lo que veía, el idioma le faltaba, el espacio también, y tenía que apelar á concreciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio, ignorante del proceso que las había formado. Sí, esa obscuridad de expresión, que ha sido para muchos el solo y grave defecto de Martí, no provenía de insuficiencia de nociones ni de trabucación de especies, sino por el contrario, del exceso mismo del número de ideas, de la amplitud exagerada de las concepciones. Escribiendo ó hablando en la tribuna, la menor excitación nerviosa ponía en movimiento y encendía mundos tan vastos en el cerebro, que para exteriorizarlos la pluma y la lengua, no muy disciplinadas después de todo, tenían que ceñirse á simples apuntaciones luminosas, al parecer incoherentes. Pero tome el crítico un discurso cualquiera de Martí, el más abstruso; busque las sendas por donde el autor llegó á esos puntos brillantes que se nos antojan

aislados, inconexos. y hallará que éstos son en realidad cumbres de montañas que se ligan allá abajo y componen un sistema apretado y grandioso.

¡Y qué destellos en medio del desorden! Las letras castellanas le deben á Martí frases fulgurantes, de vencedor atrevimiento.

Martí era genial. Su prodigiosa inteligencia tenía á su servicio una voluntad de hierro, tenaz, encarnizada, dominadora; voluntad que por la persuasión ó por la fuerza se imponía y arrastraba. Preferentemente por la persuasión. No, yo no sabré dar idea del poder de seducción de aquella palabra sutil que parecía salir del corazón y al corazón se encaminaba, flexible, acariciadora, ingenua sin embargo y siempre honrada, que para el bien esclavizaba y atraía, que engrandecía al vencido, levantándolo á la clara percepción de su deber. Al político americano sabía hablarle el lenguaje sobrio que el sajón aprecia; á nuestra raza la deslumbraba ó conmovía; al negro. . . . oh! ¿qué lenguaje no sabría hablarle al negro, cuando todos los negros lo adoraban?

Así ha hecho esta revolución que nos asombra. Laborando durante largos años, solo, solo, solo, avivando en el seno de una generación cansada y descreída la chispa reducida y vacilante, llevado de la fe pasmosa que tenía en los suyos, sin más mandato que el de su conciencia, sin más estímulo que su amor á Cuba, y todo muy callando, muy callando, porque ese cubano tuvo hasta la grandeza de ser un buen conspirador. La súbita revelación de su trabajo causó en la adormecida colonia el espanto de un trueno que estallase en el espacio azul.

Desapareció en medio de la tempestad que desató, y su vida, en el momento de apagarse, resplandeció en su trágica unidad. Bala española tenía que matar al hombre que había entrado en la vida con un grillete español ceñido al pie. Y España pasará por la vergüenza de que el cubano que liberta á Cuba aparezca en la Historia arrastrando, como el esclavo antiguo, una cadena material.

DIEGO VICENTE TEJERA.

JOSÉ MARTÍ

(HISTOIRE DES LITTERATURES COMPARÉES)

POR FREDERICK LOLIÉE

Si por falta de espacio, si por temor de que el exceso de detalles produzca confusión en las líneas generales de un cuadro harto profuso, tenemos que dejar de ocuparnos del desenvolvimiento de las jóvenes literaturas hispano-americanas, nos ha parecido muy interesante investigar cómo el mexicano Gutiérrez Nájera y Lugones y Darío, soportarían la comparación con los mejores poetas vivos de Francia, Italia y Alemania; ó hasta qué punto sería posible comparar, por la originalidad y multiplicidad de su genio, al infortunado cubano José Martí con el inglés Carlyle.

JOSÉ MARTÍ

DEL LIBRO "MINIATURAS"

POR J. M. VARGAS VILA

Allá va, indignado, soñador, melancólico.

Allá va con el enjambre de sus sueños; con la tempestad de sus cóleras; con sus tristezas de vencido; con el rumor de sus estrofas; con el himno triunfal de su palabra.

¿Soñador? Así lo llaman. ¡Sueño sublime!. ¡Oh la libertad, hermoso sueño! Con ella soñaba Bolívar en Jamaica, mirando la mar turbia, el cielo negro, escapado al puñal, y triste y solo. . . Con ella soñaba Mazzini, perseguido, hambreado, saliendo á los caminos de Suiza, desgreñada la blanca cabellera, para interrogar á los transeuntes sobre la agonía de su Italia bajo los cascos de los croatas. Con ella soñaba Kosciusko. Con ella soñaba Palacoff, dando al viento, como mariposas del dolor, sus estrofas aladas, allá sobre la playa de Siberia, bajo el cielo sin luz, cerca á las olas negras, á la estepa inclemente, viendo levantarse en el cielo triste una estrella blanca, que él llamaba el alma de Polonia. . . ¡Oh sueños con la libertad y con la patria; sueños generadores del heroísmo y de la gloria; columna de fuego que lleváis los pueblos al combate, ó bello y pálido heraldo que lleváis las grandes almas al martirio, benditos seais!

La libertad es el sueño de las almas grandes.

La patria esclava es el tormento de las almas fuertes.

¡Oh sueño tempestuoso y bravío de los proscriptos y de los oprimidos! Pasad, soñadores, con la frente alta, sintiendo cómo os persigue la carcajada estólida del vulgo. Mañana, si vues-

tro ensueño es realidad, vuestra es la gloria; si él es quimera, vuestra es la gloria.

Los sueños nobles ennoblecen.

Al soplo de un sueño se alzó la América del fondo de los mares solitarios; en las alas flamígeras de otro sueño, subió la libertad á la cima de los Andes. Si la vida es sueño, ¡benditos sean los que sueñan con lo grande y con lo noble!

Martí es el verbo de Cuba luchadora.

Su acento pasa por sobre las multitudes como un grande y generoso soplo, venido del océano inmenso, del campo libre, lleno de aromas, respirando vida. El murmura al oído del emigrado, del vencido, del enfermo, la mágica palabra: *esperanza*. Él va á todas las almas murmurándoles no sé qué tierno acento de cariño; no sé qué extraño y asordador himno de grandeza.

Martí es el acento melancólico del alma cubana, que va gimiendo á veces solitaria y doliente y en otras se alza vibradora y terrible; que herida se recoge para llorar á sus montes, como una paloma azul entre su nido, é indignada se alza otras, como un cóndor bravío lanzando grito siniestro. . . .

La elocuencia de Martí es la del corazón. Su frase, oscura á veces, coloreada, radiante en otras, sale de sus labios impregnada de sentimiento, ya sea vaga como la tristeza que agobia su alma, ya tempestuosa y soberbia como la indignación que lo posee.

Oyéndolo, se piensa en la patria, en la libertad, en el bien; se alzan en las lontananzas del recuerdo los mirajes de los bosques patrios; se oye como el rumor de Vergniaud en el salón de los Roland, y pasan por la memoria los pálidos héroes del cadalso y de la guerra. . .

Así como él, así debió ser Vergniaud. Su misma juventud; su mismo aspecto pensador y triste; su misma frase pulida, como armadura de

antiguo caballero en día de justa; el mismo culto á la pureza del sentimiento y á la castidad de la frase; el amor desbordante por el pueblo; el mismo corazón sereno y tierno; la misma vasta erudición clásica; la misma estoica resignación al martirio. . . Todo lo mismo; pero más fuerza, más realidad, más lucha en Martí.

Cuando principia á hablar con la frente inclinada, como si pesaran sobre ella todos los dolores de su patria, se ve allí al vencido doloroso; mas cuando echa atrás su cabeza poderosa, sacude su cabellera y lanza su frase indignada, se ve de pie al apóstol, aquel cuyo verbo condensado puede ser luego una tormenta.

Tristezas infinitas de la patria; entusiasmos de lucha y de batalla, eso inspira el acento de Martí. Su elocuencia no asorda, no ciega, impone con imponencia mágica. Como en una tempestad en el polo no se escucha vibrar el trueno y sólo se ven brillar los relámpagos rojizos en la entraña de la nube oscura, allá donde van las olas en tropel, el mar espumea furioso y sobre el abismo negro brilla el cielo incendiado. . .

Cuba tiene muchas representaciones egregias de su energía; pero el pensamiento de su independencia tiene en Martí la más pura, la más elocuente y la más sincera de sus voces.

Tal es el tribuno.

Como jefe de partido, júzguenlo allá los suyos, por lo suyo.

Después de todo, Martí quedará en pie, como una grande alma.

Pasará acaso el ruído de su talento; pero no pasará el recuerdo de sus luchas y el resplandor de su virtud.

Sólo el bien perdura.

J. M. Vargas Vila.

LA APOTEOSIS DE MARTÍ

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. LINCOLN DE ZAYAS

Patria, Noviembre 6 de 1895.

LA APOTEOSIS DE MARTÍ

Señoras y Señores:

El Comité encargado de esta velada se ha dejado guiar por su indulgente bondad y me ha concedido el honor de dirigiros unas palabras esta noche.

No sin temor y desconfianza he aceptado, al fin, el honor proferido; pero si es verdad que me siento abrumado al reconocer mi incapacidad para hacerle justicia á mi alto tema, también lo es que me sostiene y alienta la convicción de que la gloria del patriota y mártir que nos hemos reunido á honrar esta noche descansa sobre una base demasiado sólida é inexpugnable para que pueda ser manchada por algún error ó inhabilidad de mi lengua.

Al principio, sea permitido decir que el vocablo oración es demasiado altivo para aplicarse á las frases mal hilvanadas que, gracias á vuestra benevolencia, yo tendré el honor de decir esta noche. Yo vengo aquí no como orador, sino como un miembro del Comité que ha organizado esta velada, para explicar—si es que alguna explicación es necesaria—por qué este club, ahora tan indignamente representado por mí, ha decidido dar esta fiesta—pues las commemoraciones de los héroes tienen más de fiesta que de luto funeral—en honor del excelso patriota cuyo nombre llevamos, para tributarle nuestro amor y reverencia de una manera especial é inequívoca, pues no titubeamos en declararlo abiertamente:

el objeto principal de esta noche no es recoger fondos para nuestros heroicos hermanos que en los campos de Cuba luchan por nuestro decoro y redención, por grande y sagrada que sea esa obligación; este club ha contribuído á ese noble objeto antes, ha contribuído esta misma noche y seguirá contribuyendo cuantas veces sea necesario; pero el carácter distintivo, el factor esencial de esta noche, es rendirle homenaje al inmaculado patriota y glorioso mártir José Martí.

Los asesinos y enemigos de José Martí han hablado; esta noche le toca el turno á sus amigos.

Y que me sea permitido, antes de continuar, expresaros á vosotros todas las gracias más cordiales y sinceras del club por vuestra asistencia esta noche y vuestro apoyo generoso. A todos los que hayan contribuído con dinero, con tiempo ó con su talento al éxito inequívoco que sin exageración, creo hemos logrado hoy, el club debe una deuda de gratitud que nosotros con júbilo reconocemos, y por vuestra cooperación la sagrada causa de nuestra independencia percibirá todo el magnífico resultado.

Se ha dicho que esta ceremonia que hacemos no es del momento. A eso hemos contestado que, para todo lo que es merecido y justo, siempre es tiempo, pues decimos con el poeta: "Para justicia, todos los lugares son templos y todas las estaciones primavera". También se ha objetado que nada que pudiéramos nosotros hacer aquí esta noche, sería digno de nuestro excelso patriota. Nosotros no pretendemos, ciertamente, que nuestra pequeña ceremonia sea considerada digna del glorioso mártir á quien deseamos honrar; pero así como la religión ha reducido su Dios á los límites de una obra de arte, así, por medio de esta reproducción admirable de las facciones de nuestro heroe y la coronación simbólica de su busto, tratamos nosotros de expresar

una parte mínima de la deuda de gratitud eterna que Cuba le debe á su hijo incomparable.

José Martí era un hombre que, en siglos pasados, hubiera sido tomado por un semi-dios; tan maravillosas fueron sus dotes y tan extraordinarios los resultados que él alcanzó, á pesar de la indiferencia de casi todos, á excepción de unas pocas almas nobles, y á despecho ¡ay! de la enemistad y malevolencia de muchos.

Su presciencia era maravillosa, y mientras todos vagábamos errantes y descorazonados, rodeados de impenetrable obscuridad, él caminaba erecto y entusiasta, con los ojos fijos en el lejano horizonte, donde resplandecía ya, para su vista de profeta, el luminoso reflejo de su patria regenerada y libre. Donde nosotros no veíamos más que sombra espesa, él veía el albor radiante; por eso nosotros dudamos de nuestra patria, pero él creyó. "Porque has visto, Tomás, tú has creído; bienaventurados aquellos que no han visto y, sin embargo, han creído"; y la Historia, como Jesús el Nazareno, rechaza á los corazones tibios que dudan y exalta al hombre de fe.

Martí tenía fe en los cubanos y en su virtud para ganar su independencia, y con prudencia y actividad bastantes para establecer un país próspero y honroso; y á la consecución de la libertad de su pueblo consagró todos los escritos de su pluma fecunda y todo el poder de su elocuencia irresistible.

¿Quién que alguna vez le oyó, podrá olvidar aquel su aspecto de inspirado y la música conmovedora de su voz? Su lenguaje era oro maleable, incrustado de preciosa pedrería. Ora la frase resplandecía con el brillo kaleidoscópico de un collar oriental; y ora se estremecía su cuerpo con indignación, recordando las injurias hechas á su patria, y las palabras brotaban, feroces y atropellándose, cual lava ardiente del co-

razón de poderoso cráter. Su tono, á veces suave y delicado, como el ala de alegre mariposa, acariciaba á los que sufrían y consolaba á los oprimidos; y de súbito, su colosal imaginación se elevaba hacia el empíreo y parecía tener comunión con los espíritus de las altas regiones, como águila que, sostenida por indomables alas, penetra á las nubes en su vuelo osado y contempla, sin pestañear, los esplendores todos del sol radiante.

Pero si era intensamente fascinador como escritor é incomparablemente poderoso como orador, había algo en Martí más grande que nada de lo que él jamás escribió ó dijo, y eso era el hombre en sí. El secreto de su poder fenomenal no consistía en su vocabulario pintoresco ni en su atrevida imaginación; ¡no! Su poder grande descansaba en que detrás del orador veíamos al patriota, y el patriota dejaba traslucido al mártir. José Martí era un carácter macizo: era majestuosa encina sobre cuya cabeza han estallado las tempestades de los siglos; que mientras más alto eleva su ramaje al cielo, más hondo clava sus raíces en la tierra.

Si examinamos el cráneo de Cristóbal Colón, fácilmente entenderemos por qué los obstáculos se desmoronaban en el polvo ante su poderosa argumentación;—cuando contemplamos á Washington, pronto comprendemos que esas sienes eran demasiado serenas y altivas para degradarse con una corona de rey;—el ángulo facial de Simón Bolívar nos da la clave de por qué el cetro de España se quebró como juguete de niño, al choque de su espada luminosa. Así también, los que observaban el óvalo de la cara de Martí, traída otra vez á la animación de la vida por la magia del arte, no podían menos que notar las sienes anchas y expansivas, que indican la forma más alta de la espiritualidad; las quijadas

delgadas, indicio de la ausencia de toda pasión rastrera y mezquina; los ojos, medio cerrados y soñolientos, fijos en el futuro, como si previera su propio martiro; la boca de líneas severas, sensibles á la ternura, pero terrible en su cólera justificada, y de la cual brotaban torrentes inexhaustos de elocuencia ardiente, que electrizaba á los fieles y consumía á los cobardes; su frente de cúpula, que denota la grandeza moral; el ángulo facial, lo inquebrantable de las resoluciones; la región de las cejas indica la percepción exquisita del supremo artista; y la nariz denota el conocimiento íntimo del corazón humano; todo revela al hombre de un poder intelectual inconmensurable; de una vitalidad nerviosa inagotable; de una voluntad indomable, de una fe suprema.

Martí había nacido para ser caudillo, pues claramente revelaba, por sus dotes extraordinarias y por la combinación asombrosa de sus cualidades más raras y opuestas, que había sido escogido, como lo fué Moisés en la antigüedad, para llevar á cabo la obra divina de la redención de un pueblo.

Su amor por su tierra era sin límites, su fe en los cubanos infinita. Tenía siempre listo el argumento á favor de su pueblo y jamás titubeó en abandonar la prosperidad material, salarios enormes y altos puestos en la estimación del mundo, antes que sacrificar un átomo de su decoro personal ó un ápice de sus conviciones políticas.

Y su alta idea del carácter cubano se ha corroborado espléndidamente, no sólo por nuestros hermanos heroicos que están comprando con su sangre generosa nuestra independencia en los campos de nuestra tierra, sino que se ratifica esta noche aquí, al ver yo entre esta concurrencia hermosa y entusiasta, madres, hermanas y

padres que tienen á sus séres más queridos y cercanos en la lista de honor del ejército libertador. Algunos se desprendieron de los brazos de un ser amado para ir, con la sonrisa en los labios, á afrontar una muerte horrible á manos de la ferocidad española. Otros ya han sucumbido á las privaciones y peligros, y quizás, en estos momentos en que hablo, sus grandes almas buscan la paz que el cielo ofrece á los justos; y otros, más infortunados, soportan una existencia miserable, sometidos á las indignidades, las vilezas y los horrores de un calabozo español.

Y estas madres, hermanos y padres no se han retirado á rincón oscuro, á llorar en silencio, como perros castigados; sino están aquí, animando con su presencia y ayudando con su generosidad la causa sagrada por la cual esos seres queridos han sucumbido y sufren; y nuestro querido amigo y grande artista Emilio Agramonte es el primero en darnos el ejemplo; y mientras con una mano enjuga la lágrima paterna, con la otra, cual si fuera un padre romano, contribuye con todo lo que tiene para ayudar al ejército libertador en sus esfuerzos de heroísmo legendario, para darnos patria cordial é independiente.

Estos sacrificios espartanos de nuestros padres y hermanas merecen la admiración del mundo. Hay algo más en la vida que llevar un cierto nombre un número dado de años; y nosotros, los que nunca hemos pisado el sacrosanto suelo de Cuba libre, inclinamos la cabeza con vergüenza en presencia, ó á la mención siquiera, de aquellos que han presentado el pecho generosa á las balas españolas, y si necesario ha sido, han dado la última gota de su sangre preciosa en defensa de la bandera de la estrella solitaria.

Y ahora la labor continuada de Martí está completa, y el 24 de febrero pasado—fecha que

el Genio de la Libertad atesora entre sus recuerdos más gratos—en los corredores antes desiertos del palacio de Madrid resonaban las pisadas de los ministros que salían y entraban con apuro febril; y los viejos pilares de las Cortes temblaron en sus cimientos, cuando la cúpula que sostenían reverberó á los ecos de la noticia pasmosa: "¡Revolución de Cuba!"

Y la guerra creció en proporciones más amplias que las que aún nuestras imaginaciones se habían forjado en sus ensueños. Los ministros españoles trataron con números oficiales y comparaciones estadísticas de robarle al pueblo cubano su fe en el resultado; pero estos estadistas españoles, que ignoran muchas cosas, y sobre todo la historia, se olvidan que los grandes sentimientos no están sujetos á cálculo. Un hombre de ciencia puede estimar la fuerza de una locomotora, expresarla en números y ecuaciones; ¡pero no está en poder del hombre calcular la influencia que han ejercido sobre la humanidad el cerebro de Platón, la pluma de Shakespeare ó el grito con que Carlos Manuel de Céspedes despertó los ecos de sus montaños nativas, y que repercutirá para siempre en la memoria de los hombres!

Y los corazones leales de Cuba otra vez acuden á socorrerla. Otra vez ondea el estandarte de la libertad al viento; los sonidos belicosos de la preparación militar perturban el aire silenciosio de la media noche, y de nuevo la nota del clarín saluda al sol naciente.

El gobierno español adopta medidas bárbaras. ¡En vano!, pues Cuba, como leona indomable, ofrece más feroz resistencia mientras más se azota con el látigo infamante de la autoridad española á sus miembros estremecidos y palpitantes; y España, previendo su peligro, envía á Cuba su más hábil y su único hombre.

Con todo el prestigio de una carrera especialmente afortunada,—pero desgraciadamente dedicada al servicio del trono retrógrado y repugnante de España,—su presencia de nada ha servido. El espíritu de la revolución, como el fantasma de Banquo en el banquete de Macbeth, no huye á su voz de mando, y Cuba responde, á su jactancia vana de que él aplastaría la insurrección al momento, con la llegada del hombre de genio, Máximo Gómez, y el hombre de fe, José Martí.

Y durante semanas no oímos más que triunfos y glorias; — y una mañana nos despierta la desesperación. Nuestros labios palidecieron, nuestros corazones rehusaron creerlo,—y no obstante, ahí estaba la fatal nueva con toda la claridad espantosa de blanco y negro. Un traidor, una detonación de artillería, y "el infierno ha hecho su obra maestra".

Vendido, nuestro héroe se encuentra cara á cara con una fuerza abrumadora. Él era más que un hombre en ese momento, ¡era la encarnación de los ideales y aspiraciones de Cuba! Era más que un centauro;—¡era el arcángel de la independencia cubana! Los sufrimientos y degradación de su infortunada tierra, como aguijones crueles, pinchan los ijares de su corcel intrépido; y gritos, llamas, el silbido de las balas, los golpes de machete y el horror, perturban la escena pacífica. El caballo, el hombre y la muerte se estrechan en sangriento abrazo, y hubo una confusión horrible; y siguióle una pausa horrenda; y después, ¡ah!, mis amigos, vosotros lo sabéis: ¡la sangre de José Martí ha santificado ese terreno y ha convertido la Boca de Dos Ríos en el Monte Gólgota de la redención cubana!

¡Y ese corazón sublime, que no latía sino por Cuba, ya no late al fin! ¡Y esa voz, cargada de melodía sobrenatural, se ha callado para siempre!

¡Oh, Jehová, Dios de las batallas! ¿Dónde está tu justicia? ¡Oh, Cuba, tesoro de los mares y Niobé de las naciones! Tú, por la cual él dió la última y suprema prueba de amor, ¿quién hablará ahora por tí?

¡Oh! ¡qué caída fué esa, mis compatriotas! Entonces vosotros, y yo, y todos caímos, ¡mientras la traición sangrienta se pavoneaba sobre nuestras cabezas!"

Y hay un hombre que se cuelga del pecho una gran cruz, porque sus soldados encontraron á nuestro héroe en emboscada traicionera y le destrozaron á balazos! Yo compadezco á ese hombre!. . . . El hijo de Dios nos ha dicho que hay pecados que no serán perdonados en este mundo, ni en el de más allá; y el que mata al redentor de su pueblo, en los dolores cruentos del nacimiento de la república, comete un crimen tan negro contra la sagrada causa de la humanidad, ¡que no hay lengua humana que pueda calificarlo, ni un Dios justo que pueda perdonarlo!

Pero los planes del Todopoderoso son inescrutables y forzoso es que las libertades de los pueblos se compren con muchas vidas preciosas; pero cuando el alma gigante de José Martí se ofreció en pago de nuestra libertad, todos sentimos que, aunque el precio fué cruelmente caro, al fin ha sido ganada por completo.

Un sacrificio más le pedía la patria. Él oye esa voz plañidera que le exige tamaña prueba de grandeza y patriotisto. Él obedece, clava las espuelas en su bridón, y con el espíritu de un mártir de los primeros albores de nuestra edad cristiana, resplandeciente, sublime, ¡Martí se transfiguró de esta existencia baja y material al fulgor glorioso de la inmortalidad!

Y de ahí nos contemplan sus facciones ahora, —cinceladas por artista joven y generoso, por-

que nuestro héroe era generoso y amaba á los jóvenes.

¡Emblema mudo del glorioso mártir, permitido me sea deponer estas palmas ante tu venerable imagen, en prueba de tributo amoroso! ¡Oh, por un sonido de esos labios inspirados! y cediendo á una ilusión sublime, paréceme que esos labios se mueven y oigo una voz del cielo que dice: "¡Cubanos, cumplid con vuestro deber! ¡Libertad á Cuba, pues mientras España retenga un palmo de tierra en mi adorada Cuba, mis restos mutilados no podrán descansar en paz!"

¡Sombra del inmaculado patriota, contémplanos aquí, esta noche, desde tu morada en la región excelsa! ¡Fortifícanos con tu ejemplo! ¡Haz que podamos, como tú, nunca envainar la espada, hasta no haber conseguido una victoria espléndida ó una muerte gloriosa! ¡Bautízanos con la sacra sangre que brotara de tus heridas elocuentes! Que ahora abren sus labios rojos para gritarnos, desde la profundidad horrenda de tu tumba inquieta:

¡Libertad ó Muerte!

LINCOLN ZAYAS.

MARTÍ JUZGADO POR M. GÓMEZ

CARTA DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ AL SR. F. MARIA GONZALEZ

De "El Mundo", Habana, Mayo 18 de 1902.

MARTÍ JUZGADO POR M. GÓMEZ

Señor F. María González.

Estimado amigo: Quedo enterado del propósito que tienen ustedes de reunirse el día 19 de Mayo, para tratar algo relativo á la memoria imborrable del querido de todos nosotros, José Martí, muerto hace siete años defendiendo en los campos de batalla los derechos de su pueblo. Y han hecho muy bien en decirme ese propósito, pues usted sabe cuánto lo amaba yo también y, cual ninguno, sufrí el primero la profunda pena de verlo desaparecer en aquella hora funesta para la patria.

Yo no sé si podré tomar parte en esa reunión de amigos de Cuba y del glorioso muerto á la vez, y es por eso que le adelanto estas líneas de condolencia como un deber cumplido á la memoria del héroe caído en "Boca de Dos Ríos".

Fué José Martí muy poco conocido de sus compatriotas, los cubanos, en el verdadero, esplendoroso apogeo de su gloria. La verdad sea dicha: yo no he conocido otro igual en más de treinta años que me encuentro al lado de los cubanos en su lucha por la independencia de la patria.

Martí fué cariñosamente admirado en la tribuna, desde donde flageló siempre á la tiranía y se hizo amar del pueblo, cuyos derechos defendía con tesón incansable.

Desde allí, al decir de muchos criollos y extraños, se hizo un hombre notable.

Supo buscar en el libro y el periódico los me-

jores y más cariñosos factores, poniéndolos al lado del obrero cubano en el taller del trabajo, para que se instruyera, principalmente, en el amor á las cosas de la patria, y se sintiera después bien hallado con la nueva sociedad que debía venir; creándose de este modo la República por el pueblo y para el pueblo. Predicó la escuela, como la panacea que curará todos nuestros males como consecuencia de una vida anterior de atraso crudísimo, de privilegios y obscurantismos. Aun siendo un niño se encaró contra el poder usurpador de los derechos de su patria, y por eso pagó llevando un grillete al pie, pues buen cuidado había de tener la tiranía de apagar en Cuba toda lámpara que, como Plácido, pudiese dar algún destello de luz.

Siempre lo fué Martí, en suma: altivo, rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones.

En hora buena, todo eso es espléndido y edificador, sublime si se quiere; pero Martí no debió tener necesidad de hacer grandes esfuerzos para llenar esa misión que él mismo se había impuesto. Para aquel cerebro, dotado de sorprendentes recursos intelectuales y para aquel hombre de gran corazón, debemos presumir que no era una empresa que ofreciese grandes dificultades que vencer.

El atrevimiento era mesurado, se tenía que contar con el tiempo y esperar que la semilla fructificara nuevamente, después de tantos fracasos. La esperanza no había muerto en el corazón del pueblo, y Martí, hombre de penetración, comprendió eso y en esa grande y sólida base apoyó el extremo de su palanca.

Pero llegó un momento para Cuba en el que Martí debía completarse y se completó, y he aquí desde donde yo lo he visto grande y hermoso y á donde muy pocos tuvieron la ocasión de contemplarlo, consumando el mayor de los sacrificios: franco, sencillo y resuelto, sin que pudiese

esperar halagado el aplauso, porque en la guerra todo es duro y escueto. Frente á la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.

Yo ví á Martí entero y sin decaimientos cuando en el tremendo fracaso de la Fernandina, en donde lo perdimos todo, quedándonos sin recurso y sin crédito como premio doloroso de algunos años de ímprobo trabajo. Qué días tan amargos aquellos que nos tenía preparado el destino!. Al lado de la terrible contrariedad que sufrían unos hombres preparados con entusiasmo para una grandiosa empresa, ese fracaso no solamente dejaba comprometida aun la vida, sino también algo más grande: el honor. Preciso era en lance tan desesperado jugar el todo por el todo, y ví entonces á Martí, sin miedo y resuelto á correr los azares de una suerte por demás incierta, cuando, para cumplir la palabra empeñada con la propia conciencia y con la patria, nos lanzamos á la mar en débil barquichuelo, llevándoles en vez de elementos de guerra, á los compañeros combatientes ya, la dolorosa noticia del fracaso. Para los hombres de honor que sepan apreciar aquella desairada situación nuestra, sobre todo para Martí, que era el director de las cosas de fuera, han de pensar, junto conmigo, que era preciso poseer una gran dosis de entereza para no sentirse desconcertado ante tamaño infortunio, que muy bien pudiera apreciarse de manera distinta, por la vehemencia de la opinión pública, desesperada por ver realizada la empresa con tanta insistencia anunciada. El pueblo, y sobre todo los eternos enemigos de la revolución, podrían decir con sobra de razón: "He aquí el parto de los montes".

Después de eso ví á Martí resuelto y entero, cuando, no contento el destino con la desgracia con la cual acababa de fustigarnos, dispuso fué-

semos traicionados y abandonados en la mar por los mismos que se habían comprometido, mediante una retribución adelantada, á conducirnos á la tierra amada.

Momentos angustiosos fueron aquellos, capaces de meter miedo á los espíritus más fuertes y mejor templados, y á hombres como Martí, no acostumbrados á los azares de la guerra. Extraño contraste: habíamos principiado por la más horrenda derrota, para obtener después, como se ha visto, la más espléndida victoria. Así ha sido Cuba y seguirá siéndolo.

Al fin vencimos de tantos trastornos y de tantas infamias, á costa de sacrificios sin cuento, y yo ví entonces también á Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa con un rifle al hombro y una mochila á la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual de un viejo soldado batallador, acostumbrado á marchas tan duras, al través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante calvario, y cuando el sol que alumbra las victorias principió á iluminar nuestro camino, yo ví á José Martí, ¡ah, qué día aquél! erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos. Como un venado, jinete, rodeado de aquellos diestros soldados, que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.

Allí, en Boca de Dos Ríos y de esa manera gloriosa, murió José Martí. A esa gran altura se elevó para no descender jamás, porque su memoria está santificada por la historia y por el amor, no solamente de sus conciudadanos, sino de la América toda también. Guarde usted, amigo mío, estas líneas, como un recuerdo del amigo y del hermano, escritas al calor de los recuerdos de aquellos tiempos y del compañero muerto y nunca bien llorado.

M. Gómez.

18, Mayo, 1902.

JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO

Cartas inéditas de Jose de la Luz

El Economista Americano, Mayo de 1888.

PARRAFOS

Patria, Noviembre 17 de 1894.

CARTAS INÉDITAS DE JOSÉ DE LA LUZ

Los cubanos veneran y los americanos todos conocen de fama al hombre santo que, domando dolores profundos del alma y el cuerpo, domando la palabra, que pedía por su excelsitud aplausos y auditorio, domando con la fruición del sacrificio todo amor á sí y á las pompas vanas de la vida, nada quiso ser para serlo todo, pues fué maestro y convirtió en una sola generación un pueblo educado para la esclavitud en un pueblo de héroes, trabajadores y hombres libres. Pudo ser abogado, con respetuosa y rica clientela, y su patria fué su única cliente. Pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad, cuando era indispensable defenderla. Pudo escribir en obras —para su patria al menos—inmortales, lo que, ayudando la soberanía de su entendimiento con la piedad de su corazón, aprendió en los libros y en la naturaleza, sobre la música de lo creado y el sentido del mundo, y no escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar. Supo cuanto se sabía en su época; pero no para enseñar que lo sabía, sino para trasmitirlo. Sembró hombres.

El noble anciano que poco antes de morir puso en manos de *El Economista* las cartas que hoy publica, no las dió como cosa común, sino como quien, al irse de la vida, lega á quien sabrá guardarlo su mejor tesoro. "He vivido mucho", decía; "de tanto esperar en vano la justicia en el mundo y la libertad para mi pa-

tria, se me ha espantado el entendimiento"; pero en ningún país traté jamás á un hombre tan sabio y tan bueno. Se me deshacía á veces en lágrimas el corazón cuando lo oía hablar. Perdonar: ¡yo no sé, después de Jesús, quién haya sabido perdonar mejor! Saber: ¡oh, era un gran saber cristiano, que no se contentaba con repetir el último libro que leía, ni rechazar lo que no se avenía con su criterio, sino estudiaba más lo más hostil, y hablaba de una ojeada la verdad de todo! Cuando lo afligía la fealdad de la vida, se consolaba embelleciendo las almas, para que fuese patente la beldad universal. Yo era un pobre, yo era muy pobre y muy infeliz ante él, y me trató siempre como á un hermano y como á un monarca. Amo la vida porque me fué permitido conocerlo."

Dicen así las cartas:

Sr. D. José Podbielski.

Habana, Mayo 8 de 1853.

Muy señor mío y amigo: siento sobre manera no poder dar á usted mejor informe de la Mneumónica; pero apenas salió usted de aquí, cuando enfermó el profesor de historia (á quien por mis muchas ocupaciones había comunicado la idea) y después ha seguido muy delicado de salud, sin haber podido hacer nada.—Entre tanto, otro joven profesor de mi colegio ha comprendido el plan perfectamente, y aun ha verificado algunas aplicaciones en los cuadros.—Con todo, creo que en un país cuyos hijos están dotados de sobra de memoria y de falta de actividad, no cuajará la idea.—Como quiera, lo intentaremos.

Muy largo tendría que escribir si tratara de comunicarle cuanto me ha inspirado su esclarecido compatriota. Su filosofía, inspirada por los

grandes pensadores alemanes, merece el título de universal, conque su autor la caracteriza, sin dejar por eso de llevar el sello de la originalidad en cada página; á mí en particular me ha cabido la satisfacción de coincidir en muchos pensamientos, que hemos expresado ambos, hasta con las mismas metáforas: tales, entre otros, el de la página 78 *in principio*.—Por lo demás, su palabra de fuego hallaría eco en esta tierra del sol, confirmándome en todo su obra en el concepto en que para la Filosofía ha tenido á los polacos su afectísimo amigo

José de la Luz.

Habana, Julio 26 de 1853.

Muy señor mío y amigo: con tanta mayor satisfacción contesto su favorecida del 12, cuanto veo la viva simpatía que le mueve hacia mí, fundada en la identidad de fin que, á fuer de amantes de la verdad (que es Dios) nos proponemos entrambos. Esta circunstancia me hace sentir no tener el tiempo que quisiera consagrarle, pues así podríamos comunicarnos nuestras ideas filosóficas, que, por lo poco que he visto, creo van muy de acuerdo.

Por supuesto que cuando recibí su carta (hace 8 ó 10 días) ya había dado el último paso en busca del señor Ostrowski ó sus herederos, así por los periódicos de la Habana como por los de Matanzas y del interior. Ahora veo que usted me dice que puede haber sido Savannah, en lugar de Havannah.

Mucho agradezco á usted las noticias que me da sobre las obras de nuestro predilecto Trentowski; pero nunca me ha dicho usted si hay algo traducido de Mickiewicz, de ese genio poético que, según dice el mismo Trentowski, puede

ponerse en parangón con los Dantes y los Cervantes, y á quien, por lo mismo, tiene hambre de conocer su afectísimo amigo y servidor

J. DE LA LUZ.

V. dirá cómo va de Mneumónica—y de Palacio de Cristal.

Habana, Enero 30 de 1854.

Mi muy apreciado amigo: hace cuatro días escribí á usted; pero vuelvo á tomar la pluma sólo para encargarle me busque con empeño el *Report* ó *Reports* de *Faraday on turning tables*, que aquí no se encuentra; dicen que también salió en un número del *Courrier des Etats Unis*, á mediados del año pasado.—Como quiera, tenga V. la bondad de enviármelo por conducto de Appleton á Spencer. — Si hubiere alguna otra obra buena sobre estos fenómenos y ódicos *(odipsa)* en cualquier lengua (hay las cartas de Reichembach — que creo las han traducido al francés bajo el título de *Lettres magnétiques* ("Odische Briefe"), tenga V. también la bondad de remitírmela; se lo agradecerá infinito su afectísimo amigo

J. DE LA LUZ.

Habana, Marzo 21 de 1854.

Mi muy apreciado amigo: sin otra de V. á que contestar, tengo sin embargo el gusto de anunciarle recibo así del 2° tomo de *Vorstudien* como del catecismo de Krummacher.

No hay duda que me he salido con la mía —que fué figurarme á priori que los polacos forzosamente habían de distinguirse en la filosofía, á ley de sentidores, imaginativos y desventurados. Estoy nada menos que entre Mickiewicz y Trentowski—¡Qué vuelo de águila tiene aquel poeta—y qué profundidad este pensador! De esta hecha me vuelvo polaco—y sólo siento las ocupaciones y la vista, que no me permiten consagrarme al idioma de gente tan esclarecida. Me ha caído á las manos el tomo 1° del *Eglise officielle et le messianisme*—que, según quiero recordar, encargué tiempo hace á Spencer; pero sólo ha venido el primer tomo—el que es continuación de otras lecciones anunciadas en el colegio de Francia, que no conozco.

En cuanto á Trentowski, está espléndido en los *Vorstudien kräftig und prächtig.*

No me dice V. el importe ó precio de esta obra, para abonarlo á Spencer. El Krummacher es una peseta y—para aumentar la cuenta—que me encargue el señor Garrigue lo que publicó "Fröbel" en alemán, bajo el nombre de *Junius.* Deseo recibir carta de V., no vaya á ser por falta de salud el no haberla tenido, lo que sentiría sobre manera su afectísimo y semi-paisano

J. DE LA LUZ.

Habana, Septiembre 11 de 1853.

Muy señor mío y amigo estimado: con singular placer he leído su apreciable del 26 de Agosto, estándole muy agradecido por la circunstanciada noticia que me da de los escritores más notables de su interesante nación. Cabalmente ahora días tropecé en un catálogo con esas "Lecciones de literatura slavona y el Conrado de Wallemrod", ambas en alemán, y desde luego las encargué.—Ahora, si V. tiene la bondad de encargarme otras dos obras de las que juzgue más importantes del mismo autor, sea en francés ó en alemán (aunque si están bien tra-

ducidas al francés será preferible, por estar al alcance de mayor número), así como otro par de ellas de ese famoso Krasinski, se lo agradecería sobre manera; pudiendo V. entregarlo todo á los señores Appleton y Co., libreros de ahí, que son los corresponsales de mi amigo el señor Spencer, por cuyo conducto recibirá V. su importe, sin gravarse en lo más mínimo. También quisiera que V. con el mayor empeño me consiguiera del librero Garrigue "Der biblische Catechismus, von Krummacher"; y si no lo tiene, que me lo pida pronto á Alemania—y cualquier otro catecismo que se encuentre por ese estilo. Vea V. si puede igualmente remitirme un catálogo de Garrigue.

Siento en el alma no poseer el polaco para bañarme en estas obras de mi predilecto Trentowski; pero podré consolarme con esos—*Vorstudien der Wissenschaften der Natur*—y ese *Messianisme* de Wromki en francés. Y ya ve V. cómo le pago con simpatías polacas sus simpatías cubanas,—amigo y hermano mío, que con este vocativo del cristianismo deben llamarse los verdaderos amigos de la sabiduría y de la humanidad.—Apenas queda espacio para el Palacio de Cristal, temperatura y otros puntos con que V. ameniza su favorecida; concluyendo con rogar á Dios me le conserve tan bien como desea su afectísimo amigo

J. de la Luz.

Habana, Noviembre 16 de 1853.

Muy señor mío y amigo estimado: no he contestado antes su muy grata de 12 de Octubre, por haberme hallado indispuesto, y después harto ocupado.—Pero lo hago ahora, como siempre, con mucho placer, agradeciéndole sumamente los encargos de libros que me ha hecho y las noti-

cias que me da, así como los catálogos que he recibido por mano de nuestro amigo D. Nicolás Gómez, á quien los entregó el señor Dalcour. Y á propósito de noticias de literatura slavona, dígame V. si ese famoso Krasinski es el mismo autor de una obra publicada en Londres en 1848, en inglés, bajo el título de "Panslavism and Germanism, by Count Valerian Krasinski":—y si he de juzgar por algunas citas del *North British Review* (August 1853) es libro verdaderamente notable.

Mucho empeño finco en tener ese catecismo bíblico de Krummacher, que me lo extraviaron. Mucho me alegro de que gane ahí terreno su Mneumónica, y procuraré incluirle en esta misma carta la instrucción en español que V. me dejó para corregir; ó si no, en primera ocasión, por habérsela yo prestado al profesor de historia de mi Colegio, con ánimo de ver lo que se pudiera hacer. Mucho celebraría esa visita que promete V. para este invierno, pues sabe V. que le aprecia de veras su afectísimo amigo

J. de la Luz.

Habana, Enero 26 de 1854.

Mi muy estimado amigo: hace pocos días que recibí su apreciable del 8, que en parte queda contestada en la última mía, cabiéndome la satisfacción de añadir ahora mejores noticias sobre la salud de su amigo Dalcour, comunicadas por nuestro D. Nicolás Gómez, quien me asegura que, hallándose ya libre de las calenturas, acaso vendrá á la ciudad para principios de Febrero.—Entretanto no ha resollado la consabida obra de "Vorstudien, etc."; tal vez sea él mismo el portador.—En cuanto á la familia de Mme. Bellechassee, no hay la menor novedad.—

También yo he dado á V. en mi anterior el *"happy new year"*; quedándome el sentimiento de habérselo hecho comenzar (á lo menos contribuir á ello) *unhappy* con la tecla que moví sobre el costado melancólico que me pareció leer en su alma. Pero á bien que *scimus, et hanc veniam petimusque damusque vicissim,* y no nos quedaremos á deber.—Pocos habrá que simpaticen más de corazón con V. y con todo su heroico pueblo, como el hombre que traza estas líneas.—*"A good shaking of hands here, my dear!"*

Mucho celebraré recibir cuanto antes el Krummacher.—Aquí no hay frío ni calor, como usted sabe, y quisiera tener en mi mano hacerle gozar este dulce clima.—El amigo D. Nicolás agradece sobre manera los repetidos recuerdos de V., á quien se ofrece siempre con todas veras su apasionado amigo

J. DE LA LUZ.

Habana, Abril 5 de 1854.

Mi muy estimado amigo: estoy bien penetrado del interés con que mira V. mis encargos, como se ve nuevamente por su favorecida del 26 último, que me apresuro á contestar.

Desde luego he conferenciado con el amigo D. Nicolás, como persona que tanto aprecia á V., sobre su idea de venir á mi lado, ó de ocuparse de otro modo en este país. A entrambos nos duele, mediando un sujeto como V., no tener una digna colocación que ofrecerle, sobre todo careciendo yo, después de mi traslación á la ciudad (pues en el Cerro me sobraba espacio), de una pieza donde alojar á V.; sin embargo de todo, si V. quiere pasar el noviciado, en mi colegio tendrá V. algo en qué emplearse y la mesa á su disposición; y entretanto y después haremos diligencia por más, dentro ó afuera de casa. Piénselo V., pues, amigo mío, pues aunque yo estoy dispuestísimo á emplearme con su obsequio, y tengo siempre los brazos abiertos para quien lo merece, señaladamente para hombres como V., no quisiera excitar esperanzas que no puedo cumplir. Como quiera, cuente V. siempre con su invariable amigo

J. DE LA LUZ.

Habana, Mayo 20 de 1854.

Amigo apreciado: el 15 recibí con sumo placer su favorecida del 8, confirmándome la del 25 de Abril, en la que me manifestaba su decidida intención de venir á mi lado, de que no puedo menos que regocijarme.—Ojalá me quisiera Dios volver una mínima parte de aquella fuerza que me dispensó en otro tiempo, para poder acompañar á V. en todos esos estudios que se propone hacer sobre la lengua y literatura polaca, á que me siento arrastrado de amor y respeto! Ya ve V. que sobra simpatía; así, pues, no hay más que venir. El Sr. R. Morrison ha celebrado sus finos recuerdos, así como su apreciable familia—y V. amigo mío, sepa que vive en la memoria de su afectísimo

J. DE LA LUZ.

Habana, Junio 19 de 1854.

Mi estimado amigo: con sumo placer he leído su apreciable del 5.—El 1º escribí á V. recomendándole á D. Francisco Morales, sobrino mío, que trata de pasar unos meses en esos Estados; le participaré el cambio de domicilio de V. para que lo vea más pronto. Me alegro tanto más de haber recibido esta última suya, cuanto me temía estuviese V. indispuesto, por no haberme escrito con su acostumbrada frecuencia. Yo es-

toy ya muy fortalecido; y le agradezco mucho su interés por mi salud; Dios nos la conceda á entrambos, para ocuparnos en el bien de nuestros hermanos todos los hombres!

Ya veo que V. me escribirá á principios de cada mes, prometiendo yo ser tan puntual corresponsal como hasta aquí. Cuando llegue su oportunidad, á mediados de Septiembre, como V. me indica, participaré á V. nuestro estado sanitario—que por ahora no es el mejor, siendo excesivos los calores, y reinando el vómito en los recién llegados. Nuestro amigo D. Nicolás Gómez toma siempre parte en cuanto le concierne á V. Celebro infinito vuelva V. á entregarse con ardor á las ciencias—para mí de gran consuelo en la vida: *adversis perfugium ac solatiem procbent.* En cuanto á idioma — V. me dará de su polaco enérgico, y yo le pagaré con mi majestuoso español—así como su afecto con el invariable de su verdadero amigo

J. DE LA LUZ.

Daré sus memorias á los amigos Morrisson y D. Teodoro. Mil gracias por las noticias tan circunstanciadas sobre estudios y grados de medicina.

Habana, Agosto 21 de 1854.

Mi muy estimado amigo: contesto la de V. fecha 7 del corriente; quedo enterado de todo lo que en ella se contiene y sólo tengo que decirle, en consecuencia, que por acá lo recibiremos con los brazos abiertos y con la mayor buena voluntad.—Siento, sin embargo, no poder ofrecerle cuanto yo deseo para V., como ya le tengo dicho en otras ocasiones; pero visto lo que V. me manifiesta, sólo tengo que decirle que venga cuando guste.

Sería prudente que V. no emprendiera el viage para ésta, hasta que hubiese pasado el mes de Octubre.—Así se evitaría el riesgo de los tiempos, muy malos en este mes y en el anterior Septiembre, y tendría V. casi la seguridad de un viaje corto y feliz.

Con respecto á los libros, quedan abonados á Spencer los cuatro pesos cuatro reales, valor de la Filosofía de Trentowski y del Iridion. Spencer se entenderá con Appleton para su pago á Garrigue.

En cuanto á mí, sigo con mis achaques: más ó menos mal, y nunca enteramente bueno.

Consérvese V. con salud, y disponga como guste del buen afecto de su amigo invariable

J. DE LA LUZ.

JOSE DE LA LUZ

PARRAFOS

Él, el padre; él, el silencioso fundador; él, que á solas ardía y centelleaba, y se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo á que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos; él, que antepuso la obra real á la ostentosa,—y á la gloriola de su persona, culpable para hombre que se ve mayor empleo, prefirió ponerse calladamente, sin que le sospechasen el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria; él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad; él, que se resignó, —para que Cuba fuese,—á parecerle, en su tiempo y después, menos de lo que era; él, que decía al manso Juan Peoli, poniéndole en el hombro la mano flaca y trémula y en el corazón los ojos profundos, que no podía "sentarse á hacer libros, que son cosa fácil, porque la inquietud intranquiliza y devora, y falta el tiempo para lo más difícil, que es hacer hombres"; él, que de la piedad que regó en vida ha creado desde su sepulcro, entre los hijos más puros de Cuba, una religión natural y bella, que en sus formas se acomoda á la razón nueva del hombre, y en el bálsamo de su espíritu á la llaga y soberbia de la sociedad cubana; él, el padre, es desconocido

sin razón por los que no tienen ojos con qué verlo, y negado á veces por sus propios hijos.

¿Qué es ver la luz y celebrarla de lejos, si se la huye de cerca? ¿Qué es saludar la luz, mientras sus rayos tibios adornan flojamente la desidiosa naturaleza, y ponérsele de cancel, en cuanto sale del caos, quemando y sanando, con el brío del sol? ¿Qué es pensar sin obrar, decir sin hacer, desear sin querer? ¿Qué es ver caer la torre deshecha sobre el pueblo amado, y tener al pueblo por la espalda, como la celestina á la novicia dolorosa, para que le caiga mejor la torre encima? ¿Qué es aborrecer al tirano, y vivir á su sombra y á su mesa? ¿Qué es predicar, en voz alta ó baja, la revolución, y no componer el país desgobernado para la revolución que se predica? ¿Qué es la gloria verdadera y útil, sino abnegarse, y con la obra silente y continua tener la hoguera henchida de leños, para la hora de la combustión, y el cauce abierto para cuando la llama se desborde, y el cielo vasto y alto, para que quepa bien la claridad?

Lo más del hombre y lo mejor, suele ser, como en José de la Luz, lo que en él sólo ven á derechas quienes como él padezcan y anhelen; porque hoy, como en Grecia, "se necesita ser fuego para comprender el fuego"; ó los que oyen aterrados su paso en la sombra. De él fué lo más la idea profética é íntima, que no veía acomodo entre su pueblo sofocado y crecedero —cercado de la novedad humana, y la nación victimaria, lejana é incapaz, que entrará descompuesta y sin rumbo á su ajuste violento é incompleto con el mundo nuevo,— y consagró la vida entera, escondiéndose de los mismos en que ponía su corazón, á crear hombres rebeldes y cordiales que sacaran á tiempo la patria interrumpida de la nación que la ahoga y corrompe, y le bebe el alma y le clava los vuelos. Los pueblos, injustos en la cólera ó el apetito, y crédulos en sus horas de deseo, son infalibles á la larga. Ellos leen lo que no se escribe, y oyen lo que no se habla. Ellos levantan, como el sabueso, al enemigo, aunque use lengua túrgida y sedosa, y descubren la pasión de virtud que se suele ocultar, para servir mejor, en el sacrificio prudente. Ellos, en los países de desdén y discordia, quieren, con apego de hijo, á los hombres de justicia y amor, —á los que no emplean en herir á sus hermanos, dispuestos á morir por su patria, la energía que reservan para perpetuar en ella el poder de sus tiranos. Y así ama, con apego de hijo, la patria cubana á José de la Luz.

ANTONIO SELLEN

La Juventud, Julio 1 de 1889.

ANTONIO SELLEN

La Juventud tributa hoy justo homenaje á la memoria del poeta cubano Antonio Sellén: bien merece que los jóvenes lo recuerden con amor aquel que nunca dejó de ser joven. Hijo de una tierra donde todavía no ha salido el sol, pasó la vida triste buscando con afán la poesía verdadera, y puso en poesía castellana cuanto hay de enérgico y hermoso en los poetas nuevos. Ennobleció el destierro con un trabajo constante, templado por un carácter que no empañó nunca la malicia, y embellecía la pasión por la hermosura ideal, que lo tuvo siempre en un estado de íntimo deleite, más grato que los goces volubles del mundo. Era hombre de notable cultura y de juicio sagaz; pero el corazón se le inflamaba, aun en los últimos años, cuando veía volar un pájaro libre sobre su cabeza, ó deshacerse una nube por el cielo azul. Sus quejas fueron como de alondra, que vuela alto. Su poesía fué como su vida, serena y ejemplar. Fué dos veces poeta bueno, porque fué buen poeta y buen hijo.

En Nueva York lo recuerdan sus muchos amigos con el afecto que inspiraba aquel enamorado de la poesía pura, que prefirió poner en su lengua nativa los modelos extranjeros á vestir con versos nimios y hojosos las pocas imaginaciones que dejan en pie la esclavitud y el destierro, más propios para maldecir que para cantar. Nunca se le veía sin un libro de versos curiosos

en el bolsillo holgado de su gabán de poeta. Hoy era Kerner, mañana Baudelaire y mañana Petöffi. No buscaba lo extravagante, sino lo genuino. En cuanto hallaba una de esas ideas perdidas entre las hojas, como las violetas, ó resplandecientes como el puño de un sable magyar, la ponía en su verso español, seguro y macizo, y otras veces gallardo y ligero, cuando no arrogante, si había vileza que castigar, y armado de una bella cólera. En su poesía propia fué tierno y sentido, y notable por la pureza de sus deseos, el fervor de su caridad humana, y sus simpatías con todo lo ingenuo y poético del mundo.

Son inspiradas como una obra original, sus traducciones de *Parisina* y *El Prisionero;* en sus *Joyas del Norte* tanto es el mérito de la versión, que no se sabe á veces si el brillo es de la piedra sueca ó danesa ó de la montura castellana; en los *Ecos del Sena,* el verso es suelto, henchido y de buen número; la estrofa se le enciende y relampagua cuando en *Conrado Wallenstein* fustiga á los tiranos. Pero lo más bello de él fué la amistad fiel que mantuvo toda la vida con su noble hermano Francisco, poeta de mérito nuevo y singular; su amor constante por la libertad y la belleza; y aquel respeto á la poesía que le hizo desterrar de ella la verba de abalorio y la pompa vana.

JOSE JOAQUIN PALMA

La Juventud, Agosto 16 de 1889.

JOSE JOAQUIN PALMA

Con su hija América Ana de la mano, vestida de luto, acaba de llegar á New York, de paso para Guatemala, el poeta que ha sabido poner en sus versos toda la ternura de su corazón y el fuego inextinto de un patriotismo puro. No en Cuba sólo, sino en toda nuestra América, se leen sus serenatas, que suenan á guzla, y las décimas en que recuerda y predice nuestras glorias, y sus cantos valientes al progreso, y las estancias de fina y aérea composición, donde ha logrado aprisionar en palabras la música errante que vuela por lo invisible, y las nobles tristezas de un alma que va repitiendo el terceto del Dante, por "la escalera ajena", por lo negro del mundo. Pero para él es menos amarga la expatriación, y por él se han unido, al amor de su poesía, los pueblos que nacieron de las mismas entrañas dolorosas, y han de vivir guardándose y robusteciéndose, sin soltarse jamás de las manos.

Palma ha hallado una patria segura en Centro América, donde se le estima en cuanto vale como hombre cordial y de superior consejo, porque en él es tanta la inspiración como el juicio, y sólo con el que tiene á su patria pudiera compararse el amor con que ve á la juventud de aquellas tierras, que en fiestas públicas han proclamado al bayamés errante su poeta favorito. ¿Qué hemos de decir á esos países generosos, sino la palabra más bella de la lengua de los hombres? ¿qué más que "gracias"?

Ni tienen aquellos pueblos amigo mejor. A los que más lo quieren les roba el tiempo Palma en estos días para ir al Colegio de Columbia, á Astor y á Cooper, á las bibliotecas privadas y las librerías, para ver qué puede aprender de útil para su querida biblioteca de Guatemala. Allá, rodeado de jóvenes, pasa los días interminables, los días angustiosos del destierro, el bardo bibliotecario, que por ser quien es, va dejando en los corazones el cariño para su biblioteca, y buscándole fuentes nuevas y amistades al salón de lectura, á donde acude de noche la juventud del país de los *quetzales*. Allá vuelve ahora, contento, porque ha hallado para su biblioteca más riquezas, riquezas modernas, porque de cosas de antes, de pergaminos é historias, nada tienen que envidiar á los de ninguna otra, los anaqueles de la Universidad de Guatemala.

Poco tiempo nos da Palma á sus amigos; pero esto no es tan de lamentar con quien se ha puesto entero en su poesía, y parece que tiende la mano desde sus estrofas, y se entra como huésped natural por todas las almas honradas. De su poesía encantadora, como de él, puede decirse lo que en sus versos de diamante tallado decía Helen Hunt Jackson: "Las aves deben saber; el que cante con juicio, cantará como las aves; el aire libre tiene alas generosas; los cantos hacen su camino"!

RAFAEL MARIA MENDIVE

Carta al Sr. Enrique Trujillo

El Porvenir; 1º de Julio de 1891.

RAFAEL Mª MENDIVE

Sr. Enrique Trujillo:

Mi generoso amigo:

Y ¿cómo quiere que en algunas líneas diga todo lo bueno y nuevo que pudiera yo decir de aquel enamorado de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas de la vida, y no escribió jamás sino sobre verdades de su corazón ó sobre penas de la patria? De su vida de hombre yo no he de hablar, porque sabe poco de Cuba quien no sabe cómo peleó él por ella desde su juventud, con sus sonetos clandestinos y sus sátiras impresas; cómo dió en España el ejemplo, más necesario hoy que nunca, de adquirir fama en Madrid sin sacrificar la fe patriótica; cómo empleó su riqueza, más de una vez, en hermosear á su alrededor la vida, de modo que cuanto le rodeaba fuese obra de arte, y hallaran á toda hora cubierto en su mesa los cubanos fieles y los españoles generosos; cómo juntó, con el cariño que emanaba de su persona, á cuantos, desagradecidos ó sinceros para con él, amaban como él la patria, y como él escribían de ella. De la *Revista de la Habana* nada le diré aquí; ni de su traducción de las *Melodías* de Tomas Moore; ni de su cariño de hijo para José de la Luz, y de hermano para Ramón Zambrana; ni de la tierna amistad que le profesaron, aun cuando las contrariedades le tenían el carácter un tanto deslucido, los hombres, jóvenes ó canosos, que

llevaban á Cuba en el corazón, y la veían, fiera y elegante, en aquella alma fina de poeta. ¿No recuerdo yo aquellas noches de la calle del Prado, cuando el colegio que llamó San Pablo él porque la Luz había llamado al suyo el Salvador?: José de Armas y Céspedes, huyendo de la policía española, estaba escondido en el cuarto mismo de RAFAEL MENDIVE; en el patio, al pie de los plátanos, recitábamos los muchachos el soneto del "Señor MENDIVE" á Lersundi; en la sala, siempre vestido de dril blanco, oía él, como si conversasen en voz baja, la comedia que le fué á recitar Tomás Mendoza; ó le mudaba á Francisco Sellén el verso de la elegía á Miguel Angel, donde el censor borró "De Bolívar y Washington la gloria", y él puso, sin que el censor cayese en cuenta, "De Harmodio y Aristógiton la gloria"; ó dictaba, á propósito de uno ú otro Sedano, unas sextillas sobre "los pancistas", que restallaban como latigazos; ó defendía de los hispanófobos, y de los literatos de enaguas, la gloria cubana que le querían quitar á la Avellaneda; ó con el ingeniero Roberto Escobar y el abogado Valdés Fauli y el hacendado Cristóbal Mádan y el estudiante Eugenio Entenza, seguía, de codos en el piano, la marcha de Céspedes en el mapa de Cuba; ó me daba á empeñar su reloj, para prestarle seis onzas á un poeta necesitado. Y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo dí, llorando.

O de un poco antes pudiera yo hablarle, cuando lo acababan de hacer director del colegio, y él estaba de novio en sus segundas nupcias, con una casa que era toda de ángeles. Los ángeles se sentaban de noche con nosotros, bordando y cuchicheando, á oir la clase de historia que nos daba, de gusto de enseñar, RAFAEL MENDIVE; ó nos oían de detrás de las persianas, cuando las

expulsaban por traviesas, lo que,—ante el tribunal de Valdés Fauli, y Domingo Arosarena, y Julio Ibarra, y el conde de Pozos Dulces, y Luis Victoriano Betancourt,—teníamos que decir sobre "el funesto Alcibiades" ó "el magnánimo Artaxerxes", ó "los sublimes Gracos". Era maravilloso,—y esto lo dice quien no usa en vano la palabra maravilla,—aquel poder de entendimiento con que, de una ojeada, sorprendía MENDIVE lo real de un carácter; ó cómo, sin saber de ciencias mucho, se sentaba á hablarnos de fuerzas en la clase de física, cuando no venía el pobre Manuel Sellén,—y nos embelesaba. De tarde, antes de que llegasen sus amigos, dictaba á un tierno amanuense las escenas de su drama inédito *La Nube Negra,* ó un capítulo de su novela de la sociedad habanera, donde están, como flagelados con rosas, pero de modo que se les ve pestañear y urdir, los héroes de la tocineta y del chisme y del falso dandismo.

¿Se lo pintaré preso, en un calabozo del castillo del Príncipe, servido por su Micaela fiel, y sus hijos, y sus discípulos; ó en Santander, donde los españoles lo recibieron con palmas y banquetes?; ¿ó en New York, á donde vino escapado de España, para correr la suerte de los cubanos, y celebrar en su verso alado y caluroso al héroe que caía en el campo de pelea y al español bueno que no había querido alzarse contra la tierra que le dió el pan, y á quien dió hijos?; ¿ó en Nassau, vestido de blanco como en Cuba, malhumorado y silencioso, hasta que, á la voz de Víctor Hugo, se alzó, fusta en mano, contra *Los Dormidos?;* ¿ó en Cuba, después de la tregua, cuando respondía á un discípulo ansioso: "¿Y crees tú que si, por diez años á lo menos, hubiese alguna esperanza, estaría yo aquí?" ¿A qué volver á decir lo que saben todos, ni pensar en que los diez años han pasado? Pre-

fiero recordarlo, á solas, en los largos paseos del colgadizo, cuando, callada la casa, de la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso; ó cuando, hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba.

Su

José Martí.

SE VAN LOS ANCIANOS

SILVERIO DEL PRADO, JOSE FRANCISCO LAMADRIZ, FRANCISCO AGÜERO

Patria, Marzo 19 de 1892.

SE VAN LOS ANCIANOS

Doce años hace, cuando fué vencido en Cuba, por su infeliz organización, el movimiento que pudo evitar al país diez años de esperas inútiles, vino fugitivo de Cádiz un anciano modoso, de rara cordura, de cuerpo recio y pequeño y el rostro inolvidable, con la tez curtida por el sol de las escuadras del Oriente, honrados los ojos y serenos, de águila la nariz y la barba blanca. Un cubano que no se ha cansado aún lo recibió en sus brazos y le evitó el viaje mortal á la guerra, que ya se desvanecía. "Aquí vengo, señor", dijo Silverio del Prado, "para que me mande á la guerra con mis tres hijos". ¡Era Silverio del Prado, que con sus tres hijos había peleado ya diez años! Cayó en suelo amigo, el hombre cuyas heridas no se pudieron cerrar al sol de su país. Las palmas que le dan sombra no son sus palmas.

En Cayo Hueso vivía, en una casa señorial como su corazón, un hombre que le dió á la patria sus ochenta años de vida, su riqueza, sus sueños de gloria, sus dos hijos. Nacido en sedas, no tenía fe en ellas. Amaba, por un instinto superior al influjo de la falsa cultura, aquella libertad que se paga en lo que vale, y nace y se mantiene del reparto equitativo de la justicia entre los hombres. Hablaba el matancero José Francisco Lamadriz como un maestro eximio la lengua de sus opresores, y el haber vivido en España largamente reforzó su convicción de la

necesidad de apartar á Cuba de ella. Era un gozo ver florear su robusto entendimiento. Todo se le fué cayendo al rededor. Con la muerte sentada á la mesa, aún le hacía seña de esperar, y se ponía en pié á decir adiós á la patria. Moría muy pobre aquel rico. Y en tierra agena están ahora sus huesos.

Ahora muere en Puerto Príncipe, rodeado de ruinas, *El Solitario* que amó á su tierra ardientemente. Ni huyó el cuerpo, ni cedió la pluma. Si no tenía más que un amigo el defensor de la independencia de la patria, Francisco Agüero era el amigo. De cárceles y de peligros salía más fresco y determinado, como el nadador de debajo de las olas. La edad le comió las carnes, y le royó la pobreza los vestidos. De una tristísima soledad tenía llenos los ojos. Cayó en su patria como si cayera en tierra extraña.

EN LA GUERRA

RAMOS DE LAS CRUCES

Patria, Marzo 26 de 1892.

EN LA GUERRA

Es Ramos de las Cruces. New York le ha sido cruel y se vuelve á Tampa. Viene á decir: "¡Presente!" Allá tiene su mujer, que padeció mucho de frío, y sus dos hijitos. "Pero, señor, habrá quien los cuide. Yo empecé, señor, y tengo que acabar". Y no habla de sus hambres; no habla de los padecimientos que lleva en la cara marcial; no habla de la herida que le destrozó la mano.

—¿Y esa mano, Ramos?

Ramos baja los ojos hermosos; por la frente, alta y enjuta hacia las cejas, le cuelga el cabello rebelde. Carga bigote y pera militar.

—Pues esto de la mano fué en el Guayacón. Fué una entrega que nos hicieron. Nosotros éramos doce y teníamos hecho un chapeo dentro de la yerba de Guinea. Uno de nosotros salió al limpio, y vió á la fuerza española pegándonos candela. Trescientos veintiocho era la fuerza de ellos, señor, y nosotros éramos doce nada más.

—Y ¿cómo escaparon vivos, Ramos?

—Pues salimos, y les descargamos de retirada. Nosotros teníamos que buscar una ceja de monte que había á la izquierda. Ellos se abrieron á correr, eran de caballo ellos, para cogernos el frente de la ceja. Nosotros no nos habíamos dispersado, y descargamos todos juntos. Ellos se detuvieron un momento, y por ahí nos les corrimos á la ceja.

—Pero lo de la mano, Ramos?

—¡Ah! pues fué en la descarga, cuando le entró la bala en el costado á un muchacho que yo apreciaba mucho, y yo le ví el desmayo de la muerte, y le dije: "Cácte aquí, hermano, cáete en mi hombro". Y cuando alcé el brazo para abarcarlo bien, me entró la bala, señor, me entró de frente: vea que me entró por la palma de la mano.

—¿Y se salvaron? ¿Cómo?

—Pues nos salvamos. El cubano es como las codornices cuando se llega la hora. Y pelea muy templado también. El muerto no se quedó allí; no, señor. Entre un compañero y yo nos lo llevamos; por la cabeza yo y él por los pies. Se acabó de morir allá en el monte. Eso sí que defendíamos nosotros: ¡nuestros muertos!

Y con la derecha se cubría Ramos y con los ojos miraba largamente su mano destrozada.

EN LA RATIFICACION

JUAN FRAGA

Patria, Marzo 26 de 1892.

EN LA RATIFICACION

JUAN FRAGA

En esta hornada de corazones, todos leales, que da empuje de misión á lo que viene con menos fuerza cuando es mera idea política; en esta campaña que ha ganado la constancia insigne, hasta volver á los días heroicos de nuestro patriotismo, toca por su tesón é independencia, y por la rara capacidad de rendir la preocupación misma al juicio, asiento de honor al que ha puesto en las manos de la patria su primer libreta de banco, al que ha quitado á todos, con la prueba de su ejemplo, el derecho de decir que no hay modo de llevar de afuera ayuda al país. Cien hicieran lo que él: ¡y fuéramos libres! Cien lo harán. Y el día del triunfo, cuando haya cuajado y vencido el poder de corazón con tanta pena compuesto á hilo á hilo en la sombra, cuando la organización ambiente y crecedera nos haya puesto en una libertad tan hecha á ella desde la raiz, que no se nos pueda desordenar, cuando el espíritu victorioso llegue á caballo á las puertas del palacio podrido y mande sellar las puertas del palacio, las manos se alzarán por sobre las cabezas para proclamar al que, con los ojos escudriñadores, vió que era preciso tenerle el caballo preparado al espíritu que ¡por fin! venía á vencer, al que en la fatiga de la vida halló tiempo para llamar á todos los corazones, y maña y honradez para que todos

se le abrieran; al que inició y custodia el tesoro de la patria: á Juan Fraga.

De otros la codicia de acapararse de la bondad ó la debilidad de un hombre, con la lisonja sólo grata á los pequeños, y valerse de la virtud, trastornada por la adulación, para ponerle estorbos á la patria. Y de otra época, la necesidad de lisonjear al virtuoso. Estos tiempos de ahora son como de competencia en el honor, y no se está á quien brilla, sino á quien sirve. Hay afán de ser útil, y el sacrificio vuelve á ser la moda. A brazadas se pueden tomar ahora los hombres buenos. Pero hay que poner donde se le vea á quien, en el día del recuento, puede decir: "Yo uní, cubano á cubano, las almas dispersas; yo pensé de día y velé de noche; yo cumplí con el deber que ví ambulante, mientras cumplían los otros con el suyo; yo demostré lo que pueden hacer siete hombres en tres años; yo, cuando la patria me dijo "¡necesito!" pude decirle: "¡toma!"

RAFAEL SERRA

PARA UN LIBRO

Patria, Marzo 26 de 1892.

Joyous Day for "Boarders" At Cafe Of Second Congress-woman in U. S.

Miss Alice Robertson Celebrates Election With "Some Extra Fruit Salad and Fried Chicken" on Her Bill of Fare.

(By Associated Press.)

Muskogee, Okla., Nov. 5.—Miss Alice Robertson, cafeteria owner and the only woman congressman-elect in the United States, sat in her little restaurant here last night planning the menu for today's non-day meal.

Miss Jeanette Rankin of Montana was the first woman to be elected to Congress, and Miss Robertson is the second.

"I think I should celebrate my own election tomorrow by preparing some extra fruit salad and fried chicken," she said as she wrote out the bill of fare on her typewriter. Then she turned again to politics and shook hands with many who came to congratulate her on her victory over Congressman W. W. Hastings, Democrat, who has represented the Second congressional district since 1914.

"Miss Alice" Is 65.

"Miss Alice," known over the state as one of the most picturesque characters in Oklahoma, made the race for Congress despite the fact that she was opposed to and worked actively against the woman suffrage amendment.

"The men have thrust the vote on us, now I'm going to see if they mean it," she said when she announced her candidacy for Congress.

"I guess they did," she continued, when the figures telling of her election were brought to her.

The story of Miss Robertson's life, which began in a little Indian mission ten miles from here 65 years ago, is the story of a sacrifice by a woman for the betterment of the Indian tribes here.

Made Campaign in Cafeteria.

Her father came to the old Indian Territory in 1849, when the cry of "gold" was heard from California and thousands of people rushed to the Far West. But his mission was not one of seeking wealth. "My father came here to be a good citizen for the new country," she said.

Her victory over Congressman Hastings was by 273 votes out of approximately 50,000 ballots cast in the district.

"Miss Alice's" campaign here was similar to President-elect Harding's, but instead of being conducted on her "front porch," it was conducted in her cafeteria.

Whenever a man or woman came into her cafeteria to eat, she sat down at the table and "talked it over." She also ran "ads' in the daily papers proclaiming the days menu, giving Biblical quotations, and advancing political arguments. The 'ads" rivaled even the news columns for the interest they attracted.

"I CAN LAND BAD MAN," SAYS WOMAN SHERIFF

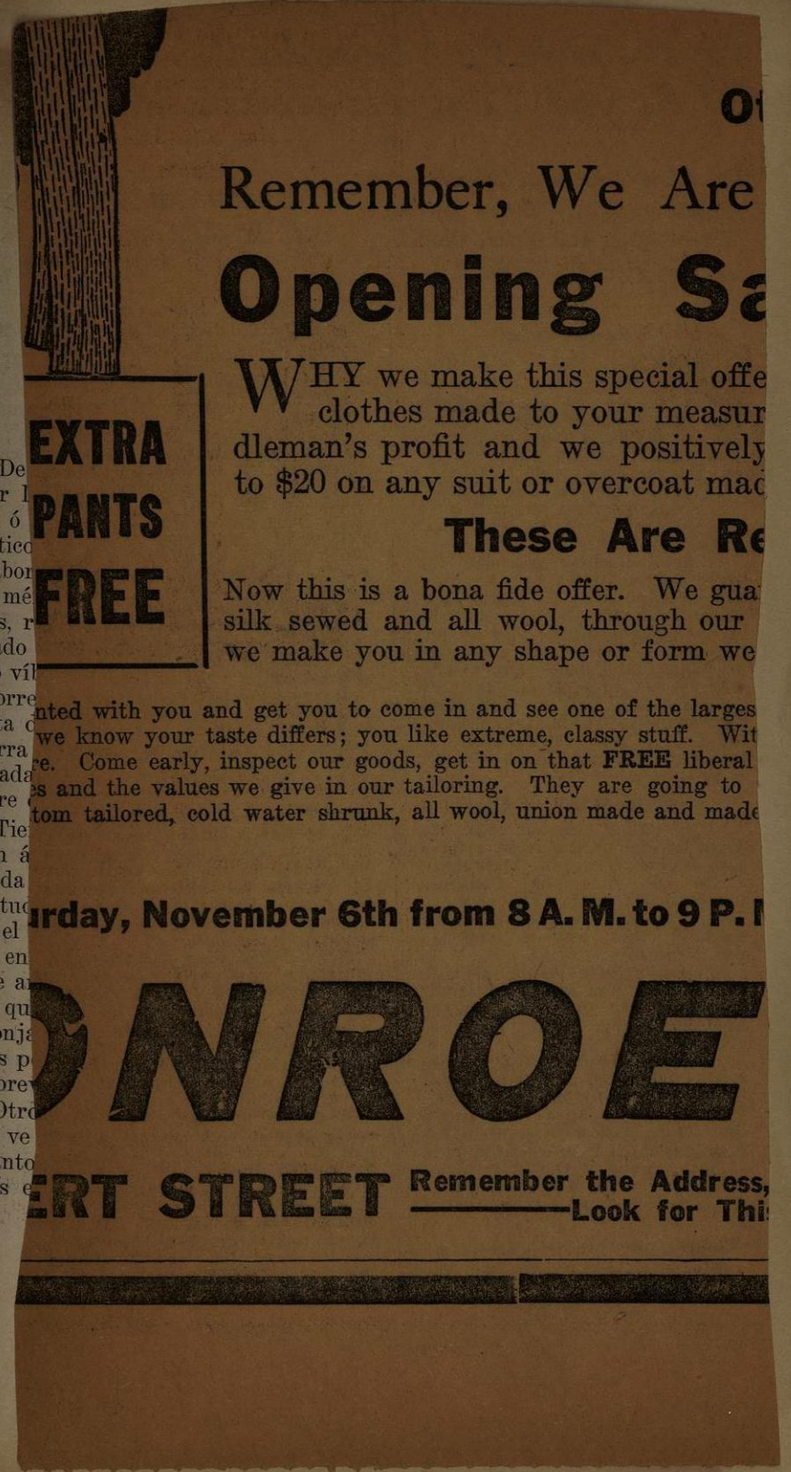
(By Associated Press.)

Roscommon, Mich., Nov. 5.—Mrs. Jane Johnson, 65 years old, mother of three children and sheriff-elect of Roscommon county, today outlined the platform on which she will go into office next January.

"I can land a bad man or a bad woman myself, if necessary," she said, "but as a matter of precaution I will appoint my husband deputy. In the intervals between searching and caring for prisoners I will look after my children—two girls and a boy—and the domestic duties in the county jail."

Mrs. Johnson added that in case it should become necessary for her "to arrest a bad man, he will know some one has been after him."

The sheriff-elect gained her experience from her husband, who has been sheriff for the past six years, and whom she married forty years ago.


Remember, We Are
Opening Sa
WHY we make this special offe
clothes made to your measur
dleman's profit and we positively
to $20 on any suit or overcoat mad
EXTRA
PANTS
FREE
These Are Re
Now this is a bona fide offer. We gua
silk sewed and all wool, through our
we make you in any shape or form we
nted with you and get you to come in and see one of the larges
we know your taste differs; you like extreme, classy stuff. Wit
e. Come early, inspect our goods, get in on that FREE liberal
s and the values we give in our tailoring. They are going to
tom tailored, cold water shrunk, all wool, union made and made
rday, November 6th from 8 A. M. to 9 P. M
ONROE
ERT STREET
Remember the Address,
Look for This

RAFAEL SERRA

PARA UN LIBRO

De luz se han de hacer los hombres, y deben dar luz. De la naturaleza se tiene el talento, vil ó glorioso, según se le use en el servicio frenético de sí, ó para el bien humano; y de sí elabora el hombre, aquilatándose y reduciéndose, el mérito supremo del carácter. Corre las calles, revuelta con el fango, la elocuencia; el letrado menesteroso se acurruca de escabel, ó como víbora enroscada, á los pies del magnate que aborrece; duerme el genio alquilado cerca de la bota del déspota inculto. No es de esos Rafael Serra; sino de los que con su indignación, acrisolada en la justicia, propaga el alma buena y libre entre los hombres.

Tiene la vida, entre sus viles, los que le niegan á la madre el vientre, ó cargan con rabia sorda la condición que no saben realzar con su virtud, ó venden, por el apoyo que los empine en el mundo, el honor que puede sólo asegurarlos en él. No es de esos Rafael Serra, ni de los que andan la jornada á la grupa de otro, ni de los que empeñan su albedrío por una migaja de lisonja, sino de los que ejercitan la piedad, sin más pecado que el de amar con exceso, y con la imprevisión á veces, á los que creen piadosos.

Otros van en la vida con la lepra, que no se les ve porque les sale por dentro, derribando cuanto hallan de altura, buscando en las estatuas el lunar, afilando la palabra asesina, za-

BIBLIOTECA CENTRAL

pando cuanto las almas de construcción levantan y congregan. Un gozo, de luces como verdes, les brilla en la mirada cuando se viene abajo una columna, ó mana de una frente pura un chorro de sangre. Corren unos el mundo cubriendo con voces escandalosas de patria y libertad el desierto de su corazón, sin más alegría que la de ver cómo se derrumba, ya que no ha de servirles de pedestal, la fábrica de los hombres. Unos están en el mundo para minar; y para edificar están otros. La pelea es continua entre el genio albañil y el genio roedor. Unos trabajan con la uña y el diente, otros con la cuchara y el nivel. No es de esos Rafael Serra, sino de los que construyen.

Yo he vivido á su lado. Yo he visto, como en los talleres de los lapidarios, la lámpara azul y serena de su corazón. Yo le ví sujetarse, cultivarse, perdonar y fundar, vencerse. Yo le veo, con orgullo de hermano, cómo guía, en las horas de prueba, las iras más santas con la benignidad que las hace útiles. Yo lo veo, obrero ardiente, levantarse de la mesa de trabajar para encender, allá en su cuarto de cenobita, la llama á que lee su Macaulay ó su Hume, ó su Chateaubrian ó su Virgilio. Yo lo veo vivir, como para ampararla mejor, en la casa memorable de *La Liga*, la casa de juntarse y de querer, que es de lo más puro que haya yo conocido entre los hombres. Yo veo á este creador, libre en el juicio y tenaz en el consejo, alzarse impávido ante el auditorio que lo vitorea, clavar en el aire sus máximas firmes, dominar al injusto y asombrarlo con el poder natural de su razón. Yo le veo volver de la casaca de los aplausos á su mandil de obrero, y con la fatiga de sus manos ganar el óbolo que lleva á la caridad ó á la enseñanza. El va de casa en casa, y llama pecho por pecho, y tiene en la cara el castigo

de los pródigos y de los avaros, y de su corazón, como un bálsamo, se derrama la escuela.

Que la frase sentenciosa, de querer decir mucho, se le queja algunas veces, y se le quiebra. Que el verbo singular suele pelearse con el plural de los sujetos, y huelga esta adversativa, ó la disyuntiva aquella. Que el párrafo músico le pide, una ocasión ú otra, armonías que pudiera rehuir sin que le reclamara el sentido. Que en la construcción y desarrollo de sus discursos le titubeó aquí ó allá la mano novicia, sin dar de golpe con el arte breve. Que esta palabra ó aquella dice más ó menos de lo que él quisiera decir, ó es más pintoresca que castiza. Pero él descubre la lengua raizal por donde los idiomas se esfuerzan y engrandecen; él va alzando la frase con la idea, y la reprime cuando el pensamiento la abandona; él usa del lenguaje como de atalaya, para divisar y anunciar, no como percha, para colgar púrpuras; él prefiere la estatua al color, y habla la lengua épica.

La epopeya está en el mundo y no saldrá jamás de él: la epopeya renace con cada alma libre: quien ve en sí es la epopeya. Unos son segundones y meras criaturas de empacho de libros, y si les quitan de acá el Spencer y de allá el Ribot, y por aquí el Gibbons y por allí el Tucídides, se quedarían como el maniquí, sin piernas ni brazos. Otros leen por saber, pero traen la marca propia donde el maestro, como sobre la luz, no osa poner la mano. Y artesanos ó príncipes, esos son los creadores. Epopeya es raíz.

Van y vienen las corrientes humanas por el mundo, que hoy arrolla los pueblos del color que temió ayer, y funde el oro de sus coronas en cadenas con que atarlos al carro del triunfo. Desdeñó un día el sajón, y tuvo á menos, el trato y la amistad con el italiano ó andaluz, porque por

lo moreno de la cara se creía mejor que él; y luego el andaluz y el italiano desdeñan á los de tez más morena que la suya. Los esclavos, blancos ó negros, fueron depuestos en largas generaciones, por el recuerdo de la esclavitud más que por la culpa del color, del derecho de igualdad, en la aptitud y en la virtud, con sus antiguos amos. El mundo sangra sin cesar de los crímenes que se cometen en él contra la naturaleza. Y cuando, con el corazón clavado de espinas, un hombre ama en el mundo á los mismos que lo niegan, ese hombre es épico.

UN ALMA DE HEROE

RAMON DEL VALLE

Patria, Abril de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

UN ALMA DE HEROE

Admirados vieron un día los obreros de la fábrica de Mora, famosa años ha, á un hombre de más letras que mecánica que, con la cara llena aún de sufrimientos, se sentó valiente á aprender el trabajo humilde y libre; porque con independencia, en hombres como en pueblos, la mayor humildad es corona; y sin ella, el genio mismo va de saltimbanqui, y la virtud, de verse incapaz, se vuelve ponzoña. Aquel letrado, aquel negociante, aquel secretario, vió que el oficio de torcer tabacos mantenía en el destierro honrado al hombre: se subió al codo los puños petimetres y aprendió á torcer tabacos. Aquel rostro, decidido y sereno; aquel buen consejo y continua cortesía; aquel trabajar desde la primera hasta la última luz; aquel alzar con el alma unida de la asociación el corazón disperso de los cubanos, se llamaron en vida Ramón del Valle. Murió ayer, de cincuenta y cuatro años, á la hora en que rompe el día, á la madrugada.

El español lo metió en el barco horrible y fué, en la náusea de aquella bodega, á Fernando Po. Se le veía morir en el camino, no abatirse; si alzaba la mano, era para darla á los demás; su bocado tenía dos pedazos, y uno solo era suyo. Burló su cárcel, pisó esta nieve, y demostró su fortaleza con el aborrecimiento de la fea comodidad de la limosna. No se puso de cesante, á gruñir y pedir; ni creyó que el padecer por la patria excluyese al hombre del deber de honrarla por el mundo con el ejercicio cons-

tante de su virtud. ¡El apóstol, que lo sea á costa suya! ¡ni puede decir la verdad á los hombres quien les recibe la carne y el vino! De tabaquero comenzó el destierro quien en riqueza y secretaría vivió en la patria. De tabaquero cultivó su lengua y escribió documentos memorables. De tabaquero levantó á sus hijos. Y ni descubrió él que los hombres se desposeyesen de una sola virtud, ó se limpiaran de una sola culpa, por estar en un empleo en vez de otro; ni el obrero cubano, que no ve en su mesa una barrera que lo aparte del mundo, ni un bochorno que lo haga menos que él, cesó de admirarle el alma bravía al culto Ramón Valle. Al caer en la tierra ajena del cementerio de Woodlawn, con los ritos de la hermandad masónica en que vió él como la patria misma, por ser la patria imposible sin el trato libre é indulgente de los que han de vivir en ella como hermanos, no cayó solo, ni entre pechos fríos, sino rodeado de cabezas descubiertas.

UN ESPAÑOL

MARIANO BALAGUER

Patria, Abril 16 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL UASD

UN ESPAÑOL

El mundo tiene dos campos: todos los que aborrecen la libertad, porque sólo la quieren para sí, están en uno; los que aman la libertad y la quieren para todos, están en otro. En Cuba, como en Puerto Rico, los dos campos son esos: españoles y criollos del alma autocrática española están de un lado, con letreros diversos más ó ménos liberales, que no son más que disimulo de la parcialidad y arrogancia de sus almas; y los cubanos y los naturales de España que bajo ella ven ofendidas sus almas libres, esos, como el español Mariano Balaguer, que acaba de morir en el Cayo, levantan su copa por sobre los fusiles en un banquete español, para brindar "por un hombre bueno y liberal, por Carlos Manuel de Céspedes".

Cuenta *El Yara* el banquete donde por poco deja la vida el sincero Balaguer. De vicio y oprobio está hecho el camino de la Chorrera, allá en los alrededores de la Habana; y la misma hermosura del mar debiera ser aborrecible, en tanto que los aires no cambien, á los que año sobre año han visto pasar por el camino al mártir presidiario, que llagado y ciego arrastraba su cadena, y al carruaje del crimen y la orgía. Es criminal quien sonríe al crímen; quien lo ve y no lo ataca; quien se sienta á su mesa; quien se sienta á la mesa de los que se codean con él ó le sacan el sombrero interesado; quienes reciben de él el permiso de vivir. Con la cabeza descubierta de respeto, con el alma movida de

horror, con el corazón quemando de la vergüenza, con lágrimas en los ojos, como las que lloraba el llanero Páez al arremeter, es como puede, y no de otro modo, poner el pie un cubano en el camino de la Chorrera. Por allí, con las poliandras ebrias del brazo, las poliandras encintadas de rojo y amarillo, iban de tarde, con el uniforme que abrasa, las turbas repletas de odio, turbas de Cangas y de Covadonga, á la diversión de apuntar con los fusiles á los ancianos y á las criaturas que, del fondo de la cantera, ciegos de la ira imponente, subían, con las piedras á la cabeza y el grillo al pié, las veredas de su cruz. Por allí han ido á celebrar con vino la muerte de los dos hermanos que se besaban al caer, ó á quemar la efigie del patriarca glorioso que llevó á la muerte á su propio hijo. Por allí, con la lacra que tiene á medio podrir nuestra nueva generación, han paseado y pasean de fuelle abierto, ante los criollos que miran sumisos desde los portales, viendo salir la luna, los mismos que le niegan el pan de la vida si no parten con ellos el pecado y el botín. ¡El caso en Cuba no es ya de libertades políticas, sino de moralidad personal! ¡Y el que no pueda vivir honrado, que no viva!. . . Por allí, por el camino de la Chorrera, adonde fué el banquete de Balaguer, pasó el crimen visible de ayer, el garrote y la bala; y pasa el crímen invisible de hoy, la corrupción y el vicio; ¿quién come hoy un pan en Cuba que no lo parta con la desvergüenza?; por allí pasa triunfante el deshonor cubano.

Y por allí volvió, salvo á maravilla, el catalán que osó brindar en plena guerra por "un hombre liberal y bueno, por Carlos Manuel de Céspedes". Y de la Habana saltó al Cayo, y en él ha vivido entre los cubanos veinte años, rodeado de cariño y de respeto, con los cubanos trabajando como un hombre libre, con los cubanos batallando por la libertad. Todo hombre

de justicia y honor pelea por la libertad donde quiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre; y el que ve la libertad ofendida y no pelea por ella, ó ayuda á los que la ofenden, no es hombre entero. En Zaragoza, cuando Pavía holló el Congreso de Madrid y el aragonés se levantó contra él, no hubo trabuco más valiente en la plaza del Mercado, en la plaza donde cayeron las cabezas de Lanuza y de Padilla, que el del negro cubano Simón; y cuando Aragón había abandonado las trincheras, y no se veía más que el humo y la derrota, allí estaba Simón, el negro cubano, allí estaba, él solo, peleando en la plaza!

Por aquella alma rebelde del español llano y del provincial sometido que con encono de siglos solicita satisfacción y venganza; por aquel coraje de recluta que sangra de la quinta, y de labriego cansado de saludar á su inútil señor; por aquel dolor del patriotismo regional de las provincias españolas, sofocado y vejado por la monarquía injusta de Castilla; por aquel rencor santo de la servidumbre que hermana en un fuego á todos los que de ella conocen y padecen; por aquella igualdad en las humillaciones que igualó en la hora de la rebelión á Honorato Castillo y al bravo Villamil, á Federico Cavada y á Dorado, á Serafín Sánchez y al sargento Huerta; por aquel aborrecimiento de la tiranía que junta con simpatía invencible al cubano liberal y al liberal español, el catalán Mariano Balaguer no sintió nunca, ni los cubanos del Cayo le dejaron sentir, que vivía de limosna ni de intruso entre ellos, sino por derecho propio, por el derecho del hombre que atiende más á la voz del honor que á la de la injusticia, á la voz de la humanidad que á la que la de quienes la niegan y oprimen. Los españoles buenos son cubanos.

EN CASA

NESTOR L. CARBONELL

Patria, Abril 23 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL
SANS

Vive en Tampa, como un padre del pueblo, el fidelísimo cubano Néstor Carbonell. Él es de aquellos cubanos incansables que sólo sienten dicha en lo que eleve y mejore el alma patria, en que entre los cubanos y los hombres todos cunda el patriotismo y el cariño, en llevar á los rincones más dormidos la buena voz cubana. Y cuando se sienta á descansar, la conversación en aquellas sobremesas de amigos es todo del país, con la buena compañera de auditorio y los hijos que escuchan febriles los cuentos del padre. El que funda un Club Cubano y le pone por nombre el del primero entre los héroes constituyentes, el del que fué alma de la Constitución de Guáimaro; el que en la casa de su trabajo, donde vive feliz, sueña en congregar á los cubanos del mundo, y los convoca el primero á congregarse en una sola casa; el que preside hoy, á la vez que su escuela y su ejemplar familia, el Cuerpo de Consejo del Partido Revolucionario Cubano, peleó ayer con los patriotas de Las Villas; les oyó la poesía y la oratoria, ya veteada de oro nuevo, como monte que va echando la costra, y repite con voz conmovida los discursos de Morales, las silvas del Hijo del Damují, los artículos de Luis Victoriano Betancourt, las cartas grandes de Chicho Valdés, las endechas de José Joaquín Palma.

* * *

Y es Carbonell quien escribe á *Patria* sobre la alocución de Céspedes, el 11 de Abril, los párrafos siguientes:

"Cuando yo contaba veinte abriles, esa ado-

rable edad en que la vida se desliza entre arrullos, flores y sonrisas, y corre la sangre encendida por las venas, y el corazón palpita alborozado, escuchaba gozoso allá en Oriente de la tierra cubana, la patriótica alocución de Carlos Manuel de Céspedes, en los instantes de ser electo Presidente de la República. La mente soñadora y el alma enamorada la retuvieron y guardaron, sin darse cuenta de ella. Hoy, á través de la escarcha de los años, aún conserva la memoria fragmentos de aquella reliquia escapada al naufragio del pasado.

"En *Patria*, cuyas columnas, iluminadas por los resplandores de Yara, parecen un himno suave de amor y patriotismo, he leído un tanto variado el último y brevísimo párrafo de tan importante documento. Si lo que voy á trasladar no fué efectivamente lo que dijo Céspedes, culparé á la infidelidad de la memoria, y si así fuese, ojalá puedan servir á *Patria* estas mal trazadas líneas que, sin ninguna clase de pretensión, le envía un corazón cubano. Así recuerdo el final de la alocución:

"Cuba ha contraído el deber solemne de consumar su independencia ó perecer en la demanda; este noble compromiso es contraído ante la América independiente, ante el mundo liberal, y lo que es más, ante nuestra propia conciencia. Todo esto significa que seáis heroicos y virtuosos; en vuestro heroísmo confío; contad vosotros con mi abnegación".

EMILIO AGRAMONTE

Patria, Abril 30 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL

EMILIO AGRAMONTE

Honrar á la patria es una manera de pelear por ella, así como hacer algo que la deshonre es pelear contra ella. Esta ha sido semana de triunfo para un cubano que en su vehemente pasión por el arte no ha hallado modo de olvidar el dolor de su país; para el que ya al mediar la vida conserva hacia su patria el amor filial con que las mujeres de su casa, en los días del sacrificio, vaciaron sus joyas en el tesoro de la revolución, y los hombres tenaces, á nado ó poco menos, emprendían el camino de la guerra; para Emilio Agramonte, el artista consumado que, sin floreos ni comedias, ha logrado en el Norte la autoridad de quien ve y hace ver en las artes un culto. Se goza al ver alto en la tierra extranjera el nombre de nuestro país. Y á quien lo enaltece, á quien es fiel á su patria en la hora de la soledad, á quien desdeña, en la música como en la vida, la ornamentación y el revoque, se debe afecto y agradecimiento.

A Emilio Agramonte tiene que venir á ver todo el caído que crea que nuestras tierras valen para poco; que tenemos que beberle el aliento á los rubios del mundo; que nuestro carácter es migaja y miel. El conoce al dedillo la música toda, y tiene el don oculto de hallarle á cada nota la pasión, de tragedia ó ternura, con que la dejó caer del alma el músico; él saca el espíritu escondido de los versículos ambrosianos, la cantata normanda, la villanela medioeval,

BIBLIOTECA CENTRAL

el laudo corto, el recitado florentino, la sinfonía conceptuosa, la ópera triunfante. El levanta de la sombra el arte de Norte-América, desdeñado en su propia nación, un arte que es todavía como un paisaje de crepúsculo, con más nocturnos que alegros. El, en su clase continua, su clase de profesores, recita, canta, explica, toca, compone á la vista del discípulo la ópera entera. El, del trabajo del día, que en su naturaleza privilegiada sólo es acicate para más trabajo, sale á la ciudad vecina á poner alma, en su gran clase de coros, á doscientas voces. El, en lo alto de la noche, vuelve infatigable á la faena del día siguiente: al cantante que viene á pedirle, en su canto entrañable, el secreto del éxito; al Colegio de Música Metropolitano, á que da él carácter y vida; al ensayo de la Sociedad Coral de autores norteamericanos; porque es él, el extranjero de la isla, el que revive la música original del país, la saca á luz en memorables fiestas, la estimula y solicita con premios. En pie atiende á todo esto, elocuente, afable, metódico, inspirado, pujante, sincero. Lo real y lo sentido le enamoran, y lo falso y gramático le exasperan. No antepone, como los griegos, el canto al acompañamiento; ni, como Rubinstein, prefiere el piano á la voz; voz y piano han de ir juntos, como la luz y la sombra; la música ha de crear, como en Handel; ha de gemir, como en Verdi; ha de pintar, como en Mendelssohn. Cuando estremece las entrañas, por el ajuste de la idea á la expresión, le seduce y se lo gana, sea oratorio romano ó canción inglesa. Para todo hay espacio en su vehemente corazón y en su cabeza inquieta y voluminosa.

De dos fiestas ha sido persona principal en estos días Emilio Agramonte: de la que dió, sin más orquesta que su piano, el Colegio de Música Metropolitano, con un acto de la Safo y otro

de Julieta y Romeo, en que cantaron como maestras aquellas alumnas, y música de la más fina y creadora, música de conjunto con Haydn y Spohr; de descripción, con Reinecke y Weil; de aire y juguete, con Mercadante y Cimarosa. La otra fiesta fué la que dió en su honor la Sociedad Coral de autores Norte-americanos. Y allí era de verlo, en toda su fuerza y sencillez. Entra á paso menudo, como si no viese al público que lo aplaude; su música es lo que le interesa; que el mundo se eleve é ilumine por la pasión y la delicadeza de la música. En el piano, es el ginete que le acaricia el lomo á su corcel, el orador que bulle, el general que manda. Rompe á tocar, y la mano pequeña es como magia que va evocando al aire tesoros de melodías. Que la música se salve es su primer objeto, que el piano generoso guíe y proteja al cantante que acompaña; y de no querer parecer él primero, sucede como siempre, que acaba por serlo: la voz más seductora no desluce la abnegación y sabiduría de aquel acompañamiento. El lleva la melodía como un hilo de oro; cada nota titila, ó corta, ó impera, según sea su oficio; la música va coloreándose en manos de Agramonte, como en una pintura; recoge, con soberbia ciencia, las frases arremolinadas. Comenta aquella manera de tocar; se ve clara, en su tortura ó en su aurora, el alma del compositor; alza el brazo imponente, al culminar el coro arrebatado; exhala la pasión del alma en las notas de fuego ó de dolor.

Y al oir los aplausos que premian el mérito modesto y extraordinario de este cubano organizador, de este cubano enérgico y activo; al ver su obra varia y pertinaz, que en todo revela la fuerza y el orden de las concepciones grandes y de carácter de nación; al asistir al triunfo laborioso, en el pueblo que goza fama por sumo

BIBLIOTECA CENTRAL JOSÉ MARTÍ

y ejemplar, del criollo desterrado que á todos admira por su arte fino y profundo, su trabajo incansable, y su facultad de combinar los más difíciles elementos artísticos en empresas de magno y ordenado conjunto,—avívase el anhelo de conquistar al fin la patria justa y libre donde pueda volar sin trabas el genio de sus hijos.

ROLOFF

Patria, Mayo 7 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL

ROLOFF

Ha vuelto á pisar la tierra del Norte, en busca de la salud perdida en el trabajo noble y asiduo de los campos de Honduras, el vehemente y fiel polaco, el cubano indomable y fidelísimo, que trajo á la guerra de la libertad, la guerra de un país donde él no había nacido, su juventud y su fortuna; que con lágrimas viriles, en los banquetes rústicos y grandiosos de los días de Guáimaro, recordó, con el arma cubana al cinto, la agonía de Polonia; que jaqueó y contuvo tantas veces al enemigo que no le pudo vencer la astucia ni el valor; que midió á palmos, con un caballo que no tropezaba, el territorio de las Villas; que, al día siguiente de capitular, se palpó el uniforme, y vió que tenía aún tela para otra campaña, y empezó á organizarla; que echado al Norte, se sentó, de secretario del cubano que lleva una estrella en la frente, á reorganizar, con más empeño que fortuna, la guerra frustrada; que al caer la tentativa fué á pedir el humilde sustento á Centro América generosa, al trabajo, al arado; que al desembarcar en Nueva Orleans, de los brazos cubanos en que cae, va á la casa cubana, á la casa de "Los Intransigentes", y allí, como curado de todos sus males al vernos de nuevo en camino de la gloria, ofrece, entre sus compatriotas que lo oyen de pie "su brazo y su sangre á la libertad cubana".

Hablen los que lo vieron llegar, hable la carta del bueno, del infatigable Frayle: "Tenemos entre nosotros al bravo general, que se dirige á

esa. El general visitó nuestro club á invitación del presidente, y en sesión extraordinaria, el día 29, rayó muy alto el espíritu de cordialidad y unión entre los miembros del club, y se evocaron con verdadero entusiasmo los recuerdos de gloria de la década activa en la que el pueblo cubano, rifle al hombro, luchó por su libertad y su honra en la independencia. En cortísimas frases, pero expresivas y llenas del más elocuente y puro sentimiento, dijo el general Roloff que lo mismo que había ofrecido á Cuba sus pobres servicios y su vida, en la guerra pasada, ahora, ó en cualquier tiempo que Cuba lo necesite, y siempre que sea serio y unido el trabajo revolucionario, él ofrece su brazo y su sangre á la libertad cubana''.

Roloff viene á New York, á la ciudad misma donde guardó celoso la bandera caída, en el ansia de volverla á desplegar; donde, sin curarse de nieves ni pobrezas, urdía, á solas con su pluma activa, la trama revolucionaria; donde estuvo, leal como un hijo, hasta que perdió su última esperanza. Los que á su lado procurábamos, viendo cómo la guerra chispeaba, poner juntos, con alma buena y noble fin, sus componentes, más tenaces que unidos; los que desde entonces abríamos á la sangre inevitable el cauce firme, y de limo fecundo, de las libertades públicas; los que de la guerra hemos visto siempre los peligros tanto como las grandezas y hemos tratado de componer y acrecer éstas de modo que aminoren ó anulen los peligros; los que, helada sobre helada, le veíamos á Roloff el alma indómita, el tesón habilidoso, el trabajo continuo, la mirada centelleante,—recordábamos en él á aquella Polonia insigne que tampoco ha rendido la bandera, á la Polonia vencida por sus propias castas, más que por el ruso Mouravieff, á la Polonia conmovedora y heroica de 1832 y 1863, á

aquellos héroes que el polaco de Cuba no sabía recordar sin levantarse de la silla.

En Roloff veíamos su patria imperecedera. El, como Czartorisky, había aprendido la necesidad de fiarse del propio brazo más que de la esperanza canija en el auxilio del interés ajeno; él, como Langiewicz, sabía sacar en salvo la vida y el honor de en medio de los enemigos; él, como Dwernicki, conoce el arte raro de adelantar á la callada y arremeter á tiempo; él, como Mycielski, moría por un pueblo cuya lengua no había acabado aún de aprender. ¡Venga sin miedo Roloff á New York, que aquí no encontrará más que brazos abiertos!

BIBLIOTECA CENTRAL

Páginas.

En los Estados Unidos.—Días de fiesta y días de trabajo.—Procesiones pintorescas; etc. (Septiembre 7.) 275

Las ferias campestres.—Sucesos principales.—Maquinaria agrícola; etc. (Septiembre 22.) 307

Los sucesos de la semana.—Cleveland de viaje.—Los pájaros y la Estatua de la Libertad; etc. (Octubre 18.) 317

México en los Estados Unidos.—Sucesos referentes á México. Junta de la Liga de la Anexión en New York; etc. (Junio 23.) 325

La República Argentina en los Estados Unidos.—Un artículo del «Harper's Monthly.» (Octubre 22.) 339

Cosas del otro mundo.—Ultimas elecciones en New York.—Su importancia para la elección presidencial; etc. (Noviembre 9.) 351

Fiesta de la Liga de Propiedad Literaria. (Diciembre 15.) 363

Año de 1888.

Gran baile en New York.—Crónica de las bodas de plata del famoso Club «Unión League»—Origen del Club; etc. (Febrero 10.) 373

BIBLIOTECA CENTRAL SAN JUAN

Esta obra se acabó de imprimir,
por tipógrafos confederados, en la imprenta de
la Gaceta de la Habana, el día
20 de Mayo del año
1902.

LAS ANTILLAS Y BALDORIOTY CASTRO

Patria, Mayo 14 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

LAS ANTILLAS Y BALDORIOTY CASTRO

Precede á las grandes épocas de ejecución, como la sazón á la madurez, un movimiento espontáneo de almas por donde conoce el observador la realidad oculta á los que sólo la quisieran ver coronada de flores, y en cuanto ven espina, ya niegan que sea realidad. De un lado decrecen, sin más fuerzas que las necesarias para sostener el catecismo importado, las criaturas oscilantes y apagadizas de la colonia, que no aciertan á mantener definitivamente con el brazo las libertades á que aspiran con la razón; y de otro lado crecen, con el orden intuitivo y oportuno de la naturaleza, las fuerzas creadoras que de los elementos coloniales deshechos compondrán, bajo la guarda del mar y la Historia, la nación futura. No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión, como de la unión sutil y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, ó juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas, ó por diversidad de hábitos y antecedentes, ó pŏr el temor de acarrearse la enemiga del vecino hostil, pudieran venir á apartarse, en cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin á la América ambiciosa, como tres hermanas.—El lacayo muda de amo y se alquila al señor de más lujo y poder. El hombre de pecho libre niega su corazón á la libertad egoísta y conquistadora y adivina que el triunfo del mundo, más que en los edificios babilónicos caedizos, reside en la abundancia de la generosidad, en aquella pasión plena del derecho que lleva á respetar el ajeno tanto como el propio. Ni un átomo de lacayo tuvo en vida el previsor puertorriqueño, el invencible Baldorioty Castro, á quien, en símbolo sagaz, tributaron homenaje ayer, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres Antillas que han de salvarse juntas, ó juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

* * *

Los compromisos de los gobiernos, ligados á veces por la prudencia con respetos que lastiman su corazón, son acaso menos eficaces que la simpatía irresponsable y ambiente del pueblo decidido á favorecer en sus alrededores el triunfo de la libertad. Lo que la cancillería, ahita de tratados de paz y respeto, no puede á veces intentar, lógralo, sin que se le pueda poner la mano encima, la ayuda secreta del alma del país, que alienta el brazo alzado contra los tiranos. Las alianzas que contraen de sí propias las almas de los pueblos y se firman por los más puros de sus hijos ante el altar en que las mujeres y las niñas ofrendan flores á un hombre que sólo

fué poderoso por el entendimiento y la bondad, son más duraderas y apetecibles que los contratos que suelen ajustar las necesidades políticas y los intereses. Los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos á "los pueblos de América que aun lloran y suspiran por su libertad", no dejarán mañana caer el arma que mantenga en Cuba y Puerto Rico la independencia que, sin más amigos confesos que los veintinueve de la Filantrópica y la Trinitaria, nació en la Puerta con la bandera de la cruz, al pensamiento de Duarte, al consejo de Sánchez y al ímpetu de Mella, y escribió entre los días decorosos del mundo el veintisiete de Febrero.

Y sin arte de mensajeros, ni previos convites, ni ajustes de secretarías, cuando los puertorriqueños de New York acuerdan perpetuar en un monumento la memoria del criollo irreductible que propagó á la vez el culto del trabajo y el culto del derecho; que arrancó al amo el esclavo recién nacido y lo puso, por la enmienda á la ley Moret, en los brazos de la madre; que rompió el látigo en las manos del amo azotador, seguro de que "las instituciones que se fundan en la injusticia, si no se sostienen por la violencia, perecen inevitablemente"; que redimió las fórmulas mínimas de su acatamiento á la metrópoli con el espíritu fundador y definitivo con que las minaba; que de sus destierros frecuentes, ocupados en la siembra de almas libres, volvía, como el padre á la defensa de la hija, á flagelar y mermar la opresión de su isla, que sangraba; que cayó en la tumba pobre, con las manos flacas sobre el pecho y en la frente la luz inmortal;—cuando los puertoriqueños, y los cubanos con ellos, quieren poner en el bronce durable aquella cabeza temida de los malos y amada de los buenos; aquel rostro desolado, como de quien

BIBLIOTECA AGENTINA

carga el duelo público, que en las esperanzas fugaces de redención centelleaba y resplandecía, como el rayo en la tormenta; aquellos ojos mansos y seguros, que no resbalaban traidores como otros ojos, sino que envolvían en la mirada dulce, como en un manto amigo; aquella nariz vigilante y afilada, propia de quien ponía el pecho de cota de la libertad, como se pone el águila de amparo de su nido; aquellos labios finos y dolorosos, guardados por el bigote marcial y prudente; aquella barba pequeña y femenil, como la de los hombres en quienes la bravura está templada por la bondad;—cuando puertorriqueños y cubanos, convencidos de que el agradecimiento á los patricios virtuosos es la semilla más fecunda de la República, anunciaron su empeño de consagrar, donde la América lo vea, al borincano que la estudió, y amó, y sirvió con fe de hijo,—los antillanos de Santo Domingo levantaron el "Altar de la patria", de la patria única y común en su Azua brava y noble; lo mejor de la ciudad del diecinueve de Marzo, con aplauso de Quisqueya entera, se congregó en torno del altar, y tres niñas reclinaron en él sus coronas de flor, en nombre de las tres Antillas hermanas, que han de salvarse juntas, ó juntas han de perecer, en nombre de las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

* * *

¿Era al contemporarizador forzado, al nacionalista flojo, al político de compromiso, al mero liberal reformista, al autonomista puertorriqueño, á quien, con alma y palabras libres, ofrendaron flores Cubanacán y Borinquen y Quisqueya? ¿Era al comisionado del gobierno de España á la Exposición Universal de mil ochocientos sesenta y siete, al que en la misma carta magnífica de libertad que se llama en la Historia el "Plan

de Ponce", y vivirá sobre el que logró sustituirlo, encajaba, como un puñal en un recién nacido, la cláusula de fidelidad á la nación española? ¡No era al autor de la cláusula, necesaria, en época en que no había otra expresión ó tendencia superior y manifiesta de la voluntad pública, para conquistar con ella los derechos esenciales negados en su patria al hombre, sino al autor del código de derechos que abre el plan, y podrá mañana trasportarse íntegro á la constitución de la república puertorriqueña! ¡No era al político acomodaticio, de mero brío verbal, que, á modo del capeador aficionado, le enseña al toro de lejos la capa colorada, y luego, sumiso y complaciente, le da la mano al toro, sino al que reconociendo, con sacrificio costoso de su altiva persona, la realidad inevitable, en vez de bregar con las armas de ella para perpetuarla, sólo usaba de sus armas para mudarla y mejorarla sin cesar, y prepararla á la conversión final é histórica de la realidad en las colonias españolas de América, ¡á su independencia! ¡No era al indio mañoso que fingía á la metrópoli una lealtad falsa para obtener de la metrópoli misma el modo de vencerla; sino al sublime preso que, olvidándose de su peligro y de lo que pueda decir de él la fama injusta, pide clemencia al alcaide aborrecible para sus compañeros de prisión, y, acaso, en el sacrificio de su gratitud, hubiera ido hasta tenerle en cuenta su clemencia al alcaide: ¡y nada más! ¡No era á la Carrera de San Gerónimo, la de las capas terciadas y espadas y políticos de coleta; no era al Rastro, que es el otro nombre que le dan en Madrid á la plaza de desperdicios que llaman *Las Américas;* no era al chocolate del Suizo, ni á la sopa de almendras de Fornos, ni á los azucarillos de la plazuela de Cervantes, sino al que, un día de invierno, cuando su patria lo mandó, por sobre

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

las cabezas de los metropolitanos, á recabar de España, sin ninguna habilidad que comprometiese el honor ni el porvenir de la isla, el reintegro de la mayor suma posible de las libertades que España le detentaba, iba solo, por la plazuela de Cervantes, firme el paso, apretado el bastón, abierto el pecho al frío y la cara resuelta y dolorosa, ¡á la vez que otros diputados, todos piel y pomada, bajaban de su lindo carruaje, repartiendo saludos! Bastón en mano, Baldorioty cruzaba la plazuela de Cervantes, solo.

Era al discípulo del maestro Rafael, del negro Rafael Cordero, á quien saludaban, del negro "que tumbaba el árbol para que otros fabricasen luego con la madera"; era al colegial favorito de aquel padre Rufo que quería que sus discípulos "se murieran de hambre antes de cometer una mala acción, y que aprendiesen la verdad de la Física y de la Química"; era al que desde la juventud convidó á sus paisanos á ir allegando el alma descuidada del país en la "Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico"; era al educador radical y amable, más pagado de la sustancia del conocimiento que de sus formas, que en el Seminario mismo enseñó la Física nueva; que en Santo Domingo, país de costas, dirigió la Escuela de Náutica y fundó después, con nombre profético, el "Colegio Antillano"; que defendió cuanto pudo de los jesuitas y del mastín de la prensa puertorriqueña el proyecto de la Escuela Filotécnica; que ya llegó sin fuerzas á las tareas, en sueños siempre acariciadas, del "Colegio Central Ponceño"; que en la enseñanza, como en la política, quería hombres enteros, directos y reales, hechos al trato común de lo natural y aptos para poner á las propias enfermedades remedios propios. Era al hombre íntegro á quien saludaban; al que en su carne misma se sentía mermado y como si le bebieran la sangre de su corazón, cuando se burlaba un derecho, ó se lastimaba la hombría, ó se humillaba en alma ó cuerpo, ó en algún modo se acortaba y empequeñecía la naturaleza libre de cualquiera otro hombre. Era al que vió el látigo alzado sobre el esclavo indefenso, sobre el esclavo del color mismo de su santo maestro Rafael, y con sus manos flacas peleó hasta que le quitó al amo el azote y sentó al esclavo al lado de su amo. Era al que, con la mirada continental, cuando lo mandó la colonia, por cumplimiento manso al país, á estudiar la exposición francesa, volvió los ojos al mundo de su esperanza y su cariño, al mundo cordial y grandioso de nuestras repúblicas unidas, y levantó, en el corazón encendido de Europa, el canto americano. Era al que, con el porvenir de guía invisible, fué hablando por las islas que juntas se han de salvar, ó han de perecer juntas, la palabra futura que en su día, cuando el viento se lleve la podredumbre colonial que no deja ver aún el oro del país, congregará á las islas hermanas, como ya las congrega ante el "altar de la patria"; era al defensor pobre de su patria vejada, de su patria enmudecida, de su patria azotada, de su patria torturada, de su patria ensangrentada, que sólo reconocía el tribunal inicuo para poder defender ante él la patria. Era al criollo leal que conoció, con su sabiduría verdadera, la composición americana y peculiar del país en que vivía, y el fin moral y necesario á que la habían de llevar sus elementos; y no se puso sobre ellos de obstáculo, ni se empeñó en uncirlos á una metrópoli fatalmente retrógrada, ni á un vecino esencialmente hostil y diverso, sino que, en vez de valerse del país para desnaturalizarlo y traicionarlo, en vez de utilizar las condiciones existentes para impedir su desarrollo natural y sus fines históricos, acató las condiciones exis-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

tentes y se valió de ellas para conformar el país á sus elementos, para acomodar la política á la verdad, para fundar el porvenir en el trabajo directo y en el cariño de los hombres, para preparar el país á sus fines naturales. La autonomía no fué para él un cambio de vinos con los generales amenos, que mandan ahorcar mañana á aquel con quien jugaban al ajedrez ayer, sino la defensa real, en la cárcel y en la miseria y en el destierro, de las libertades, que lo encontraron siempre á su cabeza, porque nunca fué tan lejos en Puerto Rico la libertad que Baldorioty no fuese más lejos que ella. La autonomía fué para Baldorioty, criollo directo y útil, el modo de congregar, en acuerdo con su geografía é historia, las fuerzas irreductibles del país, que en todo sistema de gobierno han de estar congregadas, á fin de que pudiesen buscar, sin peligro ni desorden, una forma más feliz el día en que se comprobara la insuficiencia y falsedad de la autonomía, como se hubiese comprobado á poco de su establecimiento, ó la imposibilidad de conseguirla. De hombres reales y originales necesita la América, envenenada ya con tanto ingerto; de hombres puros y cordiales necesitan las colonias españolas de América, para purgarlas en la independencia de la soberbia y los vicios burocráticos de la colonia; de hombres tiernos y creadores necesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha. Los tres pueblos hermanos, las tres islas que se han de salvar juntas, ó juntas han de perecer, han hecho bien en coronar de flores, en la fiesta de Azua, al bueno, al puro, al sagaz, al rebelde, al fundador, al americano Román Baldorioty Castro.

CARTA DE UN ESPAÑOL

BONIFACIO MUÑIZ Y FERNANDEZ

Patria, Mayo 14 de 1902.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

CARTA DE UN ESPAÑOL

Hojeaba *Patria,* en busca de ciertos datos, el número tres de las *Publicaciones de la Sociedad Democrática de los Amigos de América,* que imprimían los antillanos independientes en New York hace veintisiete años, y allí encontró una carta inspirada de un español de Madrid, donde, á la vez que se duele del odio innecesario con que por entonces parecían mirarse cubanos y españoles, dice que "los republicanos españoles de la Península están dispuestos á secundar á los amigos de América".

No hace mucho tiempo contaba á *Patria* un cubano enfermo, que de cárceles y presidios sacó el mal que le come la vida, aquella brava ternura con que un republicano de España, mozo rico y ardiente, en el banco del calabozo ó en los sillones de su casa enseñaba á leer á los cubanos que en la cadena del ingenio ó en la fatiga del campo no habían tenido tiempo para letras, y con el fuego de un apóstol los movía "á asegurar por la fuerza del brazo, que al cabo y al fin es la que lo crea todo en este mundo, un modo de gobierno bueno y libre, donde cada hombre pueda llevar alta la cabeza, y clavar sus palabras en el aire, y no cargar fusil sino contra el extranjero, y tener limpia su casa. Si España es un obstáculo para todo eso, el deber de hombre es superior al deber de español; y es un canijo y un coco de agua el que no pelee contra Es-

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

paña!'' Con sus dedos, sentado en el banco del calabozo, enseñaba á los negros y á los guajiros cubanos á leer aquel arrogante español.

Y hoy llega á *Patria* una carta que no puede extrañar á quien en New York mismo vió caer muerto al gallego Insua, al anciano Insua, cuando volvía de dejar su óbolo en la casa de donde acababa de salir para la guerra, sin pararse á oir á su mujer y á sus hijos, el General Calixto García. El gallego Insua alimentaba dos clubs. El gallego Insua, que era un hermano mayor para sus trabajadores, no admitía en su manufactura á quien no se obligara á contribuir á la Revolución. El gallego Insua, amigo de la acción con idea, se enojaba, hasta saltársele las lágrimas, porque no se le aceptaba la suma con que quería imprimir un folleto de ideas. El gallego Insua fué al cementerio en hombros de los cubanos. Porque el gallego Insua defendía la paz y justicia que vienen al hombre con la libertad; y el nombre de español le era aborrecible mientras significase odio é injusticia y esclavitud, y el deber de español era para él el de lavar á España de la mancha continua del asesinato de almas y de cuerpos, con que mantiene un poder corruptor, y de poner á España, con la pérdida de ese vaciadero de desocupados, en la necesidad de echar su inteligencia, que anda todavía de cigarrillo y calañés, al desenvolvimiento de sus fuerzas naturales. De la libertad vivía Insua enamorado, de Cuba libre, de España libre.

Patria misma recuerda ahora á un valenciano de barbas blancas que, poco antes de morir, le decía á su hijo cubano: ''¡Anda, anda! ¿Qué, crees tú que yo emprendí tu educación con otra idea que la de que fueras un hombre libre?'' *Patria* misma recuerda á un oficial de la artillería española que se quitó los galones cuando le

nació el primer hijo varón,* ''para que su hijo no viera un sólo día á su padre esclavo de otro hombre''. Recuerda *Patria* á un empleado español que, en un domingo de mucha luz, cuando se iban acercando los días creadores del 68, se volvió al hijo de repente,** y le dijo así: ''Porque yo no extrañaría verte peleando un día por la independencia de tu tierra''; ¡y el que quiere hoy más á aquel empleado español, el que lo tiene á todas horas, en la sombra que hoy es, de compañía y de consejero, es un corazón cubano!

Hoy llega á *Patria* una carta que se ha de leer con alma filial, y con el juicio satisfecho de quienes no se han engañado al predecir que el establecimiento definitivo de la República equitativa y libre en las Antillas, en Cuba y Puerto Rico, se deberá, — sin más sangre que aquella que en la obra de las entrañas de la naturaleza parece convenir al amasijo de los bienes durables,—á la acción unida de los antillanos y los españoles.

El día 10 de Abril hablaba en la tribuna del Liceo San Carlos, en Cayo Hueso, el Presidente cubano de un club brioso, el club ''Guásimas de Jimaguayú'', y decía estas palabras: ''El club ''Guásimas de Jimaguayú'' saluda cariñosamente á todos los demás clubs de nuestro Partido, y hace fervientes votos á su Dios, la libertad, que es su única fe y su única esperanza, por el engrandecmiento y mejor éxito de la justa causa á que se consagran los hombres que, rompiendo y arrollando cuanto sólo agonía y miseria produce, quieren hacer de Cuba esclava una república donde, amparados por sus leyes, quepan todos los hombres de buena voluntad que la ayuden''.

Hoy se vuelve á *Patria* ''un español separa-

---

* José Martí.
** José Martí.

BIBLIOTECA CENTRAL JOSÉ MARTÍ

tista''; le escribe una carta de apasionada sencillez, que parece toda ella respuesta al sentimiento levantado del Presidente de ''Guásimas de Jimaguayu''; dice que anhela ''decir su opinión, porque ha llegado el momento''; se exalta ''contra esas leyes inicuas que manda el Gobierno á un país donde no necesitan los hombres más que su libertad''; censura á los que en Cuba quieren dar á entender que hay algún otro remedio que el de que ''cubanos y españoles acabemos de una vez con el yugo que nos oprime''. Y termina la carta vehemente de Bonifacio Muñiz y Fernández con estas palabras que, á la verdad, no pueden leerse con el corazón callado y los ojos secos:

''Yo, que soy español, siento hoy más por Cuba que por España, porque así me lo dice la vergüenza; porque yo, pobre viejo que tengo cuatro hijos, que el que menos tiene veinte años, no sólo los quiero para mí, sino también para su patria cuando los necesite, y yo también con ellos, porque así nos lo manda el deber, el decoro y la dignidad; porque cuando la vergüenza se pierde, vale más que los hombres se mueran''.

EL BUEN AYALA

Patria, Mayo 21 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

EL BUEN AYALA

Tampa, Tampa cubana, estuvo muy bella allá por Noviembre del año pasado. La ciudad era un solo corazón. Dar era el ansia de todo el mundo: darse. Los rivales se vitoreaban y los enemigos se miraban sin ira. Se asombraban los hombres de ver con afecto, de ver con ternura, á los mismos á quienes ayer veían con desdén ó desagrado. Se alzaban almas y escuelas. Se unían las opiniones, con ocasión de una visita útil, en el amor purificante de la patria. Tiembla la carne todavía de recordar aquella virtud cubana.

En aquellos días, los hombres de edad eran los más juveniles. ¿Y Pedro Gómez, el soldado de los diez años, que ha puesto en su casa el pino más alto, para clavar en las nubes la bandera, á que se la vea y acate en toda la ciudad; que escribe en su jerga campestre cartas que son verdaderos planes de batalla y pudieran enderezar á todo un estado mayor; que se aparecía por todas partes, callado, detrás del viajero, con sus ojos entre paternales y burlones, su barba blanca en halo, las manos de la pelea cerradas á su gabán, como demandándole la cuenta de lo que se había de hacer con todo aquel entusiasmo, con aquella espuma bullente, con la patria sentada en la tortura, vestida de torero, con las sortijas de la carnicería en los dedos y en los labios el cigarrillo envenenado? ¿Y Triana, senador del trabajo, con su corazón sonriente, y una honradez que le da aire de niño, y la autoridad

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

de su alma afable entre sus compañeros que lo respetan, y su levita cruzada, su sombrero alto, su bastón de mandar, sus espejuelos de oro? ¿Y Espinosa, el artesano patriarcal, que vió destierros, que paseó preso por España, que de sus tijeras y sus reglas se levanta á leer, con la poca luz que le queda del día, la oratoria y el romance, y á recordar, ante un coro de hijos, "aquel artículo grande", "aquella sí que era inteligencia"? ¿Y Ayala, el escenógrafo Ayala, escondiéndose de pura modestia, perdido, allá en el Liceo, entre sus bastidores y sus telones, con el alma cándida luciéndole en los ojos, á fuego sereno, y la dicha visible de poner en el lienzo, con los colores de su mano, su Cuba que adora, bella y sencilla como la ve él en su corazón, y sus mártires y sus héroes? El dibujo ¡véalo el necio!; aquel amor de padre es lo que hay que ver, y aquella fidelidad á la patria adolorida, y aquella pasión sincera. Allí estaba Ayala, arrodillado, envolviendo en la bandera la patria de su corazón, encendiendo la mirada de sus hijos ilustres, ciñendo coronas á sus muertos. Y se levantaba á saludar, mudo de gozo, como un niño cuando recibe un premio.

Bueno, pues: Ayala prefiere su labor humilde y sus canas libres, libres al fin por unos cuantos años antes de morir, á aquella vida de hábitos vejatorios, de complicidades inevitables, de trabajo asustado é inseguro, de compañía vil y odiosa que se vive ahora en Cuba. La mucha edad no puede mover las manos tan de prisa como la juventud. Tampa se dispuso á dar en honor de Ayala una función de beneficio. Y Ayala, con meses de tiempo, pintó una obra de empeño, un telón magno: allí todos sus sueños y esperanzas, allí el color de la naturaleza en que vivía, y la vislumbre de esa otra, más bella ó fea, según nuestra virtud en este mundo, en que después todos hemos de vivir; allí palomas, y flores, y coronas, el corazón entero de su limpia vejez, para su noche heroica, para el beneficio del "viejo", para su beneficio!. . . Y llegaron de Cuba dos desconocidos, dos hombres que asombran y se van, dos músicos que honran al país: Albertini y Cervantes; y Ayala, que no tenía más que dar, se fué á su Liceo, callado y medroso; miró aquel telón suyo, que había de estrenarse en su noche de gloria, el telón en que por meses, en su sencilla soledad, había ido vaciando el alma buena; y dió á sus dos paisanos su telón de beneficio.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

ALBERTINI Y CERVANTES

Patria, Mayo 21 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

ALBERTINI Y CERVANTES

I

Es bella en el pueblo cubano la capacidad de admirar, que á derechas no es más que la capacidad constructiva, y da más frutos públicos que la de desamar, que es por esencia la capacidad de destrucción. Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y desahacen. Y la pelea del mundo viene á ser la de la dualidad hindú: bien contra mal. Como con el agua fuerte, se ha de ir tentando el oro de los hombres. El que ama es oro. El que ama poco, con trabajo, á regañadientes, contra su propia voluntad, ó no ama, no es oro. Que el amor sea la moda. Que se marque al que no ame, para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal á Santa Teresa, que fué quien dijo que el diablo era el que no sabía amar.

No ha de negarse que con la mucha aspiración, sobrante en Cuba, por la mucha inteligencia y el poco empleo que en aquella vida de limosna, menos deseable que la muerte, hallan los talentos desocupados, viene criándose en Cuba, como un hábito de mutua desestimación y de celo rinconero, como un codeo excesivo y egoísta por el plato de la fama ó de la mesa, que no preparan bien para la generosidad y concordia indispensables en la creación de la república, y es de esperar que desaparezcan en cuanto pueda echar-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

se la actividad comprimida por más amplios canales, en cuanto la tierra nueva se abra al trabajador, el comercio al criollo, el periódico á la verdad y la tribuna á la enseñanza, que es su verdadero empleo. ¡Ah, Cuba, futura universidad americana! la baña el mar de penetrante azul; la tierra, oreada y calurosa, cría la mente á la vez clara y activa; la hermosura de la naturaleza atrae y retiene al hombre enamorado; sus hijos, nutridos con la cultura universitaria y práctica del mundo, hablan con elegancia y piensan con majestad, en una tierra donde se enlazarán mañana las tres civilizaciones. ¡Más bello será vivir en el lazo de los mundos, con la libertad fácil en un país rico y trabajador, como pueblo representativo y propio, donde se junta al empuje americano el arte europeo que modera su crudeza y brutalidad, que rendir el alma nativa, á la vez delicada y fuerte, á un espíritu nacional ajeno que contiene sólo uno de los factores del alma de la isla,—que vaciaría en la isla pobre y venal los torrentes de su riqueza egoísta y corruptora,—que convertiría un pueblo fino y de glorioso porvenir en lo que Inglatierra ha convertido el Indostán! Y para esa vida venidera, para esa vida original y culta, que haría del jardín podrido una nacionalidad salvadora é interesante, una levadura espiritual en el pan americano, un altar donde comulgasen á la vez, en la dicha del clima y la riqueza, los espíritus del mundo, no son buena preparación el celo rinconero, la fama á dentelladas, la reducción de la mente en controversias y quisquillas locales, ni el alma de gacetilla que nos ha caído de España. ¡Hay que sacarse de las venas el Madrid Cómico! ¡Las castañuelas, mozos cubanos, están empapadas de sangre!. . . . ¿Adónde, si no en las tumbas y en la miseria, están los hombres útiles? Los dicharachos del

Lavapiés no son epitafio propio para las tumbas de los héroes, ni preceptos dignos de la constitución de una república. No se levanta un pueblo sobre "tostadas de abajo".

II

Pero ni ese desequilibrio colonial en que, privados los criollos de los medios de vida que acaparan insolentes sus conquistadores, y desocupados en la forzosa miseria, ponen en sus propios recelos y en la lucha penosa por las migajas que les dejan, el poder que en la vida natural se distribuiría sin choque en el fomento de las fuerzas públicas; ni esa alma torera, alma de navaja y colilla, que después de la guerra heroica logró meterse más por nuestra sangre que antes de los héroes, han podido sofocar en los cubanos aquella pasión por lo nativo, aquel gusto común del mérito criollo, aquel ingénito amor nuestro á toda elevación y especie de hermosura en que se abrazan, sin examinarse las cédulas, los cubanos de los más encontrados pareceres, y se unen, en lo alto, los de orígenes distintos. Bien sentimos acá cómo nos aman y cómo nos tienden los brazos en silencio, aquellos queridos hermanos de la isla cuyos nombres no osamos decir, ó decir con el vehemente afecto que quisiéramos, de miedo de dañarlos. ¡Bien han de sentir allá esta ternura nuestra, que en las cabezas caídas no ve más que el deber de levantarlas, que en el mérito preso no ve más que la angustia de su prisión y el deber de redimirlo, que en el oprobio de aquella existencia no ve un derecho nuestro y meramente casual, de arrogancia libre, sino el dolor de los que la soportan! Esta verdad ha de entrar por aquellas venas, más que el Madrid Cómico; abrazo sea el mar, y unos los cubanos de la isla y los de afuera;

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

pecadores somos todos, los de allá y los de acá, y todos somos héroes; beban sólo vino de piña, aunque al principio sea un poco agrio, los que hoy beben aguardiente de anís. Unos somos, en los orgullos y en la pena, los de allá y los de acá, como ayer fueron unos, en la fiesta de Ibor, los cubanos de Tampa y Albertini y Cervantes. María Luisa Sánchez, encanto del destierro, cantó candorosa, donde Cervantes, como el griego la cuádriga, desataba, ó enfrenaba, ó encabritaba las notas, donde Albertini, con el violín, ponía en el aire de la noche extranjera los colores blandos, cálidos, fogosos de nuestro amanecer. Los obreros del destierro, que adornan sus casas con los retratos del orador, del pensador, del héroe domiciliado en la colonia, aplaudieron, aplaudieron del alma, á los cubanos de la Isla. Las flores que premiaron el mérito de los cubanos de la Isla, de Albertini y Cervantes, fueron las flores del destierro.

CAYETANO SORIA

Patria, Mayo 28 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CAYETANO SORIA

Era un rico benévolo; era un obrero que no se envaneció con la riqueza; era un cubano que no veía en la riqueza el pasaporte para la indiferencia ó el egoísmo; era un compañero de todos los que padecían; un hombre bueno era Cayetano Soria. Quien nada le pidió, quien rechazó lo que le ofrecía, tiene derecho á elogiarlo. Tiene el deber de elogiarlo quien fué un día recibido por él, en la casa levantada por su labor, con la franqueza de su mano y la mirada triste é inquieta de sus ojos azules. Amable debió ser en vida aquel á quien sigue descubierto á la tumba un pueblo entero. Así se alzan los pueblos: no apedreándose las casas de acera á acera, ni recortándose los méritos como cortesanas envidiosas, sino reconociendo el mérito á pleno corazón, convidando á la virtud por el estímulo del respeto con que se la premia, juntándose los hombres en una casa sola, para venerar y amar, como los cubanos del Cayo, para decir adiós á Soria, se juntaron en el Liceo San Carlos. Juntarse: esta es la plabra del mundo.

Como se apartan los ojos de las villanías, para que la piedad del silencio ayude á hacerlas menos feas y aborrecibles, así se ha de volver los ojos á los espectáculos de la virtud, para que se mantenga ó reviva la esperanza en el alma de los hombres. El que, de pie entre sus trabajadores, más los amaba que los oprimía, y devolvió al pobre mucho de lo que ganó con la ayuda de él; el que anhelaba ganar más para

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

tener más que dar á la patria de su corazón; el que aborrecía como enemigos de la humanidad, y como á ladrones, á los ricos sórdidos, que de las vilezas de su patria sacaron tal vez la fortuna que arrinconan, y se niegan á purificarla y redimirse ayudando al triunfo de la justicia en su patria; el que creyó que la posesión de mayor caudal no daba á un hombre el derecho de negarse á aumentar la felicidad de sus semejantes y las condiciones públicas de su felicidad, sino que más es el deber de aumentarlas mientras más es el caudal; el que sostuvo con su predicación y con su ejemplo que la limosna privada, con ser santa, lo es menos que la limosna que se da al país esclavo y vilipendiado, que es la semilla de los limosneros; el que en los últimos días de su vida, en un sillón de *Patria*, padecía vehementemente del temor de que se creyese que no amó en vida bastante á su país,—cayó, joven aún, en los hombros de sus conciudadanos. No le han cantado una misa comprada, cuyos cirios encendiera, riendo ó bostezando, el sacristán indiferente. No le han seguido al cementerio, por el bien parecer ó la obligación de la familia, unos cuantos carruajes perezosos. Las mujeres le tejieron coronas al obrero que no dejó de serlo en la prosperidad; niñas y niños fueron á pie hasta la sepultura del que, en el sigilo de la bondad verdadera, repartió mucho pan y secó muchas lágrimas; las asociaciones á que ayudó, y por donde la patria empieza á vivir y se ejercita, cubrieron con sus estandartes el cadáver de quien anheló ver á los hombres asociados y no les pidió nunca el pago de la lisonja á cambio de sus beneficios; los que le vieron vivir, acudían á declarar, ante el sol, que había vivido bien; y lo acompañó á la tumba un pueblo entero. ¡Allá, en el frío de la sepultura, debe arropar al muerto el cariño de las

manos que vinieron á dejarlo en la tierra! y cuando no se ha merecido, por la generosidad en la riqueza ó por la honradez en la pobreza, el amor de los hombres, el muerto debe sentir mucho el frío!

Cuba, que está ahora otra vez en la vela de armas, limpiando el acero, limpiándose el corazón, puede levantar su fe, para los días creadores que la esperan, con el ejemplo de este humilde Cayetano Soria, que de la pobreza inculta se levantó, por su poder de orden y su tesón, á la riqueza sin arrogancia, y empleó gran parte de ella, mucha parte de ella, en contribuir á la libertad de su patria y al bienestar y adelanto de sus hijos. Cuba, en los días de ingratitud y batalla íntima en que se sanea y asegura la libertad, recordará con orgullo, y como una deuda más á Cayo Hueso, el espectáculo hermoso del entierro de Cayetano Soria. En la casa del pueblo, en el Liceo San Carlos—¡y ha de ser mañana, en la libertad, que cada rincón de Cuba tenga, como el Cayo, para honor de él y garantía de la república, su casa del pueblo!—se reunieron, á la sombra de los lutos del salón, los cubanos agradecidos; por sobre las coronas del féretro se veían las de la hija de un héroe de la guerra, y otro héroe del destierro; en silencio, detrás de sus banderas, blancas y azules y orladas de mansa plata reluciente, iban las asociaciones cubanas, la de socorros mutuos de *La Fe*, la de nuestros bomberos, aun invictos, las de la patria, "Patria y Libertad", "José Francisco Lamadriz", la logia del que empezó á emancipar nuestro pensamiento, de "Félix Varela", y las escuelas de San Carlos. Y cubanos que trabajan en el comercio. Y cubanos que trabajan en los oficios. Y las músicas fúnebres. Caía la tarde cuando se elevaban en ella, al borde de la fosa de Cayetano Soria, la oración conmovida

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

del sacerdote cubano Delofeu, el elogio valioso de su colaborador indomable en la patria, José Dolores Poyo, el tributo franco de Antonio Díaz Carrazo, orador de *La Fe,* y la palabra hermana y calurosa, la palabra de la amistad y de la república, del venerable de la logia "Félix Varela", de Fernando Figueredo. ¡Así muere, con un pueblo enjugándole el último sudor, quien ha sido útil al mundo!

JUAN GUALBERTO GOMEZ

EN LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAIS

Patria, Junio 11 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

JUAN GUALBERTO GOMEZ

EN LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAIS

Suele la imprevisión humana tener á mal que el hombre bueno propague la justicia y salude el talento y la virtud, sin subir ó bajar más el sombrero porque el padre del hombre virtuoso haya nacido en Africa ó en Europa; ¡pues si nació en Africa esclavo y de su esclavitud sacó al hijo que se hombrea con el hijo de los libres, mayor es la dificultad vencida, y más bajo debe ir el sombrero!

Por eso ha sido grande nuestro júbilo al leer que dos cubanos de padre europeo han llevado de la mano un cubano de padre negro á la más alta y meritoria de las sociedades de Cuba, á la Sociedad Económica de Amigos del País, cuyo hijo más ilustre, á no haber tenido en su seno al inefable José de la Luz, al padre amoroso del alma cubana, habría sido un hijo de los campos, un titulado de la naturaleza, Tranquilino Sandalio de Noda. Grande ha sido nuestro júbilo al saber que un cubano de antigua casa, el meritorio Gabriel Millet, y Raimundo Cabrera, puesto en alto por la fuerza de sus obras, acaban de llevar al hermano mulato, al noble Juan Gualberto Gómez, á la casa ilustre donde han tenido asiento los hijos más sagaces y útiles de Cuba.

Singular es el valer del nuevo socio de la Económica. Él sabe amar y perdonar, en una sociedad donde es muy necesario el perdón. El quie-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

re á Cuba con aquel amor de vida y muerte y aquella chispa heroica con que la ha de amar en estos días de prueba quien la ame de veras. El tiene el tesón del periodista, la energía del organizador y la visión distante del hombre de Estado. Pero nuestro júbilo no es tanto por la justicia que se tributa á un cubano distinguido, como por la preocupación que se derriba con motivo de su noble persona por el acomodo de las relaciones sociales de las razas de Cuba á la justicia natural, que estallaría si no se le abriese campo oportuno; y porque este reconocimiento cordial del mérito del cubano negro es anuncio feliz de que los hombres equivocados de Cuba, al sentir muy pesada ya la opresión sobre sus cabezas, entienden y aman mejor á los cubanos más oprimidos, y con cuya ayuda han de levantar la patria.

JULIO ROSAS

Patria, Junio 11 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

JULIO ROSAS

Los que vienen de Cuba nos hablan de un maestro solitario que, en las orillas de su Ariguanabo natal, no siente que vive sino cuando recuerda ó espera. El, Julio Rosas, es de aquellos criollos de mérito indígena, que sacan del corazón nuevo y adolorido de su tierra la fe creadora que se debilitaría acaso en la contemplación y estudio asiduos de las tierras extrañas, á que, en las horas de desmayo, acude el mismo genio impaciente. ¡Saldrá el sol; y el paseo brillante de la guerra nueva descuajará esos mantos de nieve que, en la hora inactiva, no son más que la vestidura de una noble desesperación! Julio Rosas no halla libro ajeno que valga lo que el mandato de una selva nuestra, lo que el consejo de un palmar. Pasea, solo, entre las palmas. El fué quien, cuando su pueblo se vistió de gala para celebrar la memoria de Heredia, saludó con elocuencia genuina al gran poeta, y al gran orador que pone á la vez en sus discursos la mente judicial y la estrofa arrebatada del desdichado santiaguero, á Manuel Sanguily. De la cartera de un amigo indiscreto, que trae de Cuba mucho trabajo inédito de Rosas, hemos elegido, con fe profunda en la virtud y con pasión por nuestras glorias, el boceto biográfico del cubano que levanta, en medio de las ruinas, la indómita cabeza; que nutre el fuego de su oratoria, con avaricia infa-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

tigable, en la sabiduría verdadera del mundo; que tiene hogar abierto en todo hogar cubano, —de Manuel Sanguily.

EL COLEGIO DE TOMAS ESTRADA PALMA

EN CENTRAL VALLEY

Patria, Julio 2 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.S.

EL COLEGIO DE TOMAS ESTRADA PALMA

EN CENTRAL VALLEY

Rodeado de montes, por sobre cuyas mansas curvas ó súbita eminencia corre el cielo, está, á las puertas de Nueva York, un valle feliz, cultivado á mano por cuáqueros prósperos é hijos de alemanes, donde un cubano edificador levanta á puño, lo mismo que á hijos, á los discípulos que le vienen de los pueblos de América, á prepararse para el estudio de las profesiones útiles. Aquel hombre á quien aman tiernamente los alumnos que le ven de cerca la virtud; aquel compañero que en la conversación de todos los instantes moldea y acendra, y fortalece para la verdad de la vida, el espíritu de sus educandos; aquel vigía que á todas horas sabe dónde está y lo que hace cada alumno suyo, y les mata los vicios, con la mano suave ó enérgica que sea menester, en las mismas raíces; aquel maestro que de todos los detalles de la vida saca ocasión para ir extirpando los defectos de la soberbia y desorden que suelen afear la niñez de nuestros pueblos, y creando el amor al trabajo, y el placer constante de él en los gustos moderados de la vida; aquel educador que sólo tiene la memoria como abanico del entendimiento y no pone á aquella, como tanto pasante, en vez del entendimiento, sino que enseña en conjunto, relacionando unas cosas con otras y sacando de cada voz todos los orígenes, empleos y derivaciones, y de cada tema toda su lección humana; aquel

BIBLIOTECA CENTRAL

republicano caballeroso y austero que pone en los niños de América las virtudes fundamentales del Norte, las virtudes del trabajo personal y del método, sin sofocar en el educando el amor reverente por el país de su nacimiento, el único país donde podrá vivir feliz, y adonde no podría aplicar con éxito las virtudes si le hubiese perdido á la tierra nativa el conocimiento y el amor; aquel guía, á la vez amoroso y enérgico, que con esfuerzo paternal, en el ejemplo y beneficio del valle sano y majestuoso, convierte prontamente al niño mimado de la ciudad ó al niño desatendido de la aldea, al cubano regalón ó al afrancesado bonaerense, al mexicano rebelde ó al tranquilo hondureño, en un mozo que habla el inglés puro, diverso de la jerga vil que se aprende en muchos colegios pomposos de uniforme, que piensa por sí, y ama la lectura, y descansa de ella en juegos viriles, que compone sus ideas correctamente en castellano, en inglés y en francés, y estudia álgebra, y sabe medir los campos y sembrarlos; aquel cubano de años ágiles y orden ejemplar, puntilloso y constante, que gobernó ayer una república y hoy gobierna su colegio afamado con todas las enseñanzas y las prácticas necesarias para el bienestar independiente del hombre trabajador en la dignidad republicana,—es el patriota que á la voz de su pueblo dejó el señorío de su hacienda y el calor de una madre adorada, por la batalla y el peligro de la revolución; es el presidente prisionero que rehusa entrar en sus bienes porque los amos de su país le exigen que compre lo suyo con el dolor de pasar bajo la bandera de la capitulación; es el criollo fundador que hace pocos años salió de un castillo de España, al garete del destierro, sin más riqueza que la salud de su mente y el poder de su corazón, y hoy compra, para su familia feliz y la familia de sus educandos, un

noble edificio, con lago y con bosque, que en el corazón del monte yankee ostenta un nombre cubano: es Tomás Estrada Palma.

* * *

El peligro de educar á los niños fuera de su patria es casi tan grande como la necesidad, en los pueblos incompletos ó infelices, de educarlos donde adquieran los conocimientos necesarios para ensanchar su país naciente, ó donde no se les envenene el carácter con la rutina de la enseñanza y la moral turbia en que caen, por la desgana y ocio de la servidumbre, los pueblos que padecen en esclavitud. Es grande el peligro de educar á los niños afuera, porque sólo es de padres la continua ternura con que ha de irse regando la flor juvenil, y aquella constante mezcla de la autoridad y el cariño, que no son eficaces, por la misma justicia y arrogancia de nuestra naturaleza, sino cuando ambas vienen de la misma persona. Es grande el peligro, porque no se ha de criar naranjas para plantarlas en Noruega, ni manzanos para que den fruto en el Ecuador, sino que al árbol deportado se le ha de conservar el jugo nativo, para que á la vuelta á su rincón pueda echar raíces. La naturaleza del hombre es por todo el universo idéntica, y tanto yerra el que suponga al hombre del Norte incapaz de las virtudes del mediodía, como el de corazón canijo que creyese que al hombre del Sur falta una sola siquiera de las cualidades esenciales del hombre del Norte. Hábitos podrán faltarle, porque el español no nos crió para servirnos de nosotros mismos, sino para servirle; y nuestra fatiga por ir cambiando de sangre, con el heroismo indómito y progreso visible del más infeliz de nuestros pueblos, sólo podrá echársenos en cara por el extranjero desconsiderado é ignorante, ó por el hermano apóstata. Y no es

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

en todos los casos que nos falten hábitos, porque en los personales vamos ya mucho más adelante que en los políticos, y no hemos menester lección alguna en cuanto á honradez, actividad é inteligencia en el empleo de nuestras personas; sino que los hábitos prolongados crían en los hombres, y en los pueblos, tal modificación en la expresión y funciones de la naturaleza, que, sin mudarla en lo esencial, llegan á ser imposibles al hombre de una región, con cierto concepto de la vida y ciertas prácticas, la dicha del contento y el éxito del trabajo en otra región de prácticas y concepto de vida diferentes. El mismo lenguaje extraño que, equivocadamente, se mira sólo como una nueva riqueza, es un obstáculo al desarrollo natural del niño, porque el lenguaje es el producto, y forma en voces, del pueblo que lentamente lo agrega y acuña, y con él van entrando en el espíritu flexible del alumno las ideas y costumbres del pueblo que lo creó. Un país muy poblado y frío, donde la agria necesidad aguza y encona la competencia entre los hombres, crea en éstos costumbres de egoismo necesario que no se avienen con la franqueza y desinterés propios é indispensables en las tierras abundantes, donde la población escasa permite aún el acercamiento y grata obligación de la vida de familia. El fin de la educación no es hacer al hombre nulo, por el desdén ó el acomodo imposible al país en que ha de vivir, sino prepararlo para vivir bueno y útil en él. El fin de la educación no es hacer al hombre desdichado, por el empleo difícil y confuso de su alma extranjera en el país en que vive, y de que vive, sino hacerlo feliz, sin quitarle, como su desemejanza del país le quitaría, las condiciones de igualdad en la lucha diaria con los que conservan el alma del país. Es espectáculo lamentable el del hombre errante é inútil que no llega jamás á asimilarse el espíritu y métodos del país extranjero en grado suficiente para competir en él con los naturales, que lo miran siempre como extraño, pero que se ha asimilado ya bastante de ellos para hacerle imposible ó ingrata la vida en un país del que se reconoce diferente, ó en el que todo le ofende la naturaleza inflada y superior. Son hombres sin brújula, partidos por mitad, nulos para los demás y para sí, que no benefician al país en que han de vivir y que no saben beneficiarse en él. Son, en el comercio arduo de la vida, comerciantes quebrados.

Y este peligro de la educación de afuera, sobre todo en la edad tierna, es mayor para el niño de nuestros pueblos en los Estados Unidos, por haber éstos creado, sin esencia alguna preferible á la de nuestros países, un carácter nacional inquieto y afanoso, consagrado con exceso inevitable al adelanto y seguridad de la persona, y necesitado del estímulo violento de los sentidos y de la fortuna para equilibrar la tensión y vehemencia constante de la vida. Un pueblo crea su carácter en virtud de la raza de que procede, de la comarca en que habita, de las necesidades y recursos de su existencia y de sus hábitos religiosos y políticos. La diferencia entre los pueblos fomenta la oposición y el desdén. La superioridad del número y del tamaño, en consecuencia de los antecedentes y de las oportunidades, cría en los pueblos prósperos el desprecio de las naciones que batallan en pelea desigual con elementos menores ó diversos. La educación del hijo de estos pueblos menores en un pueblo de carácter opuesto y de riqueza superior, pudiera llevar al educando á una oposición fatal al país nativo donde ha de servirse de su educación,—ó á la peor y más vergonzosa de las desdichas humanas, al desdén de su pueblo,—si al nutrirlo con las prácticas y

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

conocimientos ignorados ó mal desenvueltos en el país de su cuna, no se le enseñaran, con atención continua, en lo que se relacionan con él y mantienen al educando en el amor y respeto del país adonde ha de vivir. El agua que se beba, que no sea envenenada. ¿A qué adquirir una lengua, si ha de perturbar la mente y quitarle la raíz al corazón. ¿Aprender inglés, para volver como un pedante á su pueblo, y como un extraño á su casa, ó como enemigo de su pueblo y su casa?—Y eso es el Colegio de Estrada Palma: una casa de familia donde bajo el cuidado de un padre se adquieren los conocimientos y prácticas útiles del Norte, sin perder nuestras virtudes, carácter y naturaleza. Eso es el Colegio de Estrada Palma: la continuación de la patria y el hogar en la educación extranjera. Allí no cambian el corazón por el inglés, y entran en la vida nueva del Norte por las virtudes que lo mantienen, y no, como en tantos otros colegios, por los vicios que lo corroen; allí completan su cultura nativa con nuestra lengua y nuestra historia, á la vez que aprenden lo bueno y aplicable de la cultura del Norte; allí se preparan, con el beneficio de una educación paternal y de una enseñanza de pensamiento, á estudiar las carreras especiales en los colegios adonde el educando, hecho ya á la libertad trabajadora y decorosa, no cae en la tentación de la libertad descuidada y excesiva; allí es tal vez el noble rincón de monte adonde únicamente pueden nuestros padres mandar en salvo á sus hijos. Y esta es la verdad, y ha de decirse.

* * *

El veintiocho de Junio cerró su curso el Colegio de Estrada Palma, y sus exámenes, de rara verdad y sencillez, mostraban aquellos cubanos, aquellos hondureños, aquellos mexicanos,

aquellos bonaerenses, aquellos yankees, la firmeza, libertad y cordura de los educandos á quienes un maestro desinteresado cría para hombres. El examen público no es prueba derecha del saber del alumno, á quien se adiestra con arte para estas respuestas ó aquellas, y á quienes se ha de adiestrar, porque es ardua la improvisación, en exámenes como en todo, y puede pecar por el rubor el alumno de más genio y poder. Pero el sistema no puede disimularse, y por el examen se ve si el maestro es de ronzal y porrillo, que lleva del narigón á las pobres criaturas, ó si es padre de hombres, que goza en sacar vuelo á las alas del alma. Desde por la mañanita, que salió nublada, como nace la libertad, era un encanto la sala del colegio, donde no hay prefecto, pedante ni portero pícaro, sino un aire de gozo, como tierna familia. El maestro de álgebra, que ordeña su Ayrshire y posee honrosísimos diplomas, oreaba su traje de lujo. La maestra de dibujar, que tiene la casa del colegio llena de sus obras, y es lingüista eximia, ponía en orden los dibujos de puentes y caminos, de frutas y de flores. La maestra de las criaturas ensayaba, con el coro que tenía de zeta un alemán y de a á un hondureño, el himno infantil. Los hijos del colegio volvían de la montaña, con brazadas de flores. Los graduados leales de otros años, venidos para la fiesta de la agricultura de Cornell, del comercio de Peekskill, de la medicina y la ingeniería y la minería de la universidad de Colombia, ponían la flor en vasos, colgaban de banderas las paredes. Y la madre de todos, la que con mansedumbre de paloma vela, adorada, por la salud y la dicha de aquel vasto hogar, la hondureña que ha ligado su vida purísima á la del maestro, ponía al pecho de sus hijos los tres colores de la libertad.

A la hora del examen, el señorío todo del pue-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

blo aplaudía aquellos ejercicios desusados, aquella lectura sentida, por donde se ve el libre criterio del alumno; aquella escritura sin flores, como conviene en tiempos ocupados á un carácter leal; aquella geografía emparentada con todos los conocimientos, en que los nombres de lugares sirven de ocasión para explicar, con su geología y su biografía y su historia, la vida del mundo; aquella historia de causas y resultados, más que de hechos mudos; aquella gramática movible, en que las palabras se quitan y ponen, como tablero de ajedrez, y quedan armadas, como un esqueleto; aquella aritmética viva y efectiva, como los coroneles de antaño, y el álgebra y geometría y agrimensura, que divierten en el análisis de la pizarra, como una novela; aquel inglés y el francés aquel, no de meras palabras, sino de construcción y entendimiento, de modo que el alumno habla lo ajeno como si le fuese nativo; y aquel espíritu de orden, reposo y libertad que hacía de los sencillos ejercicios una verdadera fiesta humana. ¿Y la firmeza y rapidez de aquellos resultados? ¿Los Quirós, salidos de Honduras hace unos tres años, no se saben todo lo preparatorio en inglés y en francés y en castellano, y han conservado en la tierra ajena su amor patrio y su alma pura? ¿Campillo, de Buenos Aires, que llegó hace ocho meses, no habla inglés y se educa ya en él? Irabién, recién llegado de Mérida, lució en la lengua extraña. Los hijos de José Pujol, el industrial habanero, corrían mapas y problemas, como casa suya, en el idioma que ignoraban ayer. Un hijo del generoso Manuel Barranco, gentil como un paje de la corte de amor, arrancó con sus nueve años aplausos nutridos, en su animada geografía. Otro Barranco, tímido ayer de puro bueno, manejaba sus números como bien criados títeres. Los dos hijos de Estrada, ya con alma de milicia, en el análisis de la lengua, en la pintura de un país, en la recitación de una oda, mostraron, pequeñuelos como son, aquel brío por donde el hombre entusiasta y disciplinado rige el mundo. Y cuando el coro cantó la despedida, la despedida en inglés, como los ejercicios todos de la escuela, era para visto por los pensadores generosos, bajo aquel dosel de banderas libres, el grupo donde cantaban la virtud y la gloria americanos del Norte y de México, yucatecos y centro-americanos, hondureños libres y cubanos que lo aprenden á ser. Se levantó, en nombre del pueblo, el reverendo del lugar, y en nombre del pueblo saludó al colegio que lo honra, y al hombre virtuoso que educa á sus discípulos como á hijos, que "emprende la educación de sus hijos para que sean hombres buenos, útiles y libres", á Tomás Estrada Palma.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

LOS ISLEÑOS EN CUBA

IGNACIO MONTESINOS

Patria, Agosto 27 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

LOS ISLEÑOS EN CUBA

Allá, hace años, no había en el presidio de la Habana penado más rebelde, ni más criollo, que un bravo canario: Ignacio Montesinos. Toda la ira del país le chispeaba en aquellos ojos verdes. Echaba á rodar las piedras, como si echase á rodar la dominación española. Se asomaba, al borde de la cantera, á verla caer. Servía mucho, hablaba poco, dió opio á los guardias y huyó libre. ¡Y ahora, veinte años después, aquel noble isleño, coronado de canas, escribe, desde un monte de Santo Domingo, que es como el de antes su corazón; que no se ha cansado de amar al país; que el padecimiento y la ruina, que le cayeron por él, se lo hacen amar más; que allá está, suspirando por prestar á Cuba algún servicio. ¿Quién mejor que este isleño, podrá llamarse cubano?

Ni es raro que el hijo de las Canarias, mal gobernado por el español, ame y procure en las colonias de España la independencia que por razón de cercanía, variedad de orígenes, y falta de fin bastante, no intenta en sus islas propias. Míseras viven, sin el regalo y alegría con que pudieran, las poéticas Canarias; y no cría bajo español aquella volcánica naturaleza más que campesinos que no tienen donde emplear su fuerza y honradez, y un melancólico señorío, que prefiere las mansas costumbres de su terruño á la mendicidad y zozobras de la ingrata corte. ¿Qué ha de hacer, cuando ve mundo libre, un isleño

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

que padece del dolor de hombre, que no tiene en su tierra nativa donde alzar la cabeza ni donde tender los brazos?

Del bien raíz suele enamorarse el hombre que ha nacido en la angustia del pan y cultivó desde niño con sus manos la mazorca que le había de entretener el hambre robusta, por lo que ha salido el isleño común, mientras no se le despierta sus propia idea confusa de libertad, atacar, más que auxiliar, á los hijos de América, en quienes el gobernante astuto les pintaba el enemigo de su bien raíz. Pero no hay valla al valor del isleño, ni á su fidelidad, ni á su constancia, cuando siente en su misma persona, ó en la de los que ama, maltratada la justicia ó que ama sordamente, ó cuando le llena de cólera noble la quietud de sus paisanos. ¿Quién que peleó en Cuba, donde quiera que pelease, no recuerda á un héroe isleño? ¿Quién, de paso por las islas, no ha oído con tristeza la confesión de aquella juventud melancólica? Oprimidos como nosotros, los isleños nos aman. Nosotros, agradecidos, los amamos. Pronto va á tener Montesinos la ocasión suspirada de servir á Cuba.

UN CUBANO

GABRIEL TORRES Y GARCIA

Patria, Septiembre 3 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

UN CUBANO

Pasan las Repúblicas por desagradecidas, y entre ciertos cubanos insuficientes y antiolímpicos, pasan los cubanos por incapaces de la República. De falta de gratitud precisamente tachaba ante *Patria*, hace poco, al pueblo cubano, un héroe que tiene sin duda derecho á su agradecimiento; en lo que *Patria*, que conoce la obra lenta de la virtud entre los hombres y el hábito humano y natural de no exhibir las dotes extraordinarias, sino en las situaciones extraordinarias, no veía pecado especial de Cuba en lo que es condición patente de la naturaleza del hombre, ni en el héroe veía injusticia, como á otros hubiera podido parecer, sino la prisa santa de un enamorado de la libertad, que se enoja porque los demás hombres, que sienten como él la bofetada, no tengan tan viva como él el ansia de redimirla; pero hay mejillas nerviosas y otras que no lo son.

Pero los cubanos tenemos todas las virtudes necesarias, y la de la gratitud, de que es prueba conmovedora el donativo valioso que publica *El Yara*, y de que *Patria* misma fué testigo. En un cuarto de campaña, donde con el recuerdo de lo pasado se fortalecían ciertos cubanos ilustres, para lo venidero, ciertos cubanos verdaderamente ilustres, estaba hacia un rincón, montado como un arnés, en su taburete, un hombre que de la pura humildad parecía querer esconderse de sí mismo. Ni se le veía hablar, ni saludaba sino

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

como pidiendo perdón. Ni se notaba en lo muy poco que decía que fuera hombre de muchos puntos y comas. Y era el alma de angel del cubano Gabriel Torres y García; era el doloroso corazón de un hombre que no habla de su patria sin temblar; era un rico del propio trabajo, que se está desposeyendo en vida de lo que acumuló con su honrada labor, que está repartiendo lo que tiene entre los hombres que han derramado la sangre por su patria. Aquel hombre pequeño, de pocas palabras, sin pararse á ver que el defensor de su país haya nacido en Polonia ó en las Villas, acaba de dar en propiedad sus tierras de Tampa al General Roloff, que es persona que tiene ganada la palma alta sobre su sepultura, y al General Serafín Sánchez, porque es hombre que se da la vida y deja atrás por su país á la compañera ejemplar, le regala ocho acres de tierra en un condal, tres solares en otro y un solar de lo más rico en el glorioso peñón de Cayo Hueso. ¡Y este admirable Torres, ni es sajón, ni es rubio!

CARACTERES CUBANOS

MARCELINO VALENZUELA BONDI

Patria, Noviembre 1 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CARACTERES CUBANOS

Conversaba *Patria* con Raimundo Ramírez, porque de vez en cuando es bueno conversar, y se contó la hermosa historia del cubano Marcelino Valenzuela Bondi, "del hombre que con más dignidad llevaba la vida del presidio en Ceuta". Ramírez lo pintaba como si se le viese: ni de mucho cuerpo, ni de poco; años, unos treinta y cinco; un machetazo de la guerra grande le había llevado el pómulo: otro lo tenía partida, de la frente al cuello, la cabeza; y en el otro, el del hombro, le cabía la mano. Recibía al mes Marcelino Valenzuela cuarenta pesos de Cuba, y los repartía, íntegros, entre sus compañeros. Marcelino era negro y los cuarenta pesos se los mandaban sus amas.

* * *

Y vale la pena saber cómo Marcelino escapó de los machetazos con la vida. De la mucha sangre no se podía enderezar, y á codo y rodilla fué arrastrándose por el monte, hasta que dió con un güiral y se puso las hojas machacadas de tapón en la abertura. Tapa bien la hoja de güiro generosa. Y cuando su coronel lo vió aparecer vivo, se echó atrás, como si viera un fantasma. Luego cayó, cuando dijo adiós á su mujer y á sus hijos en la "guerra chiquita" y salió al

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

campo con la bandera infortunada de Calixto García: cayó en Ceuta.

* * *

En Ceuta era donde había que verlo vivir, donde no tenía centavo suyo, ó vendía el reloj y la cadena para cubrir la estafa de un cubano pecador, y poner lo que él había quitado, á fin de que no lo enviasen á presidio. Y en Cádiz, era aún más grato verlo, porque tenía allí casa abierta, de los cuarenta pesos que le mandaban sus amas, y en la casa daba asilo á cuanto cubano, tinto ó claro, lo hubiese menester. Uno le preguntaba con indignación por qué amparaba á éste ó aquél, que no vivían con el decoro que debían; y Marcelino le respondió: "Pero, ¿qué he de hacer si son mis paisanos? ¿No es más doloroso que vayan á andar por ahí, donde los gaditanos le vean la necesidad, y quien salga perdiendo de la deshonra no sean ellos, sino Cuba? Entre amigos: ya sé que se lo jugó anoche todo, y que no le queda camisa; pero aquí tiene para esta tarde el "ajiaco".—Y Marcelino, para entonces, no sabía leer ni escribir. Luego lo enseñó á leer Raimundo Ramírez.

JOSE MARTINEZ

(EL GALLEGO)

Patria, Enero 28 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

JOSE MARTINEZ

(EL GALLEGO)

No es, no, contra los españoles contra quienes se levanta en Cuba el país, sino contra los que en un corazón de dieciocho años, porque ama la libertad donde la ve ofendida, porque defiende la independencia de España en Cuba, como en Galicia defienden la independencia de España los gallegos, le clavan un puñal en la sombra! pero los cubanos levantaron el cadáver del pobre niño español, lo envolvieron en su bandera, lo tendieron en su liceo, lo llevaron en hombros á la sepultura. Los hijos de España, más grandes que España, vuelven amor por odio y no aborrecen al español, sino al que con nombre de español afea por sus crímenes y despotismo la naturaleza, y á puñaladas ó á balazos ceban la crueldad, criada en la plaza de toros, en los que aman y defienden el derecho humano.

José Martínez era de lo muy pobre del mundo. Sus letras cabían en un puño, las pocas letras que pudo enseñarse, de codos en el mostrador, á la hora callada, ó en la puerta de la casa ambulante, con el libro sobre las rodillas. Nació con alma propia y desde su primer niñez buscó por sí el trabajo que por su cariño á Cuba le negaban sus compatriotas. Hoy era aprendiz y luego dependiente, con aquella inquietud vaga y profética del hombre valeroso que en todo está como de paso y á disgusto, cuando el extremo de la vejación y la hora buena llaman la san-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

gre á superior empleo. Grandeza es lo que parece ociosidad, y larva de héroe el que no se acomoda á una ocupación mezquina en los tiempos heroicos. Como de familia era el gallego en las casas cubanas de Tampa; y como suyo le abrió el Cayo un taller, cuando quiso ponerse allí al oficio. Aun lo recuerda *Patria*, bravo y desmañado, diciendo en la tribuna de un taller español de Tampa sus ideas liberales, ante un silencio mortal: se secó con la manga, al bajar, el sudor de la frente, como el herido que va á caer se enjuga á tientas la sangre que le inunda el rostro. Aun lo recuerda *Patria*, al pie de cuanto había que cargar, de centinela al dintel de los enfermos, de estribo á los ijares del caballo, de abanderado en los días de procesión. *Patria* lo ve aún en su camiseta de trabajo, pintando afanoso los estantes de la tienda que el agradecimiento cubano le levantó, en premio mínimo de sus servicios, al General Roloff, y que le mantendrá, por decoro y por ternura el agradecimiento cubano. Y á todo estaba él y entraba y salía en la casa con aires de dueño, porque no sabía cómo sentirse menos que hijo de aquel que le hablaba del valor de Villamil y de la caballería de Diego Dorado. Servía la tienda mal José Martínez ó respondía con la voz desatenta de quien está, en la carrera de la gloria, picando ancas. Y sabía de intrigas; y á quien á Cuba le quería hacer mal, ó le quería á Cuba poco, lo odiaba de todo corazón. De persona era extraño y como dejado á medio tallar en el nacimiento, para que en las ansias de la libertad se le acabase y hermoseara el rostro feo y rojizo. Hablaba como de lejos, y como quien sabe lo que no dice, y va á poder. Y un día, al volver de una esquina, amaneció la pobre criatura muerta de una puñalada.

Por los muertos no se ha de llorar; se acaricia

la mano fría, se baja la cabeza y se le abre paso al misterioso caminante; se ase con mano más nerviosa la bandera que se ha jurado no dejar caer; se peleará por tu memoria, gallego bueno y querido, hasta conquistar, para cubanos y gallegos, la libertad que amaste. Pero sube á los ojos la emoción, la emoción del orgullo patrio y la fe en el porvenir, al ver tendido en la casa de Cuba, con la bandera al pecho, al pobre niño español, que murió á mano oculta, allí donde viven cara á cara, en la irreconciliable pelea, criollos y españoles; al ver desfilar ante el lujoso ataúd, comprado por Cuba agradecida, el pueblo de cubanos, con la cabeza descubierta, y los niños cubanos, hijos de héroes y poetas, que lloraban por su pobre gallego, y las cubanas; al ver pasar en hombros el cadáver, con la guardia del club "Diego Dorado", aquel bravo andaluz que cayó por Cuba, y los coches silenciosos y vacíos, y el pueblo entero á pié, allí donde un torreón maligno é imprudente flamea al aire el pabellón español, en la tierra misma adonde vienen á pedir pan los españoles que no lo hallan bajo él, allí donde los españoles que aman á Cuba mueren asesinados.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

EN CASA

FERNANDO FIGUEREDO

Patria, Enero 31 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

EN CASA

El Cayo ¿no es la casa de todos? Allí hay que ver á los peleadores viejos y á los que de nuestras primeras revueltas libres han sabido ir sacando un pueblo franco, culto y generoso; allí hay que alabar la hermandad con que se miran, como compañeros en la fundación, los héroes de la guerra y los del destierro; allí, en lo más trabajado y perseguido por la astucia española, hay que admirar la viveza con que responde á la campaña piadosa de redención el patriotismo unido, y la bravura con que, por sobre las olas de la vida, asoman, victoriosos, los caracteres.

En vano la vida áspera los acorrala en ocasiones, ó se les cierra: ellos, á puño de trabajador, se abren paso por la vida. En vano nuestras preocupaciones mismas nos salen al paso, deslu-ciendo por una minimés la verdadera grandeza: el carácter, pujante y respetado, triunfa del desierto y la noche de la vida extranjera.

De uno de estos caracteres trajo *El Yara* ha poco una noticia de interés, y es que nuestro coronel Fernando Figueredo, que da hoy sombra á su familia bajo el cocal que sembró en el destierro con su mano, acaba de renunciar el puesto distinguido de inspector de aduanas, que según la costumbre de estas políticas yankees, le hubiera pertenecido aún largo tiempo, á pesar del cambio de puestos que trae consigo en el sorteo, con daño patente del servicio público y del carácter nacional, el cambio de partido en el

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

gobierno, ó el simple cambio, en el mismo partido, de un ala por la otra. ¡Allá, en la tierra, no hemos de hacer las cosas de esta manera; no hemos de tener corrompido al hombre por la lotería del empleo público; no hemos de cortarle el hilo en lo mejor á la vida libre y natural del hombre, para sentarlo en una silla de donde se le eche al vacío á los cuatro años. ¡Allí veremos, porque sean quienes deban, y los mejores, los que ocupen los puestos de servicio, y porque el mérito se los asegure en vez del favor, y no entre en la sangre de la república la peste de los burócratas!

Ni ¿quién mejor que Fernando Figueredo pudo dejar de lado su empleo? Joven aún, con la salud de la guerra; fuerte como pocos, porque es como pocos dichoso su hogar, no tiene hora el día que Figueredo no emplee, ni el Cayo un cubano que trabaje más que él. Él de maestros de pobres; él de corresponsal de esta casa; él de tenedor de libros en aquella; él, en todas partes, de secretario ó presidente; el sol le sale en la faena y se pone siempre antes que su trabajo; los ojos le chispean, como en los grandes días; ni abandona el bastón de camino, ni el sombrero veterano: ¡no lo podíamos ver nunca, yendo de un trabajo á otro, sin pensar en aquellas otras marchas que anduvo él tantas veces,—que andaremos. . .!

CRISTINO MARTOS

Patria, Febrero 14 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CRISTINO MARTOS

Era otoño hace años, y llegó á Madrid, después del Zanjón, camino de Ceuta, un cubano que se salió del camino. Llevaba un encargo sobre cierto pleito de Cuba muy ruidoso, para los abogados que lo regían en Madrid, que eran un valenciano cortés, y Cristino Martos. Y Martos quiso ver al cubano, para tratar del pleito, —del pleito que no se acaba, que estamos acabando.

La casa era de las nuevas de Madrid, de holgada escalera; y el piso un segundo ó tercero.

Dos colosales fotografías adornaban, solas, la sala: el Partenón y el Coliseo. En el despacho que iba á la alcoba había un obispo; había un cura; había un periodista de alquiler, muy untado y charolado; había un hombre fosco y mugriento, caídos los faldones por los dos lados de la silla, las manos apuñadas sobre la cabeza del bastón, la leontina bailándole, los becerros llenos de polvo: era el general Salamanca.

A las ocho entró el cubano á la cita, con un valenciano bueno, pechudo, de espejuelos, de chistera y capa. Martos estaba en cama, grueso y femenil, el pelo desrizado, la palabra ya cincelada á aquella hora; los quevedos de aro negro redondeándole los ojos. Cuba entera habló allí, Cuba desnuda. Martos decía apenas; quería oir más, oir tanta novedad, oir al criollo libre; él nunca había oído aquello. No. El cubano no se había de ir. "¿Con que ese es

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

el problema irreconciliable? ¿Con que ustedes han criado en la guerra y en el extranjero, y aquí en España, á nuestras barbas, esa alma que usted me enseña; esa alma valiente, que me habla en español, pero en que yo no reconozco un alma española? ¿Con que ustedes van aprisa, y en una dirección, y nosotros en otra dirección, y más despacio que ustedes?" Y el cubano pintaba el engaño de la tregua, la vejación del país, la revolución triunfante en los corazones; la iniquidad con que se alzaba al cubano negro contra el blanco por aquellos días, la cárcel de Santander, llena de presos llagados, de presos desconocidos, desterrados á oscuras después del Zanjón. Describía la composición cubana y la del español. Preveía, por el carácter de la política española y el del español de Cuba, la resurrección revolucionaria. Los intereses son diversos. Los caracteres chocan. . . . "Oh, sí, tiene usted razón,—dijo al fin Martos,—ó ustedes, ó nosotros." Las once eran al salir. Todavía quería Martos oir. Afuera, chispeando, el obispo. Y cesantes, y una mujer, y coroneles. Y bufando, de una pared á otra, Salamanca.

El día siguiente fué día famoso en Cortes: el día en que se suspendían las sesiones, en homenaje á María Cristina, que se venía á casar. Martínez Campos presidía el gabinete, que asistió íntegro. De los discursos, amenazantes desde la oposición ó confiados desde el gobierno, dos alzaron la casa. Uno arrancó un murmullo, era Sagasta vestido de frac, que se ponía en pie, con la mano al pecho; que olvidaba la política en la hora de la regia felicidad; que recibía como español á la prometida del rey de España; que con sus manos de adversario rendido ofrecía á la reina joven un ramo de violetas. Las palabras eran finas, sencillas, menudas, fragantes: lo mismo que las flores. El otro discurso

fué de luengos párrafos, los quevedos cercaban los ojos, el brazo erguido se alzaba por el aire, el hombre se revolvía, al coronar la frase encaramada, como para clavar la púa con el talón. De la tarde oscura sacaba la profecía para el gobierno vacilante: la profecía de muerte: "¿qué desbarajuste era aquel?" "¿qué poder extraño é ilegítimo sostenía en el gobierno á un militar rebelde, cuyo puesto estaba mejor en el triunfo culpable que en la casa de las leyes?" "¿y Cánovas, no juega con el gobierno, no lo ha puesto á que descubra su nulidad, no está ya acechándolo?" El discurso, como una rosa de acero, abría, penosamente, los pétalos bruñidos. La frase se tendía, se echaba por las escalerillas, se recogía silbando, con el ministro adentro. De pronto, sobre la Cámara atónita, baja, tronando, el párrafo cubano. Se ha mentido: se ha obtenido la paz por sorpresa; la paz no está en el país; se gobierna con el odio y el terror; se ha comprado muy caro una tregua muy poco duradera; en los caracteres es donde está la oposición; ¿qué se ha hecho para atraer sinceramente al cubano? ¿qué se ha hecho para sujetar la insolencia del dominador? ¡El discurso, el discurso entero del cubano en la alcoba! Y pide, en la peroración conmovida, piedad para la Isla desgraciada.—El rumor agrio, el diputado que se levanta, la protesta escandalizada ó sorda, el discurso que acaba en la soledad y el frío. Se le aglomeran, le increpan, se defiende, le siguen pocos al irse.—Al otro día, ni un solo diario, ni el de Martos, ni el de las Cortes después, publicaron una palabra, alusión siquiera, del discurso de piedad para la Isla desgraciada. Martos ha muerto: "¡O ellos ó nosotros!"

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

NUESTRO "YARA"

JOSE D. POYO

Patria,

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

NUESTRO "YARA"

Es hermoso ver luchar á un hombre honrado; verlo padecer, puesto que del espectáculo de su dolor se sacan fuerzas para oponerse á la maldad; verlo alzarse triunfante, con la cara al sol, de todas las cruces del camino; verlo defender sin paga, y á costa de su sangre, y de la medicina de sus hijos, y del zapato de sus nietos, una idea que sólo vencerá cuando su defensor, á la caída del monte, vea ya los resplandores bienvenidos de la tumba. Enciende en fuerza y amor el espectáculo de estos hombres invencibles. José Dolores Poyo es así: su diario, cuando todo estaba cayéndose en Key West, y las casas desiertas eran como los árboles, sombríos y mudos, de los cementerios, y se mudaba ó trastornaba todo, cesó de publicarse, mientras viajaba por los pueblos nuevos de la Florida el decoroso peregrino. Pero ya ha vuelto á su arenal constante, y del vapor salió á la imprenta vieja y amada, á abrir las puertas á toda la luz. Él, en la mesa estrecha, vuelve á escribir sus castigos y desdenes, sus prudencias y tristezas, su lengua precisa y real; él, si se le enferma el compañero, del editorial al anuncio hará el periódico, sin que se le cansen los años juveniles, porque de él puede decirse lo que el cronista Juan de Castellanos dijo de los conquistadores de Colombia, de aquellos ciento sesenta y seis que jamás hubieran entrado en América sino por las divisiones entre el zipa y el zaque:

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

"No comían guisados con canela,
ni confites, ni dulces canelones:
su más cierto dormir era la vela,
las duras armas eran sus colchones."

Él, si el prensista falla, porque la idea de honor no deje de salir á su hora, porque la sentencia diaria no deje de caer sobre el crimen diario, porque el tesón desinteresado no deje un solo día de afear su conducta á la indiferencia desvergonzada ó calumniosa, él—con sus manos de escritor singular—hará de prensista. A veces, en verdad, parece que brota luz de los hombres.

VAZQUEZ, HERMANO EN LA LIGA

Patria, Abril 10 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

VAZQUEZ, HERMANO EN LA LIGA

Nos juntábamos un domingo en New York para levantar una casa de querer; para vernos el corazón, blancos y negros; para enseñarnos y amarnos, y echar atrás, con los rayos de la frente, con la verdad de la vida común, con un cariño apretado como la sangre, con la autoridad bebida á sorbo diario en los corazones, á los que, por maldad ó preocupación, digan que el anhelo natural del cubano de padres de Africa, porque le reconozcan los cubanos de padre europeo su capacidad probada de hombre, puede ir jamás hasta castigar á los que se resisten á la justicia, por una guerra basada en la diferencia de color que se quiere desvanecer, en los que están prontos á morir por el derecho del hombre, sea negro ó blanco. De un lado estarán los buenos, blancos y negros; y de otro los malos, negros y blancos. A los hombres los reúne el vicio ó la virtud. Hay blancos y negros tan juntos por la virtud, que no será posible separarlos sin separarlos antes de sus propias entrañas. No saben lo que dicen lo que otra cosa dicen. Uno que otro airado habrá, por disimulada soberbia, ó por impaciencia de justicia; pero en los brazos abiertos cae toda esa montaña de odio. Lo dominante es el amor.

Fernando Vázquez ha muerto en la Habana; él ayudó á fundar La Liga; él fué hombre de las dos sangres; él fué cubano de amor.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

LA GALERIA DE COLON

(THE COLUMBUS GALLERY)

LIBRO NUEVO DE NESTOR PONCE DE LEON. NEW YORK, 1893

Patria, Abril 16 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

LA GALERIA DE COLON

(THE COLUMBUS GALLERY)

Libro Nuevo de Néstor Ponce de León. New York, 1893

La patria está hecha del mérito de sus hijos, y es riqueza de ella cuanto bueno haga un hijo suyo, sobre todo si trabaja en lo que ya han trillado otros y lo de él resulta más útil y completo que lo de sus predecesores. España tiene, en iconografía del Almirante, el "Informe sobre los retratos de Cristóbal Colón", muy sagaz y lleno, que la Academia de la Historia le imprimió á Valentín Carderera. Feuillet des Conches publicó en francés, años hace, una crítica ordenada de las imágenes del descubridor. Ni en inglés, ni en lengua alguna, hay obra tan juiciosa é imparcial sobre los retratos colombinos y monumentos y pinturas del descubrimiento, como la "Galería de Colón", nutrida de historia y chispeante de personalidad, que Néstor Ponce de León, en la medalla de la cubierta de su rico libro, dedica "A Colón, en el centenario del descubrimiento de América". La cubierta es de oro y carmín, y debajo del título, como adorno, tiene una estrella.

De Colón es difícil escribir y de todo lo suyo, porque la antipatía é incuria de una parte han dejado perder lo que la gratitud excesiva, la vanidad nacional y la necesidad humana de lo maravilloso exageraban por la otra; así es que de cuantos retratos ha distribuído Ponce de León en los tres grupos de su libro,—los de originalidad probable, los de medallas, estatuas y cuadros

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

conformes á las descripciones impresas del descubridor, y los imaginarios,—lo más que puede decirse en pro del mejor de ellos es que se acomoda á la pintura que hacen de Colón los tres libros fidedignos de su época, puesto que las mismas *Historie* de su hijo Fernando no son de creer, desde que se duda si él las escribió, y hay que estar á lo que de Colón dice, más que la *Historia general de los hechos de los castellanos*, de Francisco de Herrera, y la de Fray Bartolomé de las Casas, la *Crónica de las Indias*, de Oviedo, que lo vió en vida como fué, más alto que mediano, de miembros recios y vigorosos, de ojos brillantes y bien proporcionados al resto de la faz, muy rojo el pelo y de cara rojiza y pecosa; y amable cuando quería é iracundo cuando la pasión lo levantaba. El libro entero de Ponce de León se mueve sobre esta clave, sin tomar por cierto lo que halaga sus simpatías y por falso lo que las ataca, sino ciñéndose á la prueba estricta, grata ó no, porque el autor es persona judicial, que peca acaso de entusiasta cuando ve en Colón "uno de los hombres más grandes que jamás existieron", pero no está con los que tienen al Almirante por el pirata ladrón y falsificador cobarde que pinta Aaron Goodrich, ni por el "embajador de Dios y el Papa Pío IX", á quien quiso canonizar Roselly de Lorgues.

Sobre Colón, y de oídas ó lectura, pudieran muchos escribir, porque todo es, espumando las artesas de otros, ó hilando lo que dicen los viejos, presentar en forma más ó menos luciente lo sabido. Lo personal es lo que ha de celebrarse en los libros sobre Colón; y la autoridad de quien lo estudió en su estilo descompuesto y egoísta, y en el candor ó pasión discernibles de sus contemporáneos; y el juicio humano y fresco sobre aquella vida terca y ambiciosa.

Un cubano de admirable mente, Manuel Sanguily, dibujó hace poco en la Habana, con colores de historia verdadera, al marino profético y batallador; otro habanero laureado, José Silverio Jorrín, perito mayor en letras y artes, "ha consagrado muchos años de su útil existencia á escribir una completísima vida del gran Almirante"; y ahora Ponce de León embellece y retoca la relación de sus imágenes con el desembarazo y agudeza que dan grato sabor á su prosa intencionada y limpia. Es como una conversación la *Galería*, entre gentes que saben de Colón cuanto hay que saber, y no habla de persona interesante sin anotarla, ni de museo ó biblioteca sin un dato feliz, ni de un pintor sin un rasgo de su carácter y época. A Paolo Giovio, el arzobispo munífico y venal de Nocera, lo pinta de cuerpo entero, rico y bajo, adulando á reyes y empleando artistas, con ocasión del "retrato de Jovius", cuyo original, conocido hoy sólo por el grabado del Almirante pensativo, es acaso el de Orchi, que está en manos de la familia del Arzobispo, muy raído y confuso, y que no puede estar lejos de lo verdadero, porque allí se ve el atrevimiento sin el desinterés, y el alma fosca y concentrada, y el ojo fijo, hondo y adoselado de quien ve lo que otros no ven, y la inteligencia ida por las nubes, y la boca amarga. Así, de pasada, con cierta controversia picante y cortés y el gusto de reconocer el mérito, viene á ser el libro de Ponce de León como academia al aire libre y guía de historia y de arte.

El grupo primero, de los retratos que tal vez tomaron los pintores del natural en vida del Almirante, es lo de más fuerza y cuidado de la obra, porque de ahí arrancan los juicios todos de ella, y por el estudio de él se viene á saber que no hay prueba, directa ó circunstancial, de la originalidad de ningún retrato de Colón, ni más que inducciones de que éste ó aquél, el que

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

llaman de Rincón, acaso, ó el de Juan de la Cosa, sea retrato de vida. Del arzobispo Giovio, admirador fanático de Colón, piensa con juicio Ponce de León "que no es creíble que se contentase con una copia imaginaria de su gran compatriota, cuando había en España tanto pintor español é italiano", y él tenía orgullo en sacar de originales los cuadros de contemporáneos de su famosa galería, sobre que Vasari dice en sus *Vidas* que Giovio tenía el retrato original entre sus cuadros de Como; pero la colección se repartió entre los herederos, y aquel Colón, á no ser el de Orchi, ha desaparecido. El de Yáñez, luego que le quitaron el bárbaro repello, parece ser de una mano que pintó á Lope, Calderón y Quevedo, que son glorias más jóvenes, aunque en el Yáñez se ve la frente comba é hinchada, los ojos de orbe, el labio seco y belfudo y la nariz rapaz por donde, con un poco más de soltura en el pincel, pudo acaso pintarse aquella alma pertinaz y codiciosa. El *Lotto* femenil, apuntando al mapa de Ruysch, de 1509, no pudo ser de la persona del Almirante, muerto en 1506. El noble grabado de Capriolo en los *Cento Capitani Illustri*, se asemeja tanto al *Jovius*, que puede haber nacido de él, y no se sabe de donde nació. El caballero de todo traje del inglés Anthony More, con su gola y sus rufos, y el sortijón de los dos gallos que pelean, y un marco de fina alegoría con armas diferentes de las que Oviedo describe como de Colón, no tiene del nauta más que el poder de los ojos y el señorío que bien pudo venirle de los días de orgullo en que le amó en Córdoba Beatriz. Cogoletto, que se da por cuna de Colón, y su rival Cuccaro, poseen retratos antiguos, que son *Jovius* también, y copias pobres. Antonio del Rincón vivió en España, como retratista de la Corte, y pudo y debió retratar á Colón, sobre todo

cuando el retrato que pasa por suyo y está de siglos atrás en la librería de los reyes, es el más vivo y lógico de todos, con el triunfo y bondad del rostro entero, "en los pocos meses en que el Almirante fué feliz", y la frente en que de veras cabe un nuevo mundo, y el jubón sin cuello y airoso tabardo. El de Banchero, del lujoso *Codice Diplomático Colombino*, es un Rincón sonriente. Del de Juan de la Cosa, el piloto de Colón, no hay prueba de que en la carta que *"Juan de la Cosa la fizo en el puerto de Santa María en el año 1500"*, quisiera el marino retratar á su Almirante en el santo Cristóbal que, donde queda en su mapa Centro América, lleva á cuestas al niño Jesús, con la mar á los tobillos, de un continente á otro; aunque no es de pensar como dice Ponce de León que hombre tan ingenuo como el piloto dejara de aprovechar la significación cristiana del nombre de su patrón en la lengua nativa, para ponerle á la espalda el pretexto religioso del descubrimiento; y lo cierto es que si se le cercena la barba al san Cristóbal, quedan, casi como en el de Rincón, los ojos voraces y abrasantes, el labio que cuelga y la fuerte nariz.

Llega á *Patria* el libro suntuoso en momentos en que va el periódico á la prensa, y ni de paso siquiera cabe hablar del grupo segundo de la *Galería*, donde descuellan el indignado Colón de Barabino, en el cuadro en que explica el paso de Asia á los doctores incrédulos, y el Colón encadenado de Wappers, ceñudo y robusto como Segismundo; ni del grupo tercero, de los retratos imaginarios, donde está el de la casa de Alba, con traje de Otelo, el pelucón rizado de De Bry; el bravo del aguafuerte de Flameng, la ruina de la Habana, que parece ser el hijo natural del Almirante; el barbudo capitán de Herrera, el armenio de Hull, de pluma á la mitra y la palo-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

ma al hombro y el hugonote de Jomard, el duque de Paramigiano, que abonó Prescott en su libro; el grabado de Philoponus, donde, de turco ó griego, va pisando anclas el Almirante de navíos para las Indias, y el *Vieux Gastronome*, que creyó Rinck descubrir en una venduta orleanesa, y es un viejo avaro, de gorra y chaqueta, que "en su mano seca está pesando un huevo".

Museo copioso y causa de pensamiento sobre la variedad y grandeza de la vida, es la muy rica parte de la obra que en láminas excelentes, y con texto ameno é imparcial, enumera los monumentos principales de Colón en Europa, donde ninguno aventaja la novedad magnífica del de Barcelona, ni el de Génova, muy redondeado, ni el de Huelva escueto, ni el híbrido de Madrid; y los muchos y bellos que la munificencia del mexicano Escandón, el patriotismo creciente de Santo Domingo, el entusiasmo de Chile y Perú y el regalo de Eugenia Montijo á Colombia, han traído á América. En los Estados Unidos no hay tributos á Colón, sea la mansa estatua de Filadelfia, ó la burda de Washington, ó el bello "Colón niño" de Boston, que compita con el airoso monumento, hijo del de Barcelona, en que los paisanos de New York celebran al genovés "burlado primero, amenazado en el viaje, encadenado luego, tan generoso siempre como oprimido". . . En Cuba, la más ensangrentada é infeliz de las tierras donde el italiano puso el pie, hay la estatua habanera, de buril francés y poco pensamiento, con la mano en el globo; el busto arrinconado que Espada dió al Templete; el Colón preso del español Valmijana, obra noble y dolorosa, que regaló á la Sociedad Económica el amigo del país Gabriel Millet; el mármol de Cárdenas, descubriendo el mundo nuevo, que Piquer y Miranda trabajaron y nació de la voluntad viril de la Avellaneda; y el Colón de Bayamo, de tierra del país. La ciudad de Colón aguarda la arrogante estatua del cubano Miguel Melero y la Habana el fogoso monumento del español Susillo, con el león que de un zarpazo abre la mar, y el Almirante hincado en la barca que corona la esfera, y al tope la cruz; y para "los supuestos restos de Colón", hoy guardados bajo la lápida donde pasa la efigie del nieto Cristóbal por la del nauta, labran en Madrid, con los cuatro heraldos que cargan el sarcófago de bronce, la obra de genio del catalán Mélida.

A los cuadros y grabados del descubrimiento da la *Galería* su última parte, muy pintoresca y cabal, donde va el orden monótono realzado por la viveza de la anécdota y el calor de la biografía: juntas allí la historia y la leyenda, vése á Colón vagando de niño por la playa, en el cuadro de Concano; ó por Venecia y Lisboa, pidiendo ayuda, en los lienzos de Tavarone y Pickersgill; ó con su hijo al pie, que es de lo más bello de su vida, enseñando las sendas de la mar á los domínicos hospitalarios, en las pinturas de Wilkie y Masó y Cano é Izquierdo; ó demandándole á Isabel, en la tela heroica de Brozik, apoyo para ensancharle la corona; ó saliendo de Palos, vuelto al cielo, en la escena animada de Balaca; ó ¡Tierra!, con Solimene y Calone y Vanderlyn y Puebla y tantos más. Muévese allí la historia entera, la fe del pobre indio, la Santa María hundida en la mar, la procesión de la vuelta en Barcelona, el Almirante preso, la audiencia nueva de la reina Isabel, la muerte "en el rincón de una posada". El cubano José Arburu, sobre el tema de un periódico madrileño, pintó con gloria la "Primera Misa en América", que, con palabras como colores, describe el poeta Julián del Casal: de rosa y lila el cielo, el océano brillante, el dosel del sacramen-

to bajo la seiba gigantesca, y Colón saludando con la espada al sacerdote de brocado y oro. Pero cuando Armando Menocal, libre el genio criollo, pintó, atrevido y feliz, al descubridor de América, buscó por estudio la ceñuda fortaleza del Morro, poblada aún de tanto muerto cubano, copió la mar airada que se rompe contra las breñas, y mostró á Colón, cargado de hierros, entrando en la barca á donde lo manda preso el español Bobadilla; la cabeza grandiosa se destaca, sobre el torvo gentío, en el horizonte azul; el cuadro chispea.

Con la *Galería de Colón,* libro único en la literatura americana, y más rico acaso en datos y láminas que las mejores publicaciones centenarias de Italia misma, ha enseñado Ponce de León, cuerdo y paciente, cómo se puede realzar con el juicio fiel y vivo, el rasgo súbito y el color breve y dichoso, un tema de erudición traído y llevado, que en manos más recias pudo parar en pesada disquisición ó en polémica pueril. Ornato de librerías, depósito de consejos y hora amena es este acopio crítico de las imágenes del italiano tempestuoso é infeliz; y la bella impresión, de página ancha y lujosos dibujos, parece casa natural de la nobleza con que el libro fué compuesto y escrito.

JOSE CRISTOBAL MORILLA

Patria, Abril 22 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA

JOSE CRISTOBAL MORILLA

Con reverencia profunda ha de escribirse el nombre del anciano constante y pundonoroso, limpio en el patriotismo como en su vida entera, que acaba de morir en el asilo extraño donde batalló, sin conocérsele cansancio, por la independencia de su patria. Fué el suyo de aquellos caracteres que no tienen paces con la deshonra, ni buscan casos y escapes á la cobardía, ni entienden que haya conformidad con la existencia, ni se tenga el hombre por tal, mientras en el pueblo en que nació viva el hombre hipócrita y abyecto. Es como una luz del alma, que no se apaga jamás. Es como una voz secreta, que no deja dormir. Es como un caballero antiguo, que se había jurado á su dios y á su dama. La lealtad embellece estas vidas, mientras que las de otros se arrastran limosneras y torvas, y descontentas de todo, porque lo están de sí propias.

En este amor sin tacha y sin receso por su tierra mísera vivió José Cristóbal Morilla, que á la tentación de ir á pasar la vejez en la ciudad de sus estudios y de sus amores, prefirió continuar viviendo, cara á cara del despotismo que pudre á su país, entre los que se han jurado, como la mina al pie de la fortaleza, pelear juntos con su vida hasta lograr la independencia de su pueblo, y cuando ya no estén vivos, animar á los demás á pelear con el ejemplo de su muerte. Pero José Cristóbal Morilla no era de

U.A.N.L.

los que creen que se echan mundos abajo con la mera opinión, ni que los pueblos se libertan, ó mudan del vicio á la virtud, con el deseo perdido en el pecho ocioso. El, pulcro y tenaz, estaba á la obra siempre. Cuando todo se apagaba, allí estaba él, en su rincón de claridad, con el grupo glorioso de los incorregibles. Cuando su pueblo, como una caña loca, se plegaba á la tormenta, él, en el grupo de amigos, resistía como un roble. Para él, como para aquellos hombres todos, ni había quehacer superior al de libertar á su país, ni pasión que no domasen en su servicio. Fué siempre hermoso duelo el de España, con su Isla corrompida al pie, y ese puñado de hombres. En las citas, Morilla era de los primeros; su voto, siempre el mismo, era el de arrancar de raíz; su misa, los domingos, era la junta de los amigos que no se han cansado de servir á su patria. De su leal esposa, abnegada compañera de aquel sencillo heroismo, salía, fuerte y cortés, á la junta imperecedera; por la sombra de los árboles viejos de la casa de Lamadriz pasaba, vivos los ojos y el andar, el licenciado rebelde. Su esposa murió y él ha muerto.

"A su entierro fuimos todos:—dice *El Yara*—mujeres y niños, viejos y jóvenes. El Club *José Francisco Lamadriz* con su estandarte—en que luce como un símbolo el retrato del que le dió nombre—marchaba en cuerpo, lo mismo que *Las Hijas de la Libertad,* que llevaba plegada y con crespón negro la bandera cubana. De este club fué Morilla socio fundador, del otro Vicepresidente honorario. Marchaba la sociedad de socorros mutuos *La Fe* y una comisión de *San Carlos* que mandaba la Directiva á pagar el último tributo, en nombre de la institución, al apoderado del pueblo. Muchos amigos, entre ellos algunos miembros del Consejo Local de Presidentes, aumentaba la comitiva". Del club

modesto y fidelísimo de nuestras mujeres, *Mercedes Varona,* iba una comisión de señoritas. El club ejemplar de cubanas, *Las Hijas de la Libertad,* el club lealísimo, acordó llevar duelo nueve días por su miembro honorario fundador. Y los amigos, los de *Luz de Yara,* los que han estado con él año tras año á la tarea, los veteranos de la guerra y de la emigración, cargarán duelo visible quince días por el que siempre estará sentado entre ellos. La vida de Morilla fué una serie de sacrificios y de amores; su vida, ejemplo y vergüenza de cobardes y venales, fué un compendio de virtudes.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

PRELUDIOS

RAFAEL DE CASTRO PALOMINO

Editor: M. M. Hernández, New York, 1893

Patria, Abril 22 de 1893

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

PRELUDIOS

RAFAEL DE CASTRO PALOMINO

Editor: M. M. Hernández, New York, 1893

Es libro de acariciar, por la hermosura y artístico cuidado de la impresión, y por la delicadeza y sentimiento de los versos, el que Rafael de Castro Palomino acaba de publicar con el nombre de *Preludios*. Como sereno juez y alma compasiva se reveló Palomino en los *Cuentos de Hoy y de Mañana*, donde ve el grano de justicia, y la paja aprendida, á las cuestiones sociales. Orador lo es de veras, cuando la patria divina lo apasiona, y halla siempre en los lances de prueba una novedad feliz ó un dramático recuerdo. Por poeta de estudio y honor lo tienen justamente los que á su amigo Jacinto Luis, que es fiel lector, le han oído la silva *Al Invierno*, y la oda *A la Guerra*, difícil en estos tiempos reales, á aquel otro compañero á quien se le heló ya la voz, á Miguel Párraga. Pero solo á los que no sepan de la vida y de que el amor escaso es lo más cierto de ella, y la inmortalidad confusa cuya prueba está en su perenne pensamiento, extrañará que ya al blanquearle la edad, arranque el desterrado á "la lira de su alma" los pálidos *Preludios*.

Son breves las composiciones, como la verdad poética, que es como el rayo ó la mariposa; pero el prologuista agudo, que ha sido Francisco Sellén, y sabe que lo que se dice ahora sobre "suspirillos germánicos" viene sólo de desconoci-

miento de la poesía natural, y de la antología griega, por no pedantear recordando más modelos sobrios, echa de lado con razón el pecado de copia que se pudiera suponer, por aparentes semejanzas, á las escenas fugaces de los *Preludios*, y adivina en ellas, como poeta bueno, el amor ó dolor real de que han nacido. Un mérito peculiar tienen estos versos, y es que muchos de ellos se fijan en el lector, tal como si los viese, por la sincera fusión del sentimiento conmovido y el cuadro en que lo revela. Lo que importa en poesía es sentir, parézcase ó no á lo que haya sentido otro; y lo que se siente nuevamente, es nuevo.

De amores son los primeros versos del libro, bajo el título de *Ayer;* y bajo el de *Hoy* los últimos, todos de duda. Lo parecido á lo de otros no es mucho, ni lo mejor de la colección, sino el sepulcro que aparta otros labios de sus labios, y el cuadro de serena tristeza donde, con ella al lado, ve un lucero hermoso y otro á media luz, y el de ella siguió á todo brillo por el cielo, y se ocultó el otro en las nubes, que era el de él. Pero á donde llega á la poesía mayor, que es la que expresa sin adornos la verdad y pureza, triunfantes de la vida, es en la pintura del aquel amor suyo que empezó con besos infantiles en los juegos, y fué lava después, y luego tumba; pero el amor no ha muerto, y la besa hoy, sin saber dónde está, por el candor que el alma anhela después de vivir, como la besaba cuando eran los dos niños.

Los versos de *Hoy,* nublados acaso por la sutil desdicha de la expatriación, que envenena y oculta la felicidad del mundo, brotan, con tintes de amor, del poeta sazonado que pone en lo eterno la pasión ensayada, con lágrima á veces, en los cariños livianos de la vida. Sus "cantos ligeros" flotan sobre el abismo de su corazón,

como la espuma sobre el horror del mar. Las penas son plumas negras; y la esperanza, impalpable entre ellas, es una pluma blanca. Como los fuegos fatuos sobre las sepulturas, hay en su vida luces tenues, "efluvios de ilusiones sepultadas" en el cementerio vasto de su alma. Su corazón, desnudo de fe, es como el esqueleto del bosque, en el invierno, por la tarde. Una anciana moribunda le dice que "no ve nada" de la vida. Es ave de paso en la existencia; pero ¿caerá postrado al fin contra "la barrera misteriosa", ó "volará más allá?" Pregunta en vano á los sepulcros y los astros. El tiempo se lo ha llevado todo; y á solas con su lira tañe las notas tenues que resuenan vagas y tristes en la sombra. Todo se lo ha llevado el tiempo; ¿se habrá llevado también "la esperanza de la patria?"

Por su brevedad misma, pues, y su limpieza de adornos violentos, viene á descubrirse el mérito principal de estos versos amigos, que es la realidad de la impresión. A la vida se le van cayendo los velos poco á poco y cuando se conoce y rehuye lo de verboso é inútil que hay en ella, vuelve como una ingenuidad al corazón, que en los hombres sensibles y adoloridos se refleja, á la tarde de los años, en la sencillez de la poesía. Y en la misma literatura de América aparece á tiempo este libro veraz, porque ya América comenzó á salir del noviciado de pompas y lentejuelas, gratas sólo á las civilaciones nacientes, á la vez que rechaza, por no venir con su edad, los ornamentos recargados con que los pueblos viejos, como las cortesanas al caer, visten la poca beldad de la naturaleza, lo que es otro modo de barbarie. En América solían rimarse ideas, más que sentimientos, olvidando que la poesía y el arte todo está en la emoción inesperada y suprema por donde en una hora propicia culmina una especie de emociones se-

mejantes. Y se pierde la perla de tanto envolverla en conchas.

Pero aun falta una beldad que elogiar en el libro de los *Preludios,* que es el libro mismo, impreso por el caraqueño Manuel María Hernández, con el esmero con que el orífice tornea su joya. El autor tiene un hermano, que es el impresor; y salen al mundo libros bellos como éste del poeta, de la amistad entre el autor, que da la piedra preciosa, y la impresión, que la calza en digna montura. Aquí el impresor fué poeta también, por la delicadeza con que regala la edición memorable á la hija de Rafael de Castro Palomino, y por el arte de la prensa, que tiró hoja á hoja, en páginas de fondo floreado y marco de oro leve, como las más ricas de los libros nuevos. Tal cuidado merecía en verdad un libro donde no hay una sola palabra del vicio y vanidad que afean la vida.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

UN CUBANO EN NEW ORLEANS

Patria, Mayo 8 de 1893

UN CUBANO EN NEW ORLEANS

Por la mañana llegué y á la tarde ya le había dicho adiós. Para otros el descanso, el ver las calles holgadas, con sus balcones de hierro, el gozar, sentado bajo el pórtico blanco, de la conversación criolla; para un cubano de veras, que lleva el pecho atormentado de la esperanza y del horror, que oye de la almohada y del mantel la voz de su tierra presa y desvalida, que va juntando virtudes y descabezando traiciones, el reposo es andar, con la espuela al riñón, hasta que su tierra sea libre. Que se le dobla la rodilla en el camino, y rueda por el polvo, y parece que ya no se vuelve á levantar: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Que, como al caballo en la plaza, se le caen las entrañas por el redondel, y expira, frente á la fiera, en la sangre de sus entrañas: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Que le escupan el honor, que le nieguen á sabiendas la virtud, que fulleros y pillos, desde el goce de su infamia, se burlen de su sacrificio: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Al vuelo, de un trabajo á otro, ve el viajero, desde el tranvía destartalado que hala una alegre mula, las casas y monumentos, los kioskos y las estatuas, las columnatas y las magnolias, los colgadizos y los tenduchos; y á poco se pregunta, con justo asombro, cómo puede, quien quiera ver, imaginar que Cuba viniese á ser jamás norteamericana. Aquí está New Orleans, cordial y fran-

cesa: libre en sus leyes, loca de un gran río, emporio de riqueza, metrópoli de un estado soberano en la Unión, y, después de tres cuartos de siglo, la ciudad vive en rebeldía sorda y perenne. Los viejos celebran en un coro de hotel, con el retrato de Jefferson Davis en la insignia de la solapa, el artículo del *Times Democrat* donde se echa en cara su prosperidad inmortal, y su progreso de cascarón "á ese Norte insolente"; los hijos "no son americanos, son criollos"; las madres, pálidas, y como cautivas, enseñan el francés á sus criaturas; los pocos yankees, como en tierra hostil, pasan de prisa por entre los corrillos burlones; la ciudad, aun en pleno sol, tiene como un capuz que la oscurece:—¡y es que lleva presa el alma!—Nadie una dos pueblos diversos.

Apenas, como puntos, recuerda el viajero, que pasó por New Orleans sin verla, una impresión á otra: la aduana, grande y gris; la calle del Canal, de tiendas grandes y animadas; un café de la calle Real, con orquesta á las ocho de la mañana; el hotel de San Carlos, con los huéspedes como perdidos en el salón de *lunch*, y una india de venta, para muestra de cigarrería, y un organillo con su teatro de monos. En la calle, sin tropezar, va y viene la gente. Una estatua, es de Lee. El *Picayune* cabe en un cuarto. Esa casa y la de al lado, blancas y de columnas, son como templos griegos. Un tiro de diez mulas, con cadenas por bandas, arrastra un corte de mármol. Las mulas del expreso llevan el arnés punteado de bronce. Por las alcantarillas, al borde de los palacios, corre el agua fétida. La biblioteca libre es de piedras rojas, acuchilladas como las de Florencia. Una madre, vestida de luto, le llena á su hijo las manos de jazmines. De vuelta al tren, va hallando el viajero nombres que le sorprenden. ¿Y ese del

Nodal, con su oficina rica, en esa esquina de privilegio? ese es el hijo de un cubano. ¿Y esa lujosa cigarrería, en las dos calles mejores de la ciudad? esa es de Díaz González: ahí está Echezabal. ¿Y ese otro, que dice *Infante?* padre é hijo son de Cuba, y tienen buen comercio. ¿Y Lamar Quintero, el abogado y militar y periodista, y hombre de salones, no es el hijo de nuestro poeta fiel y original, no es el redactor del *Picayune?* Se entra en la casa masónica, llena de suntuosos estudios, y brillan juntos dos nombres de cubanos: el de Bornó y el de Havá, los dos médicos jóvenes. Havá, el padre venerado, talento vario y original, y cubano de fama justa, padece ahora, y sus amigos le rodean. Esa casa cómoda es de Anastasio Montes. Allá van Frayle, Santa Cruz y Montaos, tres que han jurado volver á Cuba con la Libertad.

Pero una casita de paredes blancas, con las cortinas pulcras, recogidas por lazos punzó, es tal vez el recuerdo más grato del viajero. Las hijas, hijas de héroe, están en el trabajo. Otra, de ojos de virgen, sirve el vino hospitalario. La hermana poetisa, que vive de enseñar, habla enamorada de nuestros trabajos y de nuestro valer, de la emigración honrosa de Cuba, del rincón azul donde se cría el genio. La madre, joven en la ancianidad, bella de patria y honradez, bella aún del rostro, como quien no se arrepiente del sacrificio útil, recuerda "las casas del monte, en que gozó mil veces más que en su casa rica de la ciudad"; cree imposible "¡imposible! que los hijos, que las hijas, que las esposas que perdieron al padre del hogar en la pelea por Cuba, no le honren la idea y el sepulcro, pensando en vida por lo que murió su padre; y yo, pobre viuda como soy, si otra vez volviera á verme con mi marido, como me ví, otra vez volvería á creer que su obligación era

morir por su país''.—Así hablaba la señora Julia Miranda de Morales, rodeada de las hijas, felices y cultas, que crió con la virtud de su viudez en el destierro.

Por algunos hombres, nulos y desvalidos, se puede perder la fe en Cuba; por esas mujeres, se recobra la fe en la patria.

BIBLIOTECA CENTRAL

EL GENERAL GOMEZ

Patria, Agosto 26 de 1893

U.A.N.L.

BIBLIOTECA GENERAL

EL GENERAL GOMEZ

A caballo por el camino, con el maizal á un lado y las cañas á otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho á dar de su pobreza á un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien llevà clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce á la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento á la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Monte Cristi, un ginete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen á recibirlo, á tomarle la carga del arzón, á abrazársele enamorados al estribo, á empinarle la última niña hasta el bigote blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer á un pueblo libre; la mujer que se los dió y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguarda un poco atrás, en un silencio que es delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da á las almas la grandeza verdadera; la hija, en quien su patria centellea, reclinada en el hombro de la madre, lo mira como á novio: ese es Máximo Gómez.

U. A. N. L.

Descansó en el triste Febrero la guerra de Cuba, y no fué para mal, porque en la tregua se ha sabido cómo vino á menos la pujanza de los padres, cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca é impetuosa, cómo con el reposo forzado y los cariños se enclavó el peleador en su comarca y aborrecía la pelea lejos de ella, cómo se fueron criando en el largo abandono las cabezas tozudas de localidad, y sus celos y sus pretensiones, cómo vició la campaña desde su comienzo, y dió la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante é inevitable alma de amo, por su mismo sacrificio más exaltada y satisfecha, con que salieron los criollos del barracón á la libertad. Las emigraciones se habían de purgar del carácter apoyadizo y medroso, que guió flojamente, y con miras al tutor extranjero, el entusiasmo crédulo y desordenado. La pelea de cuartón por donde la guerra se fué desmigajando y comenzó á morir, había de desaparecer, en el sepulcro de unos y el arrepentimiento de otros, hasta que, en una nueva jornada, todos los caballos arremetiesen á la par. La política de libro y de dril blanco había de entender que no son de orden real los pueblos nacientes, sino de carne y hueso, y que no hay salud ni belleza mayores, como un niño al sol, que las de una república que viva de su agua y de su maíz, y asegura en formas moldeadas sobre su cuerpo, y nuevas y peculiares como él, los derechos que perecen, ó estallan en sangre venidera, si se los merma con reparos injustos y meticulosos, ó se le pone un calzado que no le viene al pié. Los hombres naturales que le salieron á la guerra y en su valor tenían su ley, habían de ver por sí, en su caída y en la espera larga, que un pueblo de estos tiempos, puesto á la boca del mundo refino y menesteroso, no es ya, ni para la pelea ni para la República, como aquellos países de mes-

naderos que en el albor torpe del siglo, y con la fuerza confusa del continente desatado, pudo á puro pecho sacar un héroe de la crianza sumisa á los tropiezos y novelería del gobierno remendón y postizo. Los amos y los esclavos que no fundieron en la hermandad de la guerra sus almas iguales, habrían entrado en la República con menos justicia y paz que las que quedan después de haber ensayado en la colonia los acomodos que, en el súbito alumbramiento social, hubiesen perturbado acaso el gobierno libre. Y mientras se purgaba la guerra en el descanso forzoso y conveniente; mientras se esclarecían sus yerros primerizos y se buscaba la forma viable al sentimiento renovado de la independencia; mientras se componía la guerra necesaria, en acuerdo con la cultura vigilante y el derecho levantisco del país, Gómez, indómito tras una prueba inútil, engañaba el desasosegado corazón midiendo los campos, cerrándolos con la cerca cruzada de Alemania, empujándolos inquieto al cultivo, como si tuviese delante á un ejército calmudo, puliendo la finca recién nacida, semilleros y secaderos, batey y portón, vegas y viviendas, como si les viniera á pasar revista el enemigo curioso. Quien ha servido á la libertad, del mismo crimen se salvaría por el santo recuerdo; de increíble degradación se levantaría, como aturdido de un golpe de locura, á servirla otra vez; ni en la riqueza, ni en el amor, ni en el respeto, ni en la fama halla descanso, mientras anden por el suelo los ojos donde chispeó antes la suprema luz. Y de día y de noche se oye á la puerta relinchar el caballo, de día y de noche, hasta que, de una cerrada de muslos, se salta sobre la mar, y orea otra vez la frente, en servicio del hombre, el aire más leve y puro que haya jamás el pecho respirado!

Iba la noche cayendo del cielo argentino, de

aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él el juramento de ser gusanos ó libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho á andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural á las grandezas que achica ó desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad ó tentación del hombre. Se abrieron á la vez la puerta y los brazos del viejo General: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió á abrazar en largo silencio al caminante, que iba á verlo de muy lejos, y á decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz, y á mostrar á la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroismo y la libertad. Los bohíos se encendieron; entró á la casa la carga ligera; pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán; dos niñas, que vinieron á la luz, llevaban y traían; fué un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, á la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General, había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada á la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos. Y en tres días que duró aquella conversación, sobre los

tanteos del pasado y la certidumbre de lo porvenir, sobre las causas perecederas de la derrota y la composición mejor y elementos actuales del triunfo, sobre el torrente y la unidad que ha de tener la guerra que ya revive de sus yerros, sobre el sincero amor del hombre que ha de mover á toda revolución que triunfe, porque fuera crimen sacarlo á la muerte sino para su rescate y beneficio; en aquella conversación por las muchas leguas del camino, ganándole á las jornadas las horas de luna, salvando á galope los claros de sol, parándose con tristeza ante el ceibo gigante, graneado de balas fratricidas, abominando las causas remediables, de castas y de comarcas, porque está aún sin su pleno poder aquella naturaleza tan hermosa, no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos, con que el General Gómez se ha jurado á Cuba. Se afirma de pronto en los estribos, como quien va á mandar la marcha. Se echa de un salto de la hamaca enojosa, como si tuviera delante á un pícaro. O mira largamente, con profunda tristeza.

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja á la puerta, cansado del viaje, el mensajero que va tal vez á hablar del modo de dejar pronto sin su sostén á la mujer y sin padre á los hijos. El júbilo ilumina todos aquellos rostros. Cada cual quiere servir primero, y servir más. "Manana" generosa, la compañera de la guerra, saluda, como á un hermano, al desconocido. Un fuego como de amor, como de la patria cautiva y rebelde, brilla en los ojos pudorosos de la hija Clemencia. Se aprietan al visitante los tres hijos mayores: uno le sirve de guía, otro de báculo, el otro se le cose á la mano

BIBLIOTECA CENTRAL

libre. Cuanto hay en la casa se le ha de dar al que llega. "¡Ay, Cuba del alma!" "¿Y será verdad esta vez? ¡porque en esta casa no vivimos hasta que no sea verdad!" "¡Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!" dice con la mirada húmeda Francisco, el mayor. Máximo, pálido, escucha en silencio: él se ha leído toda la vida de Bolívar, todos los volúmenes de su padre; él, de catorce años, prefiere á todas las lecturas el *Quijote*, porque le parece que "es el libro donde se han defendido mejor los derechos del hombre pobre". Urbano, leal, anhela órdenes. Aquella misma tarde han recibido todos carta del padre amante. "Él anduvo treinta y seis leguas para traer á Clemencia de Santiago, y salió ayer para *La Reforma*, que está á veinte; pero nos dijo que le pusiéramos un propio, que él vendría en seguida". Allí mismo, como para un amigo de toda la vida, se prepara el viaje del mensajero testarudo, que quiere ir á saludar junto á su arado al viejo augusto que cría á su casa en la pasión de un pueblo infeliz. Manana le da de beber, y le echa luz el rostro de piedad, bajo la corona de sus canas juveniles. . . . ¡Santa casa de abnegación, á donde no llega ninguna de las envidias y cobardías que perturban el mundo!

Y la casa tiene un desván que mira al mar, donde, una vez al menos, no se ha hecho nada indigno de él. Por la escalera de la alcoba, alta y oscura como una capilla, se sube al rincón de escribir del General, con las alas del techo sobre la cabeza, la cama de campaña al pie del escritorio, y el postigón por donde entra, henchido de sal pura, el viento arremolinado. Allí, esquivándose á los halagos fraternales de los montecristeños, dió el General cita, con su pañuelo al cuello y una mirada que se ve en hombres pocas veces, á un cubano que por primer vez sintió

entonces orgullo, para ver el mejor modo de servir á Cuba oprimida, sin intrusión ni ceguera ni soberbia. Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado; y sus derechos, para no hollar ninguno, y sus equivocaciones, para no recaer en ellas, y sus recursos, para emplearlos con seguridad, y sus servidores, para abrazarse á todos, y los infieles mismos, para no reconocerles más que la grandeza pasada y la posibilidad de arrepentirse. Con palabras sencillas, en voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad de un pueblo y se le ponían de abono. Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar; tenía las piernas apretadas en cruz y el cuerpo encogido, como quien se replega antes de acometer; las manos, las tuvo quietas; una llama, clara é intensa, le brillaba en los ojos; y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco.

Y allá en Santo Domingo, donde está Gómez, está lo sano del país, y lo que recuerda, y lo que espera. En vano, al venir de su campo, busca él la entrada escondida; porque en el orgullo de sus dos hermanas, que por Cuba padecieron penuria y prisión, y en la viveza, y como mayor estatura, de los hijos, conoce la juventud enamorada que anda cerca el tenaz libertador. A paso vivo no le gana ningún joven, ni á cortés; y en lo sentencioso, se le igualan pocos. Si va por las calles, le dan paso todos; si hay baile en casa del Gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oirle el cuento breve y pintoresco; y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con

amigas y novias, para él escoge el dueño la dama de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesía rendida añeja, y por el baile ágil y caballeresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miriñaque, toda inflada y de pega, que sale á libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto; ú otras veces, cuando no es una terneza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebatado de un golpe á la vaina. En colores, ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que "hay que andar derecho en este mundo". En el trabajo, "ha encontrado su único consuelo". "No subirá nadie: he puesto de guardia á mi hijo". Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante á la ventana á que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, á una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: "Para estos trabajo yo".

Sí, para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida; para los que le sacan con sus manos á la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola; para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas; para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real; para desatar á América y desuncir el hombre. Para que el pobre, en la plenitud de su derecho, no llame, con el machete enojado, á las puertas de los desdeñosos que se lo nieguen; para que la tierra, renovada desde la raiz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, alegre en la equidad verdadera, regida conforme á su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fáciles desahogada y dichosa; para llamar á todos los cráneos, y hacer brotar de ellos la corona de luz. Se peca; se confunde; se toma un pueblo desconocido, y de más, por el pueblo de menos hilos que se conoce; se padece, con la autoridad de quien sabe morir, por la inercia y duda de los que pretenden guiar las guerras que no tienen el valor de hacer; corre por las bridas la tentación de saltar, como por sobre la cerca que cierra el camino, sobre la verba y pedantería, ó el miedo forense, que disputan el paso á la batalla; á la ley no se le niega el corazón, sino á la forma inoportuna de la ley: se quiere el principio seguro y la mano libre. Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pie á tierra con la última victoria. Con causa justa y guerra así, de un salto se va de Lamensura á palacio. Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad.

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

ANTONIO MACEO

Patria, Octubre 6 de 1893

U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL

ANTONIO MACEO

La naturaleza americana, doncella en el istmo, es ya hermosura próvida, y como de amplios senos, en el dominio de Costa Rica, que se levanta por sobre las nubes, con sus troncos de sangre serpeando por el celaje azul, y derrama á las costas encendidas, por lecho siempre verde, el agua ancha y pedregosa de sus reventazones montañesas: como un himno es la república, y cada hijo lleva la azada al hombro. Allá, del lado del Atlántico, por el río Matina, los plátanos son tan altos como la palma real, y es un cubano, que dió su sangre á Cuba, quien cría en la tierra amiga el platanal mejor. Del lado del Pacífico, lo que ha un año era maleza, es vereda ahora, y caserío la soledad, de los cubanos que le sacaron á la selva la semilla, y hay allí quien deje sola á la recién casada, por novia mayor. Con ternura de hijo quiere el cubano bueno á Costa Rica. De las gracias del mundo Costa Rica es una, con su rocío de ciudades por el valle ameno, cada cual como mosaico en joya, y en la serena población la vida fuerte, con el hijo de médico ó de juez, y su raíz en el campo, como todo hombre que quiere ser libre, y el padre al pie de las matas, buscándole al café la flor, ó de peón con el cinto plateado, detrás de las carretas. Bancos y hoteles prosperan entre las creencias viejas del país, que viven más por lo ordenada y agresivas que por lo poderosas; y por vías de luz eléctrica, con los tejados á los bordes,

se va al llano común, donde cualquiera puede echar su vaca, y el aire es vida pura, ó á la barranca y lomas pintorescas y el muro añoso envuelto en flores. De seda es por dentro, y de canapé de oro, la casa que aun muestra en las afueras la ventana ceñuda y el portón colonial. De tomos de París y de lo vivo americano está llena, allá al patio, entre una fuente y un rosal, la librería del hijo joven. Y si hay justa de ideas en un salón glorioso, apriétanse á la entrada, para beber primero, magistrados y presidentes, sastres y escolares, soldado y labrador. La cáscara aun la oprime, pero ya aquello es república. Vive el hombre de su trabajo y piensa por sí. Y cae en brazos de todos, el cubano que va á Costa Rica. Pasa un hombre fornido por la calle: ni rechaza ni lisonjea, pero le saludan todos; habla cortés con una ventana suntuosa: —salvó en día y medio el camino de tres, y se lo admiran campesinos y ministros; ponen mesa de patria los cubanos leales, de Oriente y Poniente, y le dan la cabecera; otra marcha, luego de contratos y altas visitas, y ya está en su Nicoya, que era umbría hace un año, abriendo la tierra y moviendo hombres, ó alzando ala nueva al rancho señor, de techo y colgadizo, donde le acompaña, venerada, la que lo aguardó en zozobra y le restañó la sangre de los diez años de la guerra. Así vive, en espera, Antonio Maceo.

De la madre, más que del padre, viene el hijo, y es gran desdicha deber el cuerpo á gente floja ó nula, á quien no se puede deber el alma; pero Maceo fué feliz, porque vino de león y de leona. Ya está yéndosele la madre, cayéndosele está ya la viejecita gloriosa en el indiferente rincón extranjero, y todavía tiene manos de niña para acariciar á quien le habla de la patria. Ya se le van los ojos por el mundo, como buscando otro, y todavía le centellean, como cuando venía el español, al oir contar un lance bueno de sus hijos. Levanta la cabeza arrugada, con un pañuelo que parece corona. Y no se sabe por qué, pero se le besa la mano. A la cabecera de su nieto enfermo, de un huevecillo de hombre, habla la anciana ardiente de las peleas de sus hijos, de sus terrores, de sus alborozos, de cuando vuelva á ser. Acurrucada en un agujero de la tierra pasó horas mortales, mientras que á su alrededor se cruzaban por el pomo sables y machetes. Vió erguirse á su hijo, sangrando del cuerpo entero, y con diez hombres desbandar á doscientos. Y á los que en nombre de Cuba la van aún á ver, les sirve con sus manos y los acompaña hasta la puerta.

María, la mujer, nobilísima dama, ni en la muerte vería espantos, porque le vió ya la sombra muchas veces, sino en un corazón de hijo de Cuba, que esa sí es noche fiera, donde se apagase el anhelo de la independencia patria. Ingratitud monstruosa le parece á tanta sangre vertida, y falta extraña de coraje, porque ella, que es mujer, ha visto al cubano terco y maravilloso, y luego, con el machete de pelea, le ve ganarse el pan. En sala no hay más culta matrona, ni hubo en la guerra mejor curandera. De ella fué el grito aquel: "¿Y si ahora no va á haber mujeres, ¿quién cuidará de los heridos?" Con las manos abiertas se adelanta á quien le lleve esperanzas de su tierra, y con silencio altivo ofusca á quien se la desconfía ú olvida. ¡Que su esposo vea otra sangre en la pelea, y no dé la suya! De negro va siempre vestida, pero es como si la bandera la vistiese. "¡Ah! lo más bello del mundo era ver al Presidente, con su barba blanca y su sombrero grande de camino, apoyado en un palo, subiendo á pie la loma; porque él siempre, cuando iba por Oriente, paraba donde Antonio!" Y es música la sangre

BIBLIOTECA CENTRAL

cuando cuenta ella "del ejército todo que se juntó por el Camagüey para caer sobre las Villas, é iban de marcha en la mañana con la caballería, y la infantería, y las banderas, y las esposas y madres en viaje, y aquellos clarines!" ¡Fáciles son los héroes con tales mujeres!

En Nicoya vive ahora, sitio real antes de que la conquista helase la vida ingenua de América, el cubano que no tuvo rival en defender, con el brazo y el respeto, la ley de su república. Calla el hombre útil, como el cañón sobre los muros, mientras la idea incendiada no lo carga de justicia y muerte. Va al paso por los caseríos de su colonia con el ginete astuto, el caballo que un día, de los dos cascos de atrás, se echó de un salto, revoleando el acero, en medio de las bayonetas enemigas.

Escudriñan hoy pecadillos de colonos y quejas de vecindad, los ojos límpidos que de una paseada se bebían un campamento. De vez en cuando sonríe, y es que ve venir la guerra. Le aviva al animal el trote, pero pronto le acude á la brida, para oir la hora verdadera, para castigarle á la sangre la mocedad. La lluvia le cae encima, y el sol fuerte, sin que le desvíen el pensamiento silencioso, ni la jovial sonrisa; y sobre la montura, como en el banquete que le dieron un día al aire libre, huirán todos, si se empieza á cerrar el cielo, mientras que él mirará de frente á la tempestad. Todo se puede hacer. Todo se hará á su hora.

En la ciudad, cuando viene á los arreglos de los colonos, á los papeles de cada uno de ellos con el gobierno, para que cada cual sea en su persona el obligado, á vender el arroz, á ver lo de la máquina que llega, á buscar licencia para la casa de tabaco, á llevarse, por carretera y golfo, cuanto trueque en pueblo lindo y animado el claro que con los suyos abrió en el monte

espeso,—no hay huésped mejor recibido en el umbral de mármol ó en la mesa llana, ni contratante á quien el gobierno vea con con más favor, ni paisano á quien con más gusto dieran sus compatriotas de lo suyo, ó le fíen la vida. Ni la cólera le aviva el andar, ni rebaja con celos y venganzas su persona, ni con la mano de la cicatriz aprieta mano manchada, ni—como que está pronto á morir por ella,—habla de la patria mucho. Se puede, y será. Mientras tanto, se trabaja en la colonia un mes, y se está por San José una semana, de levita cruzada, pantalón claro y sombrero hongo. En el marco formidable cabe un gran corazón. Jamás parece que aquel hombre pueda, con su serena pujanza, afligir ú ofender, por sobra de hecho ó parcialidad de juicio, la patria á quien ama de modo que cuando habla, á solas con el juramento, de la realidad de ella, del fuego que arde en ella, la alegría le ilumina los ojos y se le anuda en la garganta el regocijo: está delante el campamento, y los caballos galopando, y se ven claros los caminos. Es júbilo de novio.—Y hay que poner asunto á lo que dice, porque Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo. No hallaría el entusiasmo pueril asidero en su sagaz experiencia. Firme es su pensamiento y armonioso, como las líneas de su cráneo. Su palabra es sedosa, como la de la energía constante, y de una elegancia artística que le viene de su esmerado ajuste con la idea cauta y sobria. No se vende por cierto su palabra, que es notable de veras, y rodea cuidadosa el asunto, mientras no esté en razón, ó insinúa, como quien vuelve de largo viaje, todos los escollos ó entradas de él. No deja frase rota, ni usa voz impura, ni vacila cuando lo parece, sino que tantea su tema ó su hombre. Ni hincha la palabra nunca ni la deja de la rienda. Pero se pone un día el

sol, y amanece al otro, y el primer fulgor da por la ventana que mira al campo de Marte, sobre el guerrero que no durmió en toda la noche buscándole caminos á la patria. Su columna será él; jamás puñal suyo. Con el pensamiento la servirá, más aún que con el valor. Le son naturales el vigor y la grandeza. El sol, después de aquella noche, entraba á raudales por la ventana.

JULIAN DEL CASAL

Patria, Octubre 31 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

JULIAN DEL CASAL

Aquel nombre tan bello, que al pie de los versos tristes y joyantes parecía invención romántica más que realidad, no es ya el nombre de un vivo. Aquel fino espíritu, aquel cariño medroso y tierno, aquella ideal peregrinación, aquel melancólico amor á la hermosura ausente de su tierra nativa, porque las letras sólo pueden ser enlutadas ó hetairas en un país sin libertad, ya no son hoy más que un puñado de versos, impresos en papel infeliz, como dicen que fué la vida del poeta.

De la beldad vivía prendida su alma; del cristal tallado y de la levedad japonesa; del color del ajenjo y de las rosas del jardín; de mujeres de perla, con ornamentos de plata labrada; y él, como Cellini, ponía en un salero á Júpiter. Aborrecía lo falso y pomposo. Murió, de su cuerpo endeble, ó del pesar de vivir, con la fantasía elegante y enamorada, en un pueblo servil y deforme. De él se puede decir que, pagado del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso é innecesario, con que los orífices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria. En el mundo, si se le lleva con dignidad, hay aún poesía para mucho; todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida; mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender,

un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida, odiosa á veces por la brutal maldad con que suelen afearla la venganza y la codicia. El sello de la grandeza es ese triunfo. De Antonio Pérez es esta verdad: "Sólo los grandes estómagos digieren veneno".

Por toda nuestra América era Julián del Casal muy conocido y amado, y ya se oirán los elogios y las tristezas. Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso á la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la espresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble ó graciosa. Y ese verso, con aplauso y cariño de los americanos, era el que trabajaba Julián del Casal. Y luego, había otra razón para que lo amasen, y fué que la poesía doliente y caprichosa, que le vino de Francia con la rima excelsa, paró por ser en él la expresión natural del poco apego que artista tan delicado había de sentir por aquel país de sus entrañas, donde la conciencia oculta ó confesa de la general humillación trae á todo el mundo como acorralado, ó como con antifaz, sin gusto ni poder para la

franqueza y las gracias del alma. La poesía vive de honra.

Murió el pobre poeta y no lo llegamos á conocer. ¡Así vamos todos, en esta pobre tierra nuestra, partidos en dos, con nuestras energías regadas por el mundo, viviendo sin persona en los pueblos ajenos, y con la persona extraña sentada en los sillones de nuestro pueblo propio! Nos agriamos en vez de amarnos. Nos encelamos en vez de abrir vía juntos. Nos queremos como por entre las rejas de una prisión. ¡En verdad que es tiempo de acabar! Ya Julián del Casal acabó, joven y triste. Quedan sus versos. La América lo quiere, por fino y por sincero. Las mujeres lo lloran.

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

RECUERDOS DE LA GUERRA

CONVERSACION CON UN HOMBRE DE LA GUERRA

Agramonte.—Los Chinos.—La Academia de Jimaguayú.—La Comida Insurrecta.—"Rabo de Mono" y "Cuba Libre."—Balas y Cartuchos.

Patria, Noviembre 28 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL

RECUERDOS DE LA GUERRA

CONVERSACION CON UN HOMBRE DE LA GUERRA

Agramonte.—Los Chinos.—La Academia de Jimaguayú.—La Comida Insurrecta.—"Rabo de Mono" y "Cuba Libre"—Balas y Cartuchos.

El cuarto respira libertad. Sobre la mesa, repleta de cartas, de muestras de cariño que no se publican jamás, de pruebas tristes de la vanidad y el interés humanos, de pruebas mayores de abnegación y grandeza, apenas hay espacio para los brazos flacos del hombre que escribe. Presidiéndolo, está sobre la cornisa del bufete un retrato de Páez á medio pintar, del Páez de las Queseras y de Carabobo, con el dolmán amarillo de muchos alamares, y dos alacranes por bigote, y la nariz oliendo guerra, y los ojos muy anchos y apartados, y el pelo hosco y rizoso; de San Martín, el libertador de las tres repúblicas del Sur, hay otro retrato al lado, con el cuello de canuto por las quijadas fuertes, y los pómulos como dos lanzas, por debajo de los ojos aguileños, y el pelo pegado á la sien como por mano domadora; y al pie de San Martín está una granada que los españoles echaron cuando la guerra á un campamento cubano y que el Camagüey mandó al bufete de New York, para que hable por su boca de bronce, para colgarla al cuello de los que olviden: ¡que vayan por el mundo así los cobardes, los

egoístas, los ingratos, con la granada al cuello! En lo alto del bufete, con la ley en la mano, está una estatua de Hidalgo, el libertador de México. Allí á solas, con un poco de sol de invierno en el cuarto lleno de libertad, habla un cubano con un hombre de la guerra: la guerra está á mano. ¡Se la atará ó se la desatará, según convenga á la patria!

Agradecer es un gusto. Al que peca se le olvida; se le deja caer; se le da tiempo á que vuelva en sí, se le tienen las puertas abiertas para que vuelva sin bochorno al cariño y á la honra; al que sirvió á sus hermanos, al que dejó la comodidad impura por el peligro creador, al que se puso de raíz de su tierra, y dió á su pueblo el derecho de codearse con los hombres, se le quiere como á cosa de las entrañas, se mima su recuerdo, se le hace hueco en nuestro asiento, se le abre, para que por él se entre, nuestro corazón, se le arropa con el corazón ensangrentado. Se hablaba de Agramonte.

* * *

"Aquel era valor"—decía el hombre de la guerra—"¡y lo que lo queríamos! Verlo no más, con aquellos ojazos y aquellos labios apretados, daban ganas de morir por él: ¡siempre tan limpio! siempre el primero en despertarse y el último en dormirse! A su mujer, ¡cómo la quería aquel hombre! se conocía cuando pensaba en ella, porque era cuando se paseaba muy de prisa, con las manos á la espalda, arriba y abajo! Cuando nos regañaba, no lo hacía nunca delante de los demás; ¡era demasiado hombre para eso! nos llevaba á un rincón de su rancho, ó á un tronco de arbol, allá lejos, y nos echaba un discurso de honor, y como con su manaza tenía él un gesto, al hablar vivo, como quien echa sal, ya decía la gente cuando lo veían así á uno con él:

"¡Hum! ya lo está salando el Mayor!" Así era como le decíamos siempre: el Mayor. ¡Y valiente! El creía que cuando estaba con los rifleros de las Villas y la caballería del Camagüey, no había España!—y no había España!

¿Que si era bueno Ignacio Agramonte? Yo me acuerdo cuando Rafael Hernández, el capitán de los chinos, uno que tenía los ojos azules y la barba colorada, y un día medio cortó á un chino, yo no sé por qué, porque los chinos eran grandes patriotas; no hay caso de que un chino haya traicionado nunca: un chino, aunque lo cojan, no hay peligro: "no sabo", nadie lo saca de su "no sabo". Rafael Hernández se fué á ver á Agramonte, á que le quitara los chinos. La conversación fué allá en un tronco, y la mano del Mayor iba y venía, como si la salazón fuera muy grande, y nosotros, curiosísimos, le preguntamos á Hernández á la vuelta:

—¿Qué tal? ¿Ya te los quitó el Mayor?

—¿Quitar? Si yo sé lo que iba á pasarme, ¡que voy yo á ir! Más nunca vuelvo yo á ir donde ese hombre. He salido que creo que si vuelvo allá, me hago hasta padre de los chinos esos!. . .

En la Academia es donde yo lo conocí más, en Jimaguayú. Él fué el que hizo la Academia, pero como se hacen las cosas, hombre por hombre. Hay que sudar para hacer algo grande. Los hombres siempre se están cayendo, es verdad, pero ven á uño que ande firme, y de la vergüenza todos le siguen andando. Eso sí, hay que tenerles siempre la mano sobre los ojos, porque es medio dormilón el mundo. Y Academia como aquella no se ha visto nunca. Después del relevo de guardia se tocaba corneta de oficiales. Se había hecho una glorieta cubierta con hojas de palma, con la mesa del instructor en el cuadrado del centro, y bancos de cuje por

BIBLIOTECA CENTRAL

todo el rededor. Entraban los oficiales, casi todos desnudos, uno con el sombrero de tapa-rabos, otro con dos cueros de jutía curtidos, un cuero al Norte y el otro por la espalda. O descalzos, ó con zapatos de cuero de vaca. El sombrero de yarey, cada uno se lo había hecho con sus manos, ó era de yuruguana, que es más suave, ó era una gorra de cataure; el cinto para el machete era de majagua ó de cuero de vaca. Dichoso era el que tenía revólver, cuchillo y machete. Y allí se pasaban las dos horas, oyendo el libro. Pero la Academia verdadera era cuando venía el Mayor á la Compañía y nos decía, meneándonos la gente: "Así se hace". Estando en ejercicio, teníamos tanta hambre á veces, que se me han caído desmayados, temblando de hambre.

¿Comer? Pues unas veces se come muy bien y otras se come muy mal; y á mí no me hablen de falta de comida, que con un jefe bueno y un amigo, y el gusto de que se pelea como se debe, el hombre tiene con un chupón de caña dulce, ó con un mango. La verdad es que después de una gran fatiga, ó de una pelea fuerte, ó de una huída por la sabana, no hay como una caña fresca ó un mango bien maduro. El mango es un gran hombre; en tiempo de ellos, nos los comíamos de todos modos: crudos, asados, cocidos, fritos; el verde, asado, y frito el maduro, que sabe á plátano. Asado rico es el de la piña de ratón; una vez le llevó el ranchero á Agramonte uno muy bueno, cuando había en el campamento mucha debilidad; y él se levantó de un tronco de guásima, donde estaba enseñando á Ramón Agüero á leer en ¡hojas de árbol! y vino uno por uno, dándonos á probar. Un figurín le hizo ascos á la piña, y el Mayor le abrió los ojos, como cuando no quería él que le dijesen que no, y le decía: "Pruébelo", con una

voz que era de mando y de piedad. Y el figurín probó, y dijo que la piña era buena. Eso sí, no se podía comer más de cuatro ó cinco sin echar sangre de la lengua. Un día estaba un hombre como ardiendo, con muchos dolores é irritación, de tanta que había comido. "Nunca más vuelvo á comer de esta piña".—"Tú comerás", le dije yo, "tú comerás: esta piña es lo único que se parece á las mujeres". Mesa de lujo era cuando había asado de jutía, y calabaza asada, y palmito natural ó hervido con ají, y boniato con ají guaguao. Y de café, pues "rabo de mono", que era el agua de hoja de naranjo, ó "Cuba-Libre", que era agua de miel. Pero la abeja ha de ser de la tierra, y no de colmena española, porque la de España tiene ponzoña. Es bullanguera como los cubanos, pero sin mal, y muy prudente. La española, cuando pica, muere, y se le van las tripas con la ponzoña.

¿Cartuchos? Se ingenia uno. El ingenio viene con la necesidad. Vea á Guerra el venezolano, cuando vino con la gente de las Villas, de vuelta de Camagüey. No tenían cartuchos. La gente encontró un diccionario viejo en un rancho abandonado. Ya tenían pólvora: ya tenían un diccionario; faltaba la goma para pegar el papel: faltaba la bala. La goma era fácil: la leche de jagüey, que la cojen en güiros, á machetazos; sólo que el jagüey, para que no se enoje, hay que darle con suavidad; y esa goma no la quita ni el diablo.

¿Las balas? Pues se desuellan las casas viejas, se les sacan los balaustres, y ya están todos los menesterés. Al acampar por la noche, á las once, después de marchar todo el día, se juntaban los oficiales, cerca del pabellón del jefe, debajo de un árbol, con el güiro á un lado. El del diccionario era hombre de gran confianza; el papel puede mucho en las guerras, por más que

BIBLIOTECA CENTRAL

digan; aparecía con su tesoro: iba dando, como pan bendito, una hoja, que cada oficial partía en cuatro, para cuatro cartuchos; había dos cortafríos y una mandarria, que servía de yunque. Unos pegaban los cartuchos, otros cortaban en pedazos los clavos y los balaustres, con cada un pico del demonio. Los españoles nos decían luego al pelear:—"Bárbaros, no tiréis con balaustres de ventana!" Es lo más simple hacer cartuchos.

* * *

A este punto de la conversación, estaba ya la tarde muy al caer, pero había en el cuarto una claridad como de día. No se habló más del pasado, sino del presente. Lo que fué es la raíz de lo que será. Allí estaba Hidalgo, á quien le colgaron de un garfio la cabeza: ¡pero México es libre! Allí estaba Páez, á quien tenían preso una vez: y de un arrebato salió de la prisión, aterró y amarró á la guardia, y vino á libertar á sus compañeros! Allí estaba San Martín, que aprendió á soldado bajo España ¡y luego armó á sus cuyanos, que eran gente infeliz, y con ellos echó á España de América!

PABLO INSUA

Patria, Diciembre 5 de 1893

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

PABLO INSUA

Sería injusticia suma y suma ingratitud, al hablar de los gallegos en Cuba, no poner una flor de las que no se secan sobre la sepultura cubierta de nieve de Pablo Insua. El fué el héroe modesto y eficaz de la tentativa de los cubanos por la independencia, después del Zanjón; el héroe en New York. Quien no conozca la larga lucha de Galicia por sus derechos ofendidos, la emigración voluntaria de sus mejores hijos en busca de justicia y dignidad, la levadura sorda y creciente de emancipación del terruño arruinado en torno al pazo feudal, el partido formal de independencia creado en Galicia con lo mejor del país, hubiera extrañado aquella pasión de hijo, aquella abundancia de la bolsa, aquella república viva y ardiente con que defendía Pablo Insua la libertad cubana. Todavía al pie de su cadáver hubo quien, con poco conocimiento del mundo, dudó de la sinceridad de aquel magnífico gallego. Y hoy, el que dudó, le pone la flor sobre su tumba.

De cuerpo era pequeño, combo y cargado de canas. En su hablar había pena, como la de quien lleva en sí la de los demás, y cultura, y decisión. Dos clubs eran por entonces los más activos en New York, y los dos eran de obreros suyos, porque aquel gallego no daba obra en su casa sino á quien pagaba el diezmo de ella á la Independencia de Cuba. Pero el dinero era lo de menos; lo que de hermoso había alrededor de él era la mesa de los obreros todos, cuando co-

mían con Insua á la cabecera, y él, sirviéndoles y regañándoles, contaba sus penas de hombre que no ha podido vivir en su patria con decoro, y encendía el corazón á los que lo tenían dormido. Con la una mano pasaba el tasajo y con la otra el sermón.

Su casa era la de los clubs, y toda ella era sesión permanente. Ya escogiesen el tabaco, ya lo picasen, ya lo aromaran y mezclasen, él andaba, de máquinas á cajones, leyéndoles el papel del día, ó el discurso último, ó la conferencia cuya impresión costosa había pagado él solo. Y tenía empeñado, en cuanto la fábrica le produjese, todo lo que excediera de los gastos de su mantenimiento, para el tesoro de la Revolución. No había que pedirle el dinero á aquel gallego; había que rechazárselo. Tal parecía que estaba haciendo penitencia, y que quería, á fuerza de abnegación, hacerse perdonar alguna culpa,—la culpa de vivir mientras los hombres son esclavos.

Su muerte fué muy bella. Estaba en guerra Cuba, que no vió en la tentativa nueva la unidad y empuje necesarios á la confianza, y había quedado sin jefe una casa de mujeres y de niños, una casa en que había un recién nacido. Era mucha la nieve, aquel día primero de mes, cuando el gallego Pablo Insua, el anciano enfermo y fatigoso, iba, sin que nadie lo supiese, á llevar el sustento á aquella casa cubana. La nieve era mucha. Salió apresurado de la casa en que lo bendecían, sin dar tiempo á las gracias, ni á una taza de te. Cruzó la calle helada, con la mano al corazón. Subió muy de prisa, como huyendo de su generosidad, las escaleras del ferrocarril. Y cayó muerto.

EUSEBIO GUITERAS

Patria, Diciembre 28 de 1993

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

EUSEBIO GUITERAS

En su casa de patriarca humilde, al pie de la iglesia adonde iba á buscar de continuo, con la fe de la imaginación, el consuelo y reposo que escasean en la vida, ha muerto, lejos de su patria, el matancero amado, el maestro Eusebio Guiteras. En sus libros hemos aprendido los cubanos á leer; la misma página serena de ellos, y su letra esparcida, era como una muestra de su alma ordenada y límpida; sus versos sencillos, de nuestros pájaros y de nuestras flores, y sus cuentos sanos, de la casa y la niñez criollas, fueron, para mucho hijo de Cuba, la primera literatura y fantasía. En Cuba tenía él perpetuamente el pensamiento, siempre triste; y había algo de amoroso en sus modales, un tanto altivos en la mansedumbre, cuando recordaba los tiempos prósperos del colegio de la Empresa, donde él ayudó á criar tan buena juventud, ó se evocaba á los Suzartes y Peolis y Mendives, que fueron tan amigos suyos, ó decía él de la amistad piadosa de Raimundo Cabrera y de Gabriel Millet, que con la visita y los regalos criollos pusieron en su vejez un rayo de sol, ó con la mano apagada iba volviendo las hojas de aquel álbum de autógrafos que guarda escondidas páginas de Plácido y de Milanés, y cartas y firmas de lo más honrado y fundador de Cuba. Ah! ¡qué culpa tan grande es la de no amar y mimar á nuestros ancianos!

Patria fué á ver á Eusebio Guiteras, hace pocos meses. Y era él, aún, el maestro de la leyen-

da, con algo de eslavo en el arrogante cuerpo, las canas de la barba y el cabello realzando el rostro hermoso, el traje austero y fino, y por corbata la cinta de seda negra, y de calzado los zapatos bajos. Un Cristo en la pared desnuda era en el cuarto lo que más se veía, y la Virgen de Guido. En la mesa, de caoba bruñida, todo estaba como para empezar á trabajar, sin papel holgante ni libro vagabundo, y á la derecha de la cartera esperaba una vieja crónica de México la mano penosa del fiel traductor; trabajaba, en silencio, hasta los últimos días de su vida. En la severa sala, junto á su cuarto de escribir, los dos grabados, y muy buenos, de la chimenea, eran de Quintana el uno y el otro de Las Casas. Pero lo que como su joya enseñó él, y con las manos trémulas levantó hasta la luz, para que se le viera mejor, fué una paleta en que estaba pintado un paisaje de Cuba: un paisaje que le envió de regalo Raimundo Cabrera. ¡Oh, qué bien hace el que consuela á los ancianos!

Ya ha caído, como una ánfora de plata en que se extingue el perfume. Se durmió, con las dos manos al pecho. Una familia ilustre, de hombres capaces y buenos, de mujeres fieles y cultas, llora en la casa vacía. Ya no irá por las mañanas Eusebio Guiteras, como dicen que iba, á ver á la luz del sol el paisaje cubano. Ya, al alzar la cortina, blanca siempre, no verá las enredaderas de su portal, ni las hojas de otoño, ni la nieve. Su pueblo le debió luz y virtud, y lo tiene en el corazón, donde no se sientan los cansados ni los hombres de odio, donde se sientan los padres. ¡Feliz quien, antes de que se cerrasen aquellos nobles ojos, pudo ver brillar en ellos una vez más la luz de Cuba, y reanimó, con el agradecimiento de la patria, el corazón desterrado del anciano!

AZCARATE

Patria, Julio de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

NICOLAS AZCARATE

Nicolás Azcárate ha muerto. Ha muerto el amigo, el periodista, el organizador, el orador. Expira, en la silla estrecha de un empleo español, el cubano cuya nativa majestad vino á parecer como apocada y oscura, por el vano empeño de acomodar su carácter, pródigo y rebelde, á una nación rapaz, despótica y traicionera. Vive infeliz, y como fuera de sí, el hombre que no obedece plenamente el mandato de su naturaleza, ni emplea íntegra, sin miedo y sin demora, la suma de energía y entendimiento de que es depositario. Son nulas, y deshonrosas á veces, las capacidades del hombre, cuando no las usa en servicio del pueblo que se las caldea y alimenta. Ni dañinas ni nulas fueron las de Azcárate, que con el fuego del corazón, fuente única de la grandeza, lavó cuanto error, sincero ú obligatorio, pudo nacer del desacuerdo entre su concepto teórico y tímido de la vida cubana, y la nacionalidad de Cuba, suficiente y briosa, y en los comienzos fea y revuelta, como las entrañas y las raíces. Lágrimas ásperas lloró Azcárate en vida, muy á solas, y quien las vió correr, y sabe que su pasión por la libertad nunca fué menos que la que tuvo por las pompas del mundo, ni encubrirá con falsía inútil las deficiencias del cubano indeciso, ni le negará la rosa de oro que la patria debe poner sobre su sepultura.

De lo saliente de su vida, no hay cubano que no sepa: de sus brillantes estudios, de sus alti-

vas defensas, de su indignado y magnífico abolicionismo, de su confianza y laboriosidad inútiles en la Junta de Información en Madrid, de sus servicios grandes y burlados—en bolsa é inteligencia é influjo—á la democracia española, de la misión de España, que paró en la muerte alevosa de Juan Clemente Zenea; de su censurable vuelta á Cuba, durante los años sagrados de la revolución, por la mar misma que se rompe contra la fortaleza donde le asesinaron al amigo; del destierro con que España ingrata recordó al incauto cubano que jamás se amó bajo ella impunemente en América la libertad, de su trabajo fecundo de periodista y de letrado en México, del calor é indulgencia con que á su vuelta á la Habana congregó á todo el pensamiento del país en el Liceo de Guanabacoa, sofocado á poco en sus manos por la Capitanía General; del cariño literario y continua nobleza de sus años últimos, que vinieron á ser en lo político, por soberbia postrera y dolorosa, como el tibio aunque leal acomodo del remate de su existencia al error que se la había consumido y estancado.

El genio no puede salvarse en la tierra si no asciende á la dicha suprema de la humildad. La personalidad individual sólo es gloriosa y útil á su poseedor cuando se acomoda á la persona pública. El hombre, como hombre patrio, sólo lo es en la suma de esperanza ó de justicia que representa. Cuando la patria aspira, sólo es posible aspirar para ella. Los hombres secundarios, que son aquellos en quienes el apetito del bienestar ahoga los gritos del corazón del mundo y las demandas mismas de la conciencia, pueden vivir alegres, como vasos de fango repintado, en medio de la deshonra y la vergüenza humanas. Los hombres que vienen á la vida con la semilla de lo porvenir y luz para el camino, sólo vivirán dichosos en cuanto obedezcan á la actividad y abnegación que de fuerza fatal

é incontrastable traen en sí. El hombre debe realizar su naturaleza. Debe el hombre reducirse á lo que su pueblo, ó el mayor pueblo de la humanidad, requiera de él, aunque para este servicio sumo, por la crudez de los menesterosos, sacrifique al arte difícil de componer para la dicha social los elementos burdos de su época, el arte, en verdad ínfimo, de sacar á pujo la brillantez de la persona, ya esmerilando la idea esquisita, que viene mareada del universo viejo, ya levantando, á fuerza de convulsiones inmorales, una vulgar fortuna. Ni de vanidad ni de egoísmo fué culpable Azcárate, sino de aquella ceguera que suele ir con la mucha individualidad, por donde el hombre, de puro mirar en sí y sentirse hervir la sangre, no ve afuera cuanto puede, ni entiende que sea su tiempo diverso de como se ve él, que es para sí la realidad suprema. Aquel estudiante humilde, que por su mérito y bravura entraba de señor en lo más altanero de la sociedad vencida; aquel abogado hercúleo, que de una tronada de la voz ponía á firmarle la sentencia justa á los jueces simoniacos, ó echaba á la madre negra en brazos del hijo á quien la querían arrebatar; aquel habanero satisfecho, que del tocador de la esposa acaudalada salía á dar libertad, en su bufete de losas de mármol, á cientos de esclavos; aquel ingenuo triunfador, á quien una burla ruda había de castigarle en su primera tentativa pública la fe excesiva en su persona, no vió como natural en su pueblo, á la hora de la rebelión, lo que para él no lo era; ni supo salirse de sí y ponerse en los demás, que es el don esencial y el deber continuo de los hombres patrios. Y en el aturdimiento de aquel golpe ha vivido Azcárate y murió. Aquel hijo favorecido de la naturaleza, de armazón robusta, de energía elocuente, de natural feliz y pomposo, cayó, en cuanto á su pueblo, en el error de creer que la política, que es el

BIBLIOTECA CENTRAL

modo de conducir en la concordia de la justicia para el bienestar total, los elementos diversos, estaba—en un país de yerros seculares y hábitos de perezoso señorío—en la lucha literaria y superficial de los elementos privilegiados de la población. De este sueño se despierta en el destierro imprevisto, en la guerra desordenada, ó en el cadalso. Al reaparecer en Cuba el problema, halla á Azcárate muerto.

Noble era Azcárate siempre, bien bajase de su coche, como *Patria* lo recuerda, con los brazos abiertos, á traerle á un poeta amigo, antes de la revolución, el empleo con que podía abrir casa de esposo,—bien, en su casa madrileña, recibiese como á dueños á los prohombres de la democracia, que negaron luego un puesto de diputado al criollo de quien aceptaron en la necesidad el bolsillo del socorro y el lujo de la mesa,—bien, cuando, feliz con el mérito de los demás, lo llevaba de la mano al beneficio y á la gloria. Pero mejor que nunca se le pudo ver en la soledad del destierro, que es la ocasión en que enseña el hombre el valer propio, cuando se le van, con el suelo nativo, los puntales y las andaderas. Allá en lo pobre vivía del hotel que fué en otro tiempo casa de reyes, de planes vastos y prematuros le rebosaba la imaginación; le chispearon los ojos alguna vez, como de quien piensa en guerra, cuando á su alrededor se buscó modo de llevar ayuda á la República; de su pena profunda, que le reducía á veces las carnes en horas, hallaba consuelo en el trabajo asiduo y generoso. De mañana atendía á un bufete de abogado; de tarde escribía, de los cables á la crónica, un periódico diario y la noche lo hallaba preparando la labor del día siguiente, ó en el teatro, por palcos y pasillos, defendiendo el drama romántico y caballeresco. Para los magnates no era su celebración más calurosa que para los humildes, y un poeta desdeñado ó un niño infeliz estaban más seguros de su aplauso que presidentes y jueces. El mundo, para Azcárate, era belleza é idea, y pensamiento más que hecho, por lo que de las libertades entendía mejor lo escrito que lo que se vive, y en el arte era amigo de lo que debe ser, y hostil á cuanto no fuese de belleza pura, que era para él lo único verdadero. Su lectura, casual aunque continua, y más varia que ordenada, fué la de apariencias, que rigió durante el último medio siglo, en que se han dado por definitivas las formas de la libertad que aun no lo son, y confundido los derechos invencibles con los ensayos ineficaces de su administración, que los exasperan ó los merman. De España, que es toda reflejo, salvo algún Pí ó alguna Arenal, tomo él primero, por la lealtad á la lengua, y luego por el encanto de Madrid, su literatura favorita, lo que hubiera podido acortar su gusto y cerrarle el criterio, á no tener él aquella cordialidad magna, y como hambrienta, que á bufidos, y no menos, echaba de sí toda fealdad y odio, y defendía, con brío de lance personal, cuanta idea le parecía alta y donosa. Era de ver luchar, en los instantes primeros, su silencio urbano, al oir lo que pecase contra su arte y letras, con la fogosa pasión que sentía él por el romance y la hermosura; y su palabra, desbordada al fin, caía, como azotaina de gigante, sobre la tesis enemiga. Su frase no era peinada y aguda, sino de las de monte y mar; y sólo en los últimos años pudo parecer floja y penosa, cuando el estudio nuevo y la poesía sutil le tenían como enajenados, en cuanto á letras, los oyentes que siempre retuvo con el poder de su entusiasmo, —y cuando la toga de consejero escondía mal un corazón sin fe en la obra inútil de su vida. Pero tuvo Azcárate muy pocos pares en el número, sinceridad y soberanía de la elocuencia. Lo poseía el discurso, en los días grandes, y se miraba con unción celosa. Se le veía, en el hervor del pe-

cho, ir y venir la elocuencia fuerte; y se iba solo, con los ojos crecidos á algún espacio vasto; á la tribuna subía seguro, á paso de senador, y la tempestad le centelleaba en el rostro, agresiva é imperante la mirada, hosca la nariz, deshecho el bigote ralo, hinchado el cuello; al pie de él, se oía como cuando se va acercando la ola. Y rompía á hablar. Su oratoria, sin embargo, era inferior al gozo que sentía en publicar el mérito ajeno y en consolar, á costa de sí propio, á los solos y á los desdichados.—Ha muerto el orador, el organizador, el periodista, el amigo.

Por su natural optimista, por su entrada triunfante en la existencia, por su sincero horror á la guerra entre los que tenía por padres é hijos, y por su fe ciega y tenaz en el poder decisivo de su persona, creyó Azcárate de poca raiz la pelea de España y Cuba, ó sin tanta que no la pudiese él, al cabo, reducir. Con patente error tenía por cierto que España, que perdió su sentido y rango en el mundo moderno de su continente, á pesar del roce de los siglos y de la semejanza de interés, puede mantenerse, con utilidad de sus colonias superiores y del universo creciente y laborioso, en el mundo moderno americano. Con aquella singular arrogancia que casi siempre acompaña y frecuentemente pierde, á las personalidades vigorosas, creía ver en sí propio, como cubano que era, la pintura fiel de Cuba, y tenía por aberración y nulidad cuanto de su patria fuera diverso de lo que veía en sí. Cayó en barbecho la revolución, por causas transitorias y de resultas sanas, que la crítica ligera pudo tener por definitivas y mortales; y el abogado terco de la unión de España y Cuba vió con triste sorpresa cómo su tierra, que oía con calma aparente de otros labios la defensa de esta liga irracional, la repelía en él, su víctima y su apóstol. En las letras halló consuelo y empleo á su actividad voraz aquel espíritu constructor; y los años no dejarán morir—á pesar de su equivocado silencio y luctuosa intervención en la época sagrada de su patria—la memoria del cubano pujante cuya culpa mayor fué acaso la de haber malogrado su natural grandeza en el empeño vano é imposible, con su alma de pobre y de rebelde, de brillar por las pompas del mundo, en una sociedad vejada y despótica.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

EL LIBRO NUEVO DE JOSE MIGUEL MACIAS

Patria, Septiembre 8 de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

EL LIBRO NUEVO DE JOSE MIGUEL MACIAS

Con alegría verdadera y agradecimiento al caballeroso editor, ve *Patria,* en el número de estreno de "Los Domingos del *Diario Comercial,*" de Veracruz, las primeras páginas del libro nuevo del filólogo cubano José Miguel Macías. Llámase el libro *Erratas de la Fe de Erratas de Don Antonio Valbuena;* y ya luce desde el prólogo su erudición de raíz, su estilo inquieto y familiar y su crítica franca y generosa, el autor triunfante del *Diccionario Cubano de las Raíces Griegas y Latinas,* que es á derechas todo lo que queda del latín viable, y del *Tratado de Desinencias,* que es obra de ahorro y expresión, donde se fija y acentúa el valor de nuestras palabras. De oquedad y follaje padece el castellano, y no hay como la etimología para ponerlo donde están, por su precisión y utilidad, el inglés y el francés. Tal como anda, el castellano es lengua fofa y túmida; y cuando se le quiere hacer pensar, sale áspero y confuso, y como odre resquebrajada por la fuerza del vino. José Miguel Macías es de los que le conocen á la lengua los manantiales; y del mucho saber y suponer que todos saben tanto como él, suele parecer lo suyo intrincado en lo que es transparente, y difuso de pura energía, porque es su ciencia terca y rapante, que no deja el asunto hasta que está en el mero hueso, y con él desnudo golpea en las puertas del enemigo acorralado,—á reserva de darle á comer su propio corazón, y ponerle cubierto de honor en su mesa, como hace con el

picafaltas de Valbuena, que es de los que le tiene mal á un monte que críe en una hendija un verso cojo; y tachará á la nube azul porque lleva, en una gota de agua, una diéresis en vez de una coma. Por "sus estupendos disparates" cae encima á Valbuena el Vicerector del Colegio de Veracruz; pero de buen grado le reconoce, por aquí ó por allá, "gran pericia, modo magistral y envidiable criterio". Y á vueltas con los traviesos localismos veracruzanos, que de lejos ponen cierta oscuridad en los análisis del filólogo, da Macías sobre Miguel de Escalada como el que sabe sobre quien sabe menos, y pone de ligero y segundón, en res etimológica, al alevoso y colérico autor de los *Ripios Ultramarinos*.

Era en Veracruz, hará como un mes, y en una noche que *Patria* no puede olvidar. Los españoles habían sido corteses y los cubanos admirables. Se había hablado poco y hecho cuanto se tenía que hacer, porque sólo la gente nula y ruin pierde el tiempo en lengua, y entre los hombres reales las cosas quedan hechas á las pocas palabras. A las siete llegó un viajero ansioso, y ya á la madrugada, lleno de orgullo el corazón cubano, iba á leer, como descanso del alma contenta, los libros del patriarca de la casa, de José Miguel Macías. El cuarto era vasto, lleno de imágenes piadosas, y junto á la cama señorial estaba el velador lleno de libros.—"¿Y va usted á leer esas vejeces? Si me va á leer, venga á oirme algo nuevo".—Y aquel anciano de ojos vivaces y paso juvenil, aquel septuagenario que con corazón de mozo había preparado en un día activo al viajero una noche de obra útil y júbilo profundo, aquel maestro, cargado con la faena de tres generaciones y la labor de aquella noche elocuente y asidua, avivó la luz, en el noble comedor de aquella casa de trabajo y honradez, donde la esposa ha sido leal y los hijos amantes y laboriosos, y hasta que salió el

sol leyó sus *Erratas de la Fe de Erratas* el batallador Macías. Como pelea de veras fué aquella lectura: él desgrana su análisis, que se ve entonces claro y felicísimo, y lo comenta con la voz, y le clava el resumen al enemigo en el testuz, y remata el argumento con la pasión de la verdad. En su etimología no entran ladrones. La fantasía suele entrar, pero como ayuda y chiste, y porque toda ciencia empieza en la imaginación, y no hay sabio sin el arte de imaginar, que es el de adivinar y componer, y la verdadera y única poesía. La lámpara se debilitaba; pero no la voz del laureado anciano, cuando defendía de una nimiedad del Valbuena á caballero literario tan pulcro y cuidadoso como José Roa Bárcena, que es por cierto amigo de España y academias, á quien el de Lavapiés tiene en menos porque emplea la ancianidad honrada de tenedor de libros, y á poeta tan elegante y de tan universal sentido de belleza como Manuel Gutiérrez Nájera. En verdad que se sentían, junto á aquel anciano trabajador, cariños de hijo. ¡Cuba así, como sus naturales, vive oscura, ó á medio vivir, cuando sólo necesita de la libertad para poner en la labor y la luz el mérito errante de sus hijos! Pero Macías, al menos, vive, erguido y amado, en un pueblo de hermanos.

Otra belleza tiene este libro de Macías que no es para callada; y es que se lo edita José Pérez Pascual, español de nacimiento y tan amigo de la justicia, que no entiende que el haber nacido en Cuba excuse al hombre de la obligación de amarla. Pérez Pascual le ve á Macías el corazón sin saña, le oye el discurso revolucionario, jamás le oye palabra baja y vil contra el español de nacimiento. Y le abre su casa, y con sus más nobles tipos le imprime en "Los Domingos del *Diario Comercial*" su libro nuevo,—como nosotros abriremos mañana nuestra patria libre

á los españoles de buena voluntad, nuestros padres y nuestros hermanos. El odio canijo ladra y no obra. Sólo el amor construye. Hiere y saca sangre á los hombres, para amasar con ella los cimientos de su felicidad. Será justa la América hermosa.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

EL ENTIERRO DE FRANCISCO SANCHEZ BETANCOURT

Patria, 15 de Septiembre de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL
S.A.N.E.

CRONICA DEL ENTIERRO

Sublime día hubo en Cuba á los albores mismos de la guerra, como cuando sobre la serranía negruzca empieza á aclarar el cielo azul. Cinco cubanos, nacidos en el regalo infame que daba al amo el trabajo de sus siervos, abrieron, trémulos de gozo, las puertas de la vida á la raza que desde la niñez vieron encorvada sobre el cañaveral, ó colgando, en las ansias del suicidio, de las seibas del bosque. Los cinco de la Asamblea del Camagüey, que declaró el veintiseis de Febrero del sesenta y nueve abolida la esclavitud en Cuba, eran el Marqués de Santa Lucía, los dos Agramonte, (Ignacio y Eduardo), Antonio Zambrana y Francisco Sánchez Betancourt, el hombre que salió tísico á la guerra, tísico, á rastras, en el hueso, moribundo. De su silla de enfermo fué penoso á la mesa de la junta aquel hombre enjuto, que por lo negro de la barba ganó el apodo de "el Cao", de tez tostada como nuestro maíz, con la frente vasta del entusiasmo y los pómulos recios de la voluntad, y la mirada melancólica y honda que conoce y cura las infamias del mundo; y con la mano lúcida de los que van á morir, firmó el decreto de emancipación de sus semejantes. Vivió toda la guerra, por la extraña salud que da el honor, y la energía del campo libre, y el afán de hacer bien. Ahora aquella mano yace inmóvil, como jurando aún, bajo el féretro cubierto de las coronas de Cuba agradecida, de su Camagüey incorrupto y reverente. *Patria* labra en su corazón, con

las manos dolorosas, una flor de hijo, y la pone sobre el cadáver de aquel hombre amado. Se aborrece á los viles, y se ama, con las entrañas todas, á los hombres pudorosos y bravos.

Hay hombres de luz nula, que pasan por la tierra quemando y brillando, como el bólido roto que cae desde el cielo, parecido á las almas que descienden de su propia virtud, y silban y chispean, á modo de serpiente agonizante; y hay otros de luz continua y tenue, que esplenden, como las estrellas leales, en la noche pavorosa. Cuando se vive en villanía, no hay más que un pensamiento honrado, que ha de morder el corazón hasta que estalle y triunfe, y de quemarlo como una llaga, y de despertarlo en el reposo inmerecido:—y es el de echar la villanía abajo. En la deshonra, en la usurpación insolente del suelo en que se nació y del espacio en que pudieran abrir las alas nuestras facultades, en el comercio, hediondo como el pus, con la ralea que roba á nuestra tierra los frutos de su suelo y el decoro de sus hijos, y los corrompe y empobrece, sólo una especie de hombres puede vivir sin la perenne idea de mudarle el aire al cielo impuro: los hombres deshonrados. Destiérreseles del trato y húyaseles como á la peste. Hombres hay para el pesebre, que viven de estrujar y de engullir; hombres de corral, á la verdad, que en el cieno están bien, que es blando y engorda. Pero Francisco Sánchez, en el sillón de su vejez, tendía al morir las manos, y veía afuera, por la ventana de la casa en que nació, aguardando á que, antes de caer en esta vida, le besase los ojos la claridad de redención que de seguro acariciará algún día su sepultura.

Por el desinterés son bellos los hombres; y feos, y aun abominables, por el interés excesivo, que de la legítima prudencia sacan excusa para la inactividad y la avaricia. Como con bubas en el rostro y jorobas en la espalda, andan por

el mundo los que en las penas de él, y á la hora en que trabajan por remediarlas los corazones poderosos, pasan de prisa y como escondidos por donde el deber labra y padece, para que el deber no les sienta el paso egoista y no les pida una migaja de su pan. Mañana, cuando el esfuerzo haya triunfado, como Washington hambriento triunfó solo de Cornwallis, como Bolívar deshecho triunfó sobre Monteverde, como Juárez arrinconado triunfó luego sobre Maximiliano, la patria amorosa pondrá de una parte á los que la tomaron de la mano en su agonía y alargaron el agua á su sed, y dirá: "Estos!"; é inflexible, y con mirada que será como un látigo cosido á la carne, se volverá á los que la desampararon, so capa de desencanto ó de duda, y dirá: "Esos!". Hay diferentes modos de dormir en la soledad de las tumbas; y en el orden largo y encadenado de la naturaleza, en que un árbol ó una peña duran siglos, no puede en una sola vida acabarse el hombre que les es superior; ni el que vió en calma y sin amor la desdicha de sus semejantes y el anhelo de las almas briosas por su redención, podrá, aunque se lleve al ataúd la leontina de oro, hombrearse con los que depusieron su interés para aumentar la libertad humana, ó robustecieron el brazo dispuesto al sacrificio. La lisonja inútil del mundo acaba tal vez en la tumba. ¡No hay cuenta que no se pague en la naturaleza armoniosa y lógica; y para no llevar como una cadena al pie el deber desatendido, cúmplase el deber, por la ventaja mundana y moral que hay en cumplirlo, y llévesele como título y como ala. La generosidad da buen dividendo!

Francisco Sánchez Betancourt todo lo dió: él tenía casa rica, y se fué de ella á la pelea y á la desnudez; él tenía mujer leal é hijos que le eran como una piña de corazones, y á pelear se los llevó, y les vió sin temblar los piés ensan-

grentados y descalzos; él era prohombre en su comarca, caballero de volanta y caballo, amo de bestias y de gentes, muy saludado por jueces y gobernadores, y prefirió preparar la revolución, con peligro continuo de la vida, acabar en la pelea, con responsabilidad de cabecera, la existencia que al irse extinguiendo busca el postrer calor de la esposa y de las criaturas, y guiar á su comarca en la hora viril de despojarse de la riqueza injusta, y batallar con su país, y caer con él en la derrota y la miseria. Sus puestos no importan aquí, que en nuestra república fueron los más altos, sino aquel tesón que no se le cayó nunca del alma, ni cuando veía correr por el Máximo la sangre de su Cámagüey querido, y velarse, como de una oscuridad mayor que la de la tierra, los palmares del Tínima serenos, y humear las ruinas del opulento valle, desde la cumbre justiciera de los Caciques, ni cuando, vuelto de su viaje de desolación á la nieve yankee, retornó, como llamado por las raíces, á la tierra sacra donde, como en su corazón, jamás, por sobre tibiezas transitorias y mínimas, han renunciado los hombres á ganar con su sangre el color de la honra para sus mejillas y el seguro de la independencia para su bienestar.

Jamás. Allí los hombres canosos y barbados rompen á llorar, ó palidecen, si oyen la duda leve de que, á la hora del esfuerzo, se les acobarda el brazo. Allí el patriotismo joven, calentado en el amor al hombre egregio que trocó al fin en mansedumbre su nativa arrogancia, lleva el celo de la libertad hasta la indignación que, ante las filas enemigas, unirá á la santa mocedad y á la despaciosa timidez en el fuego de un durable abrazo, y se mudará en amor y orgullo por las mismas almas valerosas que en un instante de olvido ó de fatiga se anublaron con la culpa. Allí desamarían de seguro la guerra pueril y aventurera, que ha de mirar el cubano prudente

como enemiga mayor de la libertad y sustituto peor que los mismos excesos de la servidumbre; y montarán á caballo, como invencible caballería, las barbas y los bozos impacientes, y húmedos de llanto, que rodeaban en las guardias de vela el cadáver del anciano fiel, muerto tal vez con la suprema dicha de ver resucitar, en el ímpetu y el orden que le anuncian el triunfo, la pelea necesaria y virtuosa, para vivir al fin como dueños seguros de la tierra feraz en que nacimos.

Ah! una tristeza nos queda: Camagüey entero, con imponente honradez, se agolpó al paso del "patriota Francisco Sánchez", de aquel "que en su corazón tuvo por culto el amor á Cuba", del que "en su nombre llevará siempre nuestra historia". Ante la santa muerte se apretaron, con una sola voz, como augurio de aquellos días que arrastrarán á la grandeza los reparos perezosos, los que ayer se probaron el honor, y lo hallaron bueno para toda la vida, y los mismos que con su tarda decisión no alcanzan á encubrir el pudor ofendido que se desbordará al cabo de las almas. Aquellos de otra zona,—crespos y atezados, en un continente que renace, por la hoguera del sol,—aquellos que él con sus manos levantó á la libertad y al gozo de la vida, seguían, balbuceando conmovidos la bendición, al que en el barro de la esclavitud les encendió la chispa de hombre. La juventud camagüeyana iba, descubierta, detrás del "patriotismo constante". Con rosas del jardín que lo vió nacer la tejieron una corona para su sepulcro, rosas calladas, como lágrimas de sangre. Y el anciano que fué leal al honor y no apagó nunca la verdad de su pueblo, salió de la casa en hombros de sus hijos.—Nuestro hombro faltó allí; pero en su tumba no faltará nuestra rodilla.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

EN CASA

SALVADOR CISNEROS

Patria, Octubre 2 de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

EN CASA

SALVADOR CISNEROS

No había en las visitas cubanas, que eran ya su único mundo, caballero más cortés, ni de recuerdos más plácidos y melancólicos. En los álbums de las muchas casas de su amistad, era su ofrenda la más fina y florida, y de su Camagüey, de señorío trabajador, fué siempre la imagen con que loaba el hogar y la niñez. De maestro pasó por el mundo y no cayó en pedante. Llevó cana la cabeza por muchos años, pero nunca baja; defendió una vez la libertad en Cuba, y jamás volvió á vivir en esclavitud, ni á ver en ella á los demás con indiferencia, ó con rabiosa envidia, que viene de apetecer secretamente con el deseo el oprobio que en alto se condena por el puntillo de la fama. Aun viven, aun habrán renovado la promesa al borde de su fosa—porque no basta vivir en el destierro para curarle á la patria la desventura—los que con él, en tiempo de hombres, conspiraron al lado de Gaspar Betancourt. Ellos dieron con el remedio de la deshonra de todos, que ha sido siempre el sacrificio de algunos. Creyó en aquella primera masonería de Cuba, de hijos del muérdago inmortal, jurados á extinguir la servidumbre, ajena ó propia, de la faz—y de las entrañas—de la tierra; que importa poco que las cosas se quiten de la faz, si siguen en las entrañas. Fué de los que, cuando nacían de las africanas los hijos esclavos, jamás se reunían á hablar de

su libertad sin sacar libre á un hijo; que es la nobleza criolla por donde será Cuba más feliz, y vivirá en más paz, que el Norte egoísta é injusto. A España lo desterraron, que es útil camino, para aprender de raíz cómo no hay nada que esperar de allá; que no cabe un pueblo nuevo de América en una capa de cesante, ni en un bonete grasoso y verduzco, ni en el coche de Rosa la torera, ni en la chistera de un parisiense de peluche, ni en la vaina de un sable. Y en el destierro de New York, después de la dignidad de su alzamiento, vivió Salvador Cisneros conforme á ella y orgullo de ella. Tenía al morir ochenta y cuatro años.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CIRILO VILLAVERDE

Patria Octubre 30 de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CIRILO VILLAVERDE

De su vida larga y tenaz de patriota entero y escritor útil, ha entrado en la muerte, que para él ha de ser el premio merecido, el anciano que dió á Cuba su sangre, nunca arrepentida, y una inolvidable novela. Otros hablen de aquellas pulidas obras suyas, de idea siempre limpia y viril, donde lucía el castellano como un río nuestro sosegado y puro, con centelleos de luz tranquila, de entre el ramaje de los árboles, y la mansa corriente recargada de flores frescas y de frutas gustosas. Otros digan cómo aprovechó, para bien de su país, el don de imaginar, ó compuso sus novelas sociales en lengua literaria, antes de que de retazos de Rinconete ó de copias de Francia é Inglaterra diesen con el arte nuevo los narradores españoles. Ni cuando el amable Delmonte saludaba en él, con aquel cultivo de mérito por donde es la crítica más útil que por la agria censura, "al primer novelista de los cubanos"; ni cuando en el silencio del destierro, con aquella rara mente que tiene de la miopía la menudez sin la ceguera, compuso, al correr de sus recuerdos de criollo indignado, los últimos capítulos de su triste y deleitosa "Cecilia"; ni cuando, á la sombra de los nobles lienzos de Canos ó Murillos que le quedaron de la antigua fortuna, leía, con orgullo de criollo fiel, los elogios vehementes de América, ó de alguno de España, de ignorancia infeliz; ni cuando en las oscuras mañanas de invierno iba puntual, muy hundido ya el cuerpo, á su servidumbre de

trabajador, allá en la mesa penosa de *El Espejo*, se vió á Cirilo Villaverde tan meritorio y fogoso y digno de verdadera admiración, como una noche de New York, de mortal frío, en que, recién vencida, en un ensayo descompuesto, la idea de la independencia de su patria, con sus manos de setenta años recibía afanoso, en la puerta de un triste salón, á los hombres enteros, capaces de lealtad en la desdicha, que á su voz iban á buscar manera de reanudar la lucha inmortal que en los yerros inevitables y útiles aprende lo que ha de contar ó de descontar, para poner al fin, sobre la colonia que ciega á los hombres y los pudre, la república que los desata y los levanta. ¡Y qué manso contraste el de la blandura de sus gestos con el azote y rebeldía de su palabra! "¿A qué perder tiempo? ¿A qué creer que el lobo le ponga mesa á la oveja, y se salga del festín, y se quede con hambre á la puerta, mientras la oveja adentro triunfa y se regala? ¿A qué tener atado uno de los países nuevos del mundo á una nación caída, hambrienta é inútil? ¿A qué confundir la necesidad histórica y humana de la independencia de Cuba, que es ley que sólo admite la demora de la madurez, y no se puede desviar, con la infelicidad, respetable siempre, de una de las tentativas hechas para acelerarla? ¡Pues á otra tentativa, mejor hecha! ¡Seguir hasta llegar!" Y el anciano hablaba á los jóvenes, rodeado de ancianos. Tenía derecho á hablar, porque en la hora de la prueba, cuando el empuje de Narciso López, no había mostrado miedo de morir.

"Castellano, hijo",—decía una vez á un amigo de *Patria,* en la casa vetusta de la calle de San Ignacio, aquel tierno amigo y maestro de la lengua que se llamó Anselmo Suárez y Romero,—"castellano no lo escribo en Cuba yo, ni los que dicen que no lo escribo bien; si quieres castellano hermoso, lee á Cirilo Villaverde"; y

de junto al manuscrito de las "Semblanzas", que es tesoro que ya no debiera andar oculto, y el cuaderno donde en lucida letra inglesa, le habían copiado el capítulo de Francisco, que hizo llorar á José de la Luz, sacó Anselmo, y apretó con las dos manos, el primer volumen de "Cecilia Valdés", el que se publicó por 1838. En el Norte vivía Villaverde; pero donde había letras en Cuba, ó quien hablase de ellas, su nombre era como una leyenda, y el cariño con que lo quiso y guió Del Monte. En el Norte vivía él, con el consuelo de amar y venerar, y verle de cerca la noble pasión, á la cubana que en el indómito corazón lleva toda la fiereza y esperanza de Cuba, y en los ojos todo el fuego, y el mérito todo de la tierra en la abundancia y gracia de su magnífica palabra: á su compañera célebre, Emilia Casanova. Cuba, que no olvida á quienes la aman, lo recibía, en sus visitas de salud, con orgullo y agasajo; y él venía como muerto, si hablaba, cual no queriendo hablar, de la conformidad vergonzosa con nuestro estéril deshonor, y como renovado, al recordar á este hombre ó aquél, y la generación que sube, y la ira sorda. Ha muerto tranquilo, al pie del estante de las obras puras que escribió, con su compañera cariñosa al pie, que jamás le desamó la patria que él amaba, y con el inefable gozo de no hallar en su conciencia, á la hora de la claridad, el remordimiento de haber ayudado, con la mentira de la palabra ni el delito del acto, á perpetuar en su país el régimen inextinguible que lo degrada y ahoga.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

EN CASA

PIEDAD ZENEA Y EMILIO BOBADILLA

Patria, Diciembre 8 de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL

EN CASA

PIEDAD ZENEA Y EMILIO BOBADILLA

Ya tiene noble compañero para el camino del mundo, siempre áspero á quien esquiva de sus tentaciones el talento y la virtud, la ideal criatura, á la vez candorosa y enérgica, que dejó sin padre, en la tierra cruel, la alevosía de España. Ya, rodeada de amigos, de Piñeyro y Albarrán, de Solar y Goyeneche, de lo más valioso de nuestra gente en París, unió su vida Piedad Zenea á la del cubano famoso por el desembarazo de su pensamiento y el arte de su estilo: á Emilio Bobadilla. De ternura y lucha y soledad callada, y de rudo trabajo, ha sido la vida de la hija del poeta, en quien la menor dote es la de su beldad perfecta é imperiosa. Ella, al lado de la triste viuda, ganaba con su trabajo, duro á la edad de los encantos, el techo y la mesa; ella, deslumbradora en el salón, era de día la penosa maestra; ella acaso, al cerrar la puerta al mundo, lloraba á solas. Por sí no había de llorar la huérfana valiente, sino por la madre, á quien, de cuatro balazos en el muro, dejó sin compañero la nación que le usó á mansalva el deseo de sacar con decoro de la derrota á la patria que creía vencida; por el padre había de llorar, que la amó tanto y la cantó en sus días de muerte en versos de augusta serenidad, donde no halla, quien sabe de almas, una sola voz de confusión ó remordimiento. Hoy, la hija del poeta va del brazo hidalgo del autor de *La Momia*, en que

centellea, fatídica, el alma cubana; en pocas lenguas hay quien pula el pensamiento, y lo respete y agrupe, con el brío y cuidado con que talla su castellano franco y numeroso Emilio Bobadilla. A la casa nueva de París envían flores de amistad cuantos, en el hospedaje de su corazón, guardan los versos de Juan Clemente Zenea, nunca tan bellos como cuando, con la frente á las rejas de su calabozo, veía, pensando en su mujer y en su hija, la pared á que lo habían de respaldar para morir las balas españolas.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

JOAQUIN TEJADA

El Pintor Cubano y su cuadro "La Lista de la Loteria"

Patria, Diciembre 8 de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL
U. V. N. L.

JOAQUIN TEJADA

EL PINTOR CUBANO Y SU CUADRO "LA LISTA DE LA LOTERIA"

Pocas dichas hay como la de hallar mérito superior en un hombre que ha nacido en nuestra tierra, porque el placer de amar el mérito es más vivo cuando nos viene de quien padece de nuestra propia humillación, y con su valer nos la levanta y redime. Es como si de súbito creciese la fuerza de nuestro derecho, y más cuando no es el valer segundón ó imitado de los que andan sumisos tras lo ajeno,—ó subiéndose por cuanta altura hallan al paso, para que se les oiga la voz rastrera,—ó cepillando cualquier faldón luciente sino poder honrado, que, con eficaz realidad y entrañas de hombre, compone obras pensadas y sentidas de belleza. El mundo es patético, y el artista mejor no es quien lo cuelga y recama, de modo que sólo se le vea el raso y el oro, y pinta amable el pecado oneroso, y mueve á fe inmoral en el lujo y la dicha, sino quien usa el don de componer, con la palabra ó los colores, de modo que se vea la pena del mundo y quede el hombre movido á su remedio. Mientras haya un antro, no hay derecho al sol. Joaquín Tejada, el pintor nuevo de Cuba, si va á Barcelona, no pinta ocios ó tentaciones, que son sutil lisonja al vicio, pródigo con quien lo cosquillea y excusa, sino la gente triste de la ciudad, de blusa ó capa ruin, ó de pañuelo y cesta, que en el azar de un sorteo busca alivio á

su vida áspera y ansiosa; de Cuba pinta á un negro, roto y avinado, ó á otro de Africa, cano y nudoso, y de ojos como iracundos y proféticos; y si copia un paisaje criollo, de la naturaleza abandonada es, con la luz rica perdida en el jardín deshecho, y la casa desierta y miserable. En New York está ahora de paso Joaquín Tejada, y quien las ve no olvida, por lo menos, sus tres telas mayores. Uno es el cuadro, de beldad desolada, de las Bocas del Toro; otro, el negro, de pecho abierto, rostro apretado y sombrero de yarey; otro, es la obra mayor: "La Lista de la Lotería". En él está, humanitario y robusto, el pintor nuevo de Cuba. Y desde hoy se puede ya decir: su nombre será gloria.

Por el aire fresco y libre, por el color ameno y natural, por la soltura y propósito de los detalles, con ser todos de mérito saliente, es menos notable el vasto cuadro que por la piedad y sentido de las figuras, en que el artista adivino pone la historia toda, agitada ó sumisa, y el carácter típico de cada variedad social, y por la gracia y levedad de la obra entera y la elegancia con que, sobre una esquina cubierta de elocuentes carteles, agrupa los personajes vulgares. El grupo curioso ve los billetes en la lista de la pared. El mozo de cordel, con las cuerdas por los muslos, nervudos y caídos del trabajo, y el chaleco alón, y la barretina por la espalda, tiene el dedo rígido sobre su número feliz; á la modista se le ve la lozanía por las ropas dóciles, y la salud del cabello, enroscado á la nuca; el estudiante es lampiño y de cepa catalana, que desea y arriba; el empleado pálido empina el triste hongo; á la cadera del blusón tiene la mano el aprendiz reverente; conversan las arrugas hondas del viejo de la blusa azul; cuelga el cesante de capa y chistera; al mocetón de espaldas se le adivina la mano viril, que rebusca por el bolsillo el billete; la bondad del trabajo rebosa,

y el alma madraza de la española pobre, en la cuarentena de pañuelo y cesta que oye al vejete parlanchín; un porfiado valenciano, de alpargata y montera, se lleva indiferente á la otra parte del cuadro su carro de lechero. En los carteles de la pared, á medio desgarrar, como para que no recarguen el cuadro que completan, está la vida entera barcelonesa: la junta electoral, la cita del orfeón, la asamblea de obreros, la denuncia de los crímenes sociales; la calle silenciosa dobla, en vuelta ligera, por el fondo. Y dice el lienzo todo que el trabajo da salud, que la mujer es hermosa y consuela, que la humanidad codicia y hierve.

Por el dibujo pudo errar el primer cuadro de quien, como Tejada, sabía poco de colores hace aún tres años, y no sólo es todo él fino y juicioso en "La Lista de la Lotería", sino que tiene el mérito sumo, que es el de enseñar, por la sagaz percepción del laboreo de las almas en la carne, la vida interior, burda ó graciosa, del personaje á quien el suelto contorno deja pleno carácter y movimiento. En la tentación del color pudo caer, que es siempre excesivo, en letras y pintura, durante la juventud; pero él tiene ya la suave tristeza del hombre pensador, que ve á la vida sus velos y nubes, y á la ciudad ese vaho turbio que atenúa el escándalo de los matices vivos. En lo que debió pecar Tejada, por su sinceridad misma, fué en el abandono que los artistas incompletos confunden con el vigor y el albedrío, y goza hoy de fama grande y perecedera, que pudo tentar por el aplauso unánime, y por ser la forma de expresión de los pintores de la realidad, á quien viene el arte con el respeto y amor de ella, y el don de ver la belleza en los desdichados y en los mansos; pero el pintor nuevo de Cuba mostró su mérito sobresaliente en la difícil moderación con que realzó, por el trabajo acabado, sus figuras intencionadas

y verdaderas, y dió á una obra urbana y de asunto común el interés triunfante de la gracia. Sacar de sí el mensaje natural es la obra del artista, y ver con sus propios ojos, que es fuerza á que aun los hombres de sumo valer suelen llegar tarde en la vida, por lo falso y ajeno de la educación artificial con que los vendan, y á que Joaquín Tejada ha llegado temprano. Y de otro peligro se salvó Tejada ya, y es el de la inmodestia, compañera segura del mérito inferior, que en él no aparece, porque es como quien peca con vivir y tiene á la vez la fe creadora y la saludable duda de cuanto hace. Ámese, puesto que ama al hombre, al artista nuevo de Cuba, al que padece de la pena humana y no tiene pinceles para los vanos y culpables de la tierra, sino para los adoloridos y creadores.

MANUEL BARRANCO

Patria, Enero 2 de 1895

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

MANUEL BARRANCO

Revuelto el cabello, limpia la frente, callados los ojos, comido de la vida el rostro triste, yacía en su ataúd de hierro el buen Manuel Barranco. A sus pies, arrodillada, se le juraba de nuevo su esposa, se le juraba para lo que falta de esta vida, y oían el gran dolor los ocho hijos y los amigos reverentes. Así debía salir del mundo, sin pompa mortuoria, como entre la familia que se reúne para despedir al viajero, el hombre llano y real que de la niñez sana del campo subió, aún en el primer bozo, á maestro, —que de los brazos de la madre enérgica se arrancó para ir á pelear por su país,—que en la pobreza del destierro levantó, á puño diario, una fortuna que jamás contribuyó á la opresión, sino á la libertad, ni al lujo ofensivo, sino á las necesidades ajenas, y una familia donde no hay ley más alta que la del trabajo y la del amor. Algo había, en la blancura y dureza del hielo donde lo fuimos á enterrar, del carácter tenaz y leal del niño precoz, del expedicionario valiente, del trabajador ávido, del rico útil, del maestro original y libre.

De la vida de Manuel Barranco se saca una sana lección, y más de una; y la más beneficiosa de todas, porque alcanza á mayor número, es la de la capacidad del hombre cubano por crear de sí, en condiciones hostiles, un ente social productivo y decoroso. Otros, menguados, ahogados en la vida como una flor seca entre las páginas de un libro, van, sin savia ni color, mendi-

PQ7389
M2
H6
v.6 CAP. 8046

AUTOR

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.